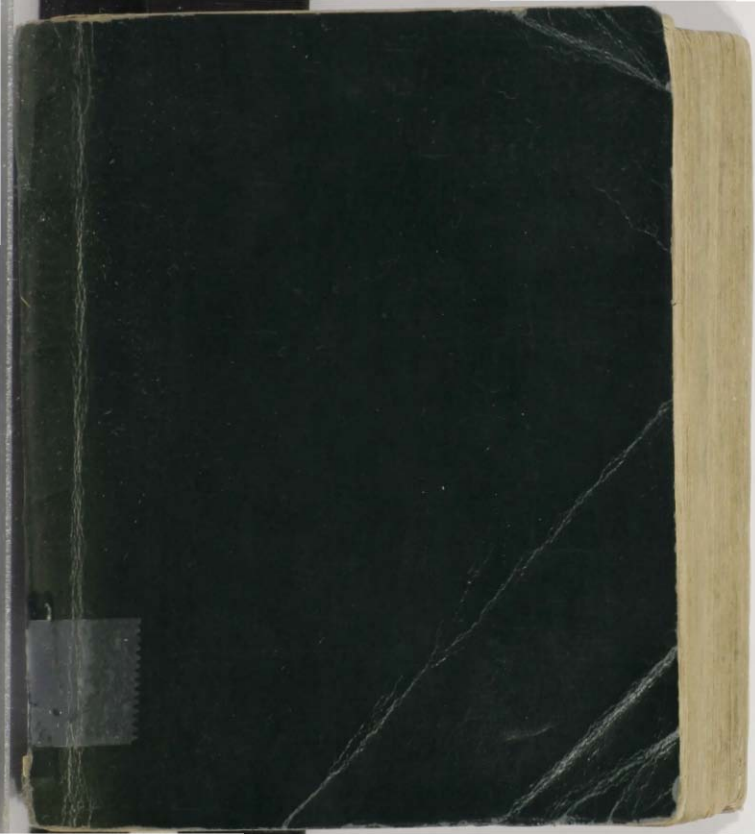
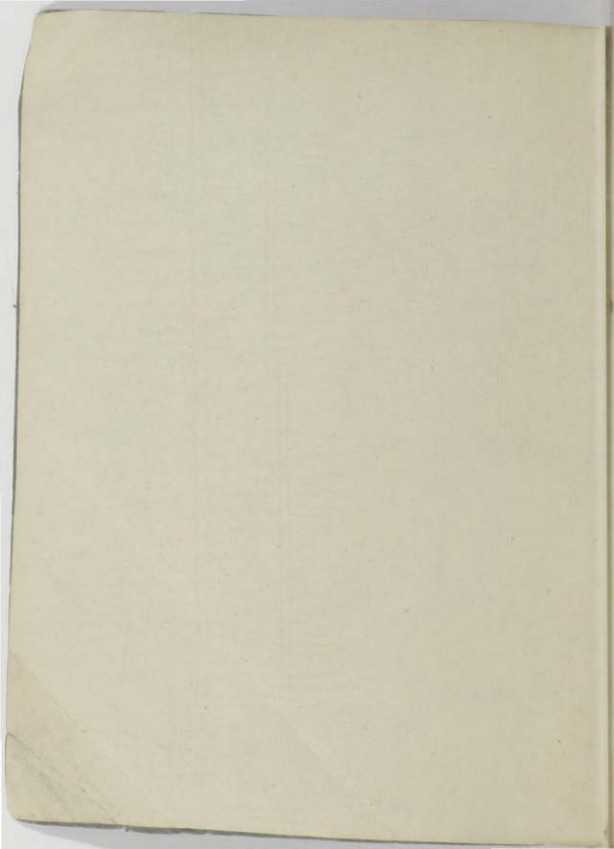






5/53
(1-5)

M. 13901

R. 13824

UN CRIMEN DE LA JUVENTUD.

I.

Una noche del mes de enero del año 1833, al mismo tiempo de salir del teatro de la Opera de Paris, un hombre de unos cuarenta años de edad próximamente, vestido con elegancia, subia á un cabriolé que le esperaba en la esquina de la calle de Lepelletier; tomó las bridas, cosa que entonces era una moda recién venida de Inglaterra, hizo un cariño con el látigo al soberbio troton irlandés, entre tanto que un *tigre* de cuatro piés de altura se agarraba airosamente á los correages bordados de lana y oro. En 1833 se daba el

nombre de *tigre* á un criado destinado á cruzarse de brazos en el carruaje de su señor, colocándose, bien á su espalda, ó á su mismo lado: era lo que hoy se conoce con el nombre de *groom*.

El personaje que acabamos de ver subir al cabriolé era el Sr. Valbonnette de Valbonne, famoso banquero en la Chaussée d'Antin.

El señor de Valbonne era viudo, tenía un hijo de veinte años, rico, poseedor de cien mil libras de renta, y gozaba en el mundo financiero de una reputación de despejada inteligencia y de probidad incomparable.

El señor Valbonnette de Valbonne había hecho su fortuna en las operaciones clásicas de la banca. Su firma era de las llamadas *Je oro en barras*, y todo París tenía en él una confianza ilimitada.

Mas si el banquero tenía también puesta su honradez en la opinión pública, en la privada estaba bien lejos de tal consideración. Se murmuraba por el mundo donde vivía que el Sr. de Valbonne prolon-

gaba demasiado su juventud, y se sabia que esta juventud era borrascosa en demasia.

Dentro de su casa de banca el Sr. de Valbonne era un hombre sério, grave. Su casa, asegurada, la daba vigor solamente con la palabra.

Se le conocian una querida en la Opera y alguna que otra en el teatro del Renacimiento.

Cenaba en Tortoni, jugaba gruesas sumas en el Club y pasaba por el mejor bebedor de champagne que jamás se habia visto.

—Pero todo esto no era mas que pecadillos.

El banquero tenia un hijo de 20 años, del cual hizo su amigo, su compañero, el camarada de su vida.

Se referian á ellos mas de cuatro partidas finas de soirées misteriosas pasadas en Saint-Germain dentro de un lindo pabellon, entre el padre, el hijo y dos de estas señoritas de la academia real de música.

Estos rumores, justificados ó no, estaban esparcidos, sobre todo despues de cerca de tres años, es decir, despues de la revolucion de julio.

El arrabal de Saint-Germain queria mucho á Mr. Valbonnette de Valbonne por sus opiniones liberales, que habia manifestado con valor.

En la noche que le hemos visto salir de la Opera y subir al cabriolé, se dirigia al café Inglés, donde su hijo le esperaba.

Enrique de Valbonne era, como su padre, un gracioso y cumplido caballero, seductor hasta lo posible, y profesaba un profundo desden á los negocios y al trabajo.

Enrique llamaba á su padre inteligencia negra, y tenia la costumbre de decirle:

—Te permito que trabajes diez años mas todavía, con el fin de que puedas doblar tu fortuna. Despues espero que cesarás de deshonrarme.

A esto su padre contestaba con una

sonrisa, y dejaba á su hijo vivir á su manera, pagando sus deudas y partiendo con él sus rentas, como si fueran hermanos.

Enrique esperaba á su padre en compañía de cuatro ó cinco jóvenes, y una media docena de bailarinas.

El mundo despreocupado habia tomado posesion² de un saloncito en el café Inglés, el cual estaba cercado por una mesa lujosamente servida.

—¡Ah! hè allí...— dijo Enrique viendo entrar á su padre.—No esperábamos mas que á tí. Y tomándole por un brazo le hacia sentar; pero el banquero se resistia.

—No puedo sentarme,—le dijo.

—¡Qué casualidad! ¿por qué motivo, modelo de padres?—esclamó una hermosa niña de ojos negros y brazos desnudos, únicamente entrecubiertos por los cabellos negros que se desprendian de su peinado sujeto por una mazorca de camelias menos rojas que sus lábios.

—Os digo, querida niña,—replicó el

banquero,—que no me es posible sentarme

—¿No cenas con nosotros?—preguntó Enrique de Valbonne.

—Me es imposible, amigo mio.

Y el banquero inclinándose al oído de su hijo, le dice:

—Vengo de la Opera.

—Bien, ¿y despues?

—Voy á casa de Antonia.

La voz del banquero al pronunciar este nombre era algun tanto sorda. Enrique clavó una mirada penetrante en su padre.

—Estás pálido,—le dijo.

—¿Yo?—contestó el banquero estremeciéndose.

—Tú, padre... ¡Qué tienes... creo que estás celoso!

—¡No!... adios, vuelvo enseguida...

—No,—insiste Enrique,—no te irás de esta manera.

Y volviéndose hácia sus amigos y las niñas que se habian separado discretamente.

—Señoras y señores,—les dice,—mi pa-

dre que está obligado á pasar este rato entre nosotros, él, como un famoso banquero que es, se vé obligado á abondarnos esta noche; tiene que rendir cuentas muy graves con uno de sus corresponsales de Lóndres. Permitidme que le escuse y le acompañe un momento hasta el carruaje; enseguida soy con ustedes.

El señor Valbonnette de Valbonne saludó y salió sonriendo pendiente del brazo de su hijo.

Penetraron en un salon vecino que estaba enteramente desierto.

—¡Veamos, padre! Tu sabes muy bien que somos amigos. Refiéremelo todo.

El banquero, que en efecto, estaba enteramente pálido y era víctima de una violenta emocion, desabrochó los botones de oro de su frac, y del bolsillo de su chaleco agamuzado sacó un billetito lustrado que esparcía un ligero olor á ambar.

—Aquí tienes,—le dijo entregándoselo. Enrique desdobló el billete que ha-

bia herido á su padre, estaba cubierto por una diminuta letra trazada por mano de una mujer, y cuyo final carecia de firma. El billete estaba escrito en estos terminos:

«Mi querido banquero:

»Un hombre galante como vos, interesante é interesará siempre á una mujer de corazón. A mi me disgusta veros hacer un papel ridículo; por lo tanto, creo »cumplir con un deber dándoos un aviso »caritativo.

—Pero esto es un anónimo,—dijo Enrique interrumpiendo su lectura.

—Continúa,—dijo el Sr. de Valbonne.

—Sea,—respondió Enrique continuando leyendo:

«Antonia es indigna de vuestro amor; si »quereis convenceros id á verla de impro- »viso el viernes por la noche.»

—¿Y tú vas?—preguntó Enrique.

—En seguida; yo he hecho lo mismo que tú: he arrugado con desden esa carta, pero hay una circunstancia que me hace dar-
la crédito.

—Y esa circunstancia, ¿cuál es?

—Vengo de la Opera. Antonia ha cantado esta noche. Pasé á verla á su cuarto, y me encontré sobre su tocador un magnifico ramillete de anémoras y de camelias...

—¿Y qué es lo que prueba esto?

—Espera: al entrar, hice como que no le habia visto y la dije: Querida Antonia, ¿quereis que os acompañe á cenar esta noche?

—¿Y rehusó?

—Sí.

—¿Bajo que pretesto...?

—Que tenia una fuerte jaqueca y deseaba acostarse temprano.

—Está bien.—dijo Enrique de Valbonne que procuraba retener todavia á su padre, —esto puede ser cierto.

—¡Oh! de todas maneras, quiero saber la verdad,—repuso el banquero dejando traslucir su cólera contenida largo tiempo; tomó la mano de su hijo y apretándosela convulsivamente le dijo:

—¡Hasta la vuelta! diviértete...—Bajó

la escalera precipitadamente, subió á su cabriolet y partiò tomando el camino que conduce al arrabal de Sant Honoré.

Antonia, una de las prinieras tiples de la ópera, era una mujer distinguida, tanto por su talento, como por su hermosura.

Habitaba un pequeño palacio levantado en medio de un anchuroso patio y un magnífico jardin, á poca distancia de la iglesia de Saint Philippe du Roule.

Era este uno de los mejores regalos que la habia hecho el señor Valbonnette de Valbonne, que amante de ella á la faz de todo Paris, hacía el papel de una providencia esclarecida.

Durante este tiempo, como la época mitológica, estaba ya demasiado lejos de nosotros, en 1833 en que el banquero estaba enteramente convertido por la moderna Danae en una lluvia de oro, este no poseia como Júpiter el poder de penetrar por los techos ni por las ventanas cerradas, y si únicamente el derecho de penetrar por la

puerta á todas las horas del dia y de la noche.

Con este fin, el banquero poseia un llavin que le permitia abrirse paso con independencia de la cantarina. Sin embargo, como el Sr. de Valbonne era un perfecto gentleman, la contraseña entonces pasaba á ser derecho. Consideraba á este llavin como una garantia puramente moral. Así que nunca se servia de él, ni jamás habia venido de improviso á casa de Antonia. En esta noche el Sr. de Valbonne que atormentado por los furores de los celos se dirigia al ángulo de la calle Pepiniere, echó pié á tierra, y dejando el cabriolet al cuidado del Tigre, subió el arrabal envuelto en su pardesus, pegado á la pared, y con un paso sumamente ligero como el que va á cometer una mala accion.

El palacio de Antonia correspondia por su jardín á la calle de Berr. En esta calle es donde estaba la puertecita cuyo llavin poseia el banquero.

El corazon del Sr. Valbonnette latia con

la fuerza de un corazón de veinte años. Luego que colocó el llavín en la cerradura, abrió y penetró en el jardín.

El jardín estaba silencioso, y los ojos del banquero no apercibieron luz ninguna en toda la fachada alta del edificio: únicamente de un cuartito bajo que llevaba el nombre de salón de invierno, es de donde salía una débil claridad á través de las persianas entreabiertas.

El banquero todavía dudaba; mas de una vez tuvo el pensamiento de volverse por donde había venido, porque amaba á Antonia y vacilaba en creer el anónimo: mas los celos le dominaron bien pronto.

—No, no; —se dijo, —quiero saberlo.

Entonces se dirigió derecho á las persianas por donde salía la luz, y en cuanto se halló á dos pasos de distancia oyó frases y risas de Antonia, á las que siguió una voz varonil y joven.

A esto el banquero da dos pasos mas y se pone á observar por entre las rendijas de la celosía.

Antonia estaba envuelta en un ancho peinador de cachemir, que disimulaba mal las formas de sus hombros por los cuales sus cabellos negros caían en bucles incitantes; delante de ella tenía un velador ocupado por una cena delicada, y un jóven cuyo rostro no podía ver el banquero por hallarse vuelto de espalda á la ventana, era el convidado de la peca-dora.

—¿Y estás segura, querida mia,—dijo la jóven,—que vuestro banquero no vendrá?

—¡Oh! muy segura.

—¡tanto mejor!... ¡y tanto peor!

—¿Por què?—dijo Antonia.

—Tanto mejor por vos,—replicó el jóven,—porque seria un desconsuelo para mí, que sufriérais algun incidente desagradable, querida Antonia...; tanto peor por mí... porque...

El jóven se quedó indeciso.

—¡Ah!—esclamó la cantarina,—tendrian curiosidad por saber que es lo (que po-dria sucederos al encontraros en presen-

cia de un hombre furioso y... además celoso...

—Quien sabe...—murmuró el jóven.

—¿El señor de Va bonne es jóven todavía?...

—Creo que tendrá unos cuarenta y cinco años.

—Está muy bien cuidado; además es bravo y tira admirablemente la espada y la pistola.

—Lo sè, pero me importa muy poco.

—¿Le provocariais?

—Por mi tendria un placer en ello.

Antonia despreció el sentido de estas palabras.

—¿Vos me amais, no es así?—dijo ella dirigiéndole una mirada fascinadora.

—¡Oh con toda mi alma,—repuso el jóven;—mas le tengo odio por otro motivo.

—¿Qué decís, amigo mio?

—Vos sabeis muy bien que he servido en la Guardia real y que me llaman el vizconde de F...

—Perfectamente.

—Pues bien, odio al Sr. de Valbonne por sus opiniones liberales, y mi mayor placer sería encontrarme delante de él con una espada en la mano.

Nada mas que acabar de pronunciar estas palabras, cuando la persiana se abrió bruscamente, y el banquero, pálido de coraje, saltó dentro del salón de invierno.

Antonia dió un grito y tomó el partido de que echan mano las mujeres en semejantes circunstancias; es decir, se desmayó.

El señor de Valbonne se dirigió al joven, que de pie él inmóvil esperaba á que el banquero le interrogase.

— ¡Me hace falta toda vuestra sangre!— le dijo.

El vizconde de F. lanzó una mirada centellante al banquero.

—Mañana. ¿No es esto lo que quereis deci, caballero?—contestó con una voz ahogada.

—Vuestra hora será la mia; mis armas serán las vuestras.

—Entonces á la puerta de Maillot, cerca d' Armenonville, á las siete de la mañana.

—Allí estaré con mis testigos.

—Yo prefiero la espada, —añadió el vizconde,—y el combate será á muerte, ¿no es verdad...?

—Sin duda. Hasta mañana.

—Hasta mañana...

El banquero dirigió una mirada de desprecio á Antonia, que continuaba desmayada. Empujó de nuevo á la persiana, saludó por última vez á sus adversarios y partió por donde habia venido.

—Caballero, ¿quereis hacer una caridad por Dios? —dijo de pronto una voz joven y temblona cerca del banquero que bajaba el arrabal du Roule, con un paso desigual y poco seguro.

Esta voz hizo estremecer al banquero, que desechó de si por un momento la emocion que sufría.

Se aproxima y apercibe en el hueco

de una puerta-cochera un jóven de blusa que le tendia la mano ocultándose á medias el rostro.

El Sr. Valbannette de Valbonne era hombre de corazon, y en la actitud llena de rubor de este hombre, en este acento lastimoso con el que solicitaba su generosidad, reconoció un dolor inmenso, una miseria irreparable.

Entre tanto que sacaba de su bolsillo una moneda de oro.

—¿Qué es lo que os sucede? ¿Estais sin trabajo, mozo?—le preguntó.

—Caballero,—respondió el jóven de la blusa con voz sorda,—mi madre hace doce horas que ha muerto, y no tengo con que poder darla sepultura.

Este hombre, que acababa de tener una contienda por una cortesana despreciable se sintió poseido de un sentimiento extraño. Tuvo vergüenza de si mismo, despreció su propio dolor y se abochornó de su debilidad á la vista de este jóven que tenia el valor de conte-

ner su desesperacion con tan espantosa sencillez.

—¿Donde vivis? le preguntó bruscamente.

—A dos pasos de aquí, caballero; en el quinto piso de esa casa.

El jóven obrero indicaba una casa de cinco pisos en el ángulo de la calle de Penthievre.

—Conducidme á vuestra habitacion.

—continuo el banquero con el mismo acento breve y brusco.

El jóven echó á andar delante, y el Sr. de Valbonne le siguió.

En 1833 las calles estaban muy mal alumbradas todavía, y la corta escena que acabamos de describir habia pasado en una oscuridad tal, que al banquero no le fué posible examinar el rostro del obrero.

Pero al llegar al ángulo de la calle de Penthievre se encontraron debajo de un reverbero.

Entonces el señor de Valbonne echó una mirada investigadora al jóven.

Este podia tener unos veintitres años;

estaba enteramente pálido, seco, demacrado, y miserablemente vestido: su talla era pequeña, y su rostro, rodeado de largos cabellos rubios, conservaba aun las huellas de una belleza femenina. Así que le hubo visto, el banquero ahogó un grito de sorpresa y hasta de miedo.

—¡Oh, Dios mio! ¡qué semejanza!—murmuró presa de una violenta emoción.

El jóven, sorprendido por aquella exclamación, se paró

—¿Quién sois?... —le dice el banquero; —¿cómo os llamais?... ¿cómo se llama vuestra madre...?

—Pero... señor...

—¡Por la memoria de vuestra madre, respondedme!

La voz del banquero, al mismo tiempo que imponía respeto, era furiosa.

—Me llamo José Loriet... el nombre de mi padre...—respondió el jóven inclinando la cabeza hácia el pecho.—Soy hijo natural...

Al mismo tiempo de pronunciar estas

palabras, el banquero ponía el pié en el portal de la casa indicada por el jóven.

—Subamos,—le dijo,—con el mismo acento brusco.

Pero antes que José Lorient tuviese tiempo para contestarle, el señor Valbonnette de Valbonne habia ya tomado el pasamanos, y subia aceleradamente la escalera á pesar de la oscuridad, y como si conociera perfectamente las habitaciones de la casa.

Subieron hasta el quinto piso; allí se encontraba un pasillo que seguia á la derecha y á la izquierda: el banquero tomó la izquierda sin vacilar, seguido siempre por el obrero que le vio impulsar una puerta que se hallaba delante. Un poquito de luz que habia en el dintel de esta puerta, era la que habia guiado hasta allí el banquero que subia por primera vez á esta casa. Ante el dintel de la puerta, el señor de Valbonne se paró de nuevo.

Se encontraba á la entrada de un cuarto ruinoso y cuyos muebles habian desaparecido, á escepcion de un lecho mezqui-

no cerca del cual se veía una vela encendida colocada sobre una única silla. Este era el cuarto mortuario.

El banquero se acercó al lecho, separó la cortina, y entonces á la débil claridad de una vela, se vió una cabeza de una mujer pálida, demacrada pero todavía hermosa, reclinada sobre una almohada y que parecía dormitar todavía.

Al verla, el banquero dió un grito: cayó de rodillas, y tomando las manos de la muerta entre las suyas, empezó á besarlas con frenesí.

—¡Oh, Magdalena...!—decía.—¿Habeis muerto sin perdonarme...!

El jóven, al ver postrado aquel hombre, al verle llorar, al escuchar el nombre de su madre en boca de un desconocido, no sabia lo que por él pasaba: le parecía que salía de un sueño, que era víctima de algun vértigo.

¿Quién era aquel desconocido á quién habia pedido una carida, y de pronto?...

—¿Quién es Vd ?—le pregunta por fin.

El banquero se levanta con lentitud,

vuelve su rostro inundado de lágrimas hacia el joven, y abriéndole los brazos le responde.

—¡Yo soy tu padre...!

El Sr. Valbonnette de Valbonne decia la verdad. La mujer que dormia el postrero sueño, Magdalena Lorient era veinticinco años antes la mas bella, la mas hermosa y la mejor oficiala de toda la vecindad.

Magdalena trabajaba desde que aparecia la aurora, cantando todo el dia. No queria ninguna intriga amorosa y si buscar un marido que la hiciera feliz.

Los dandys del barrio, un gran señor ruso y un inglés diez veces millonario, habian suspirado por turno inútilmente debajo de la única ventana de su guardilla.

El señor Valbonnette tenia entonces veinte años y empezaba su vida de desorden.

Cierto dia vió à Magdalena y se enamoró perdidamente de ella. Hizo un juramento terrible de que habia de po-

seerla, sin importarle para nada el precio para conseguirlo. Regalos magníficos, promesas, amenazas, todo fué inútil.

Magdalena se reía y se burlaba del jóven millonario.

Entonces el Sr. Valbonne, viendo que nada conseguía, ayudado por un criado, por un lacayo infame, tendió un lazo á la pobre joven.

Magdalena era huérfana; no tenia mas pariente que un tio que habitaba en una provincia, y á quien jamás habia visto.

Este tio estaba de ayuda de cámara en una casa de Orleans

El criado del Sr. Valbonne hacia el papel de este tio.

Una tarde recibió Magdalena una carta firmada por Juan Lorient, en la que la decia que si queria conocer á su tio pasase á la calle de Lille en el palacio del marqués de C ..

El tio de la jóven, segun decia, habia venido á Paris siguiendo á sus señores,

=26=

que venian á pasar algunos dias al lado de un pariente suyo.

Magdalena, no encontrando el veneno de esta carta ni nada que pudiera estrañarla, corrió en busca de su tío. Llegó al palacio del marqués de ... que no era otro sino el del Sr. de Valbonne. Entró, y no salió de él sino deshonorada.

Tal era la historia de la seducción de Magdalena; y esta historia la refirió el banquero en pocas palabras al jóven que le escuchaba con un dolor profundo.

El banquero volvió á caer de rodillas al pié del lecho y todavía dijo:

—¡Ah! Magdalena; ya que he llegado tarde para salvarte, yo cuidaré de nuestro hijo...

En este momento las dos de la mañana sonaron en el reloj de Saint Philippe du Roule.

—¡Oh! ¡Dios mio!—gritó el Sr. de Valbonne,—me he olvidado...

En efecto, el banquero habia olvidado despues de haber estado una hora en presencia de este cadáver y este jóven

=27=

que le recordaban un crimen de su juventud, se habia olvidado de la traicion de Antonia y de la querella tenida con el vizconde de F..

La ofensa que habia hecho al vizconde, era mortal; nada en el mundo podia impedir al Sr. de Valbonne batirse con el Sr. de F. á las siete de la mañana. Pero si tan alto le llamaba su honor, no menos los sentimientos de su corazon.

—Puedo ser muerto, —se dijo,—y no quiero abandonar á este niño.

Entonces volviéndose hácia José Lorient le dijo:

—Yo parto mañana por la mañana al amanecer para un viaje, que segun puede durar algunas horas, puede prolongarse indefinidamente.

—Te presentarás en mi palacio de la calle de Laflitte hácia el medio dia y procurarás verme. Si estoy ausente, insistirás por ver á mi hijo. Enrique de Valbonne.

—¿Vuestro... hijo?...--murmuró el joven.

—Si, tu hermano, que le dirás: «Me llama José Lorient; soy, como vos, hijo de vues-

tro mismo padre; y él me ha dicho que podía venir á veros sin temor, porque vos me abríais los brazos.

—Pero Vd., —interrumpió el jóven, —¿usted... es... mi padre?...

—¡Ah!... sí, yo soy, —dijo el banquero, —Si no te reconozco ahora, en este mismo sitio, hijo mio...

—Y bien, ¿por qué?—repuso el jóven con ansiedad.

—Es porque tengo que partir para el viaje de que te he hablado:

El señor Valvonnnette de Valbonne se levantó, colocó discretamente un bolsillo sobre el borde de la silla donde ardía el cirio mortuario, dirigió su mirada por última vez, y dando el último adiós á la muerta, estrechó entre sus brazos al jóven, permaneciendo enlazados así largo tiempo.

Luego que se separaron,

¡Adios!—le dijo, —hasta la vuelta... por lo ménos hasta mañana.

Y tomando la escalera bajó precipitadamente como un criminal.

Por la primera vez desde su infancia el

señor de Valbonne habia llorado.

Su cabriolet le esperaba en la esquina de la calle de Pepiniere.

El Sr de Valbonne, enteramente trastornado subió al carruaje y partió con direccion al café inglés, diciéndose.

—Quiero ver á Enrique; tengo necesidad de descubrirme á él.

El banquero amaba sinceramente á su hijo legitimo, y lo que era mejor, tenia en él la confianza que se puede con un amigo.

Si encontraba á su hijo en el café inglés, donde volvía á toda prisa, habia tomado el partido de decirle: «Enrique, tienes un hermano.»

—Enrique es generoso: —se decia, — es un corazon noble, me perdonará... y entonces si muero.. moriré tranquilo.

Peró el Sr. de Valbonne llegaba ya tarde al café inglés.

Enrique no estaba allí: habia partido con sus convidados hacia media hora, dejando un billete dirigido á su padre.

El Sr. de Valbonne le abrió y leyó:

Mi querido papá:

»En la probabilidad de que no vendrias
»esta noche nos hemos retirado. Te he-
»mos esperado hasta las dos, y yo he
»deducido por tu tardanza, primero: que
»la carta anónima de Antonia era obra
»de la calumnia, y segundo, que Antonia te
»aguardaba para cenar.

»Hasta mañana; pues Bibiana ya sabes;
»la graciosa morenita de Vaudeville se ha
»empeñado en que la acompañe à tomar el
»té en su casa.

Tu hijo y amigo,

ENRIQUE.»

Despues de haber leído esta carta el se-
ñor de Valbonne, se encerró en un gabinete
del café inglés, que en esta época estaba
abierto durante toda la noche.

Pidió pluma, papel y tinta y escribió á su
hijo la carta siguiente:

«Mi querido hijo.

»Me bato à las siete de la mañana; es-
ta carta se encontrará sobre mí, si soy
muerto, y adjunto el testamento que voy

á hacer y que como espero ejecutará fielmente.

Tu padre que te ama

V. de V.

A este lacónico billete el señor de Valbonne añadió el testamento que escribió acto continuó.

En este testamento reconocia como hijo á José Lorient y le nombraba heredero de la tercera parte de su fortuna: es decir, cerca de setecientos mil francos. Las primeras horas de la mañana sorprendieron al baron probando sus armas, leyendo el testamento, y preparando la carta para su hijo Enrique.

Metió estos dos pliegos en uno de los bolsillos, abrochó su pardessus y como habia mandado á casa su carruaje, mandaba á buscar uno de plaza al cual subió.

—Ahora,—se decia,—ya que he cumplido con los deberes de hombre honrado vamos á cumplir los de gentlemant.

Me bato á las siete, son las cinco y media y no tengo testigos.

El Sr. Valbonnette de Valbonne se hizo

conducir sucesivamente à casa de dos amigos con los que podia contar en las actuales circunstancias: à casa del comandante Fleuriot, amigo suyo desde la infancia; y à casa del señor Carlos Serres, oficial en uno de los ministerios y que era un lejano pariente suyo.

A las siete menos diez minutos de la mañana llegaba à la puerta Maillot en compaña de estos dos señores.

II.

Asi que dejó anunciada su partida por el billete dejado en el café Inglés, Enrique de Valbonne partió à tomar el té en casa de Bibiana.

Bibiana era la mujer mas hermosa y la rubia mas encantadora de todas las partiquinas del teatro Vaudeville.

Enrique de Valbonne se habia encontrado en el camino de su vida dispuesto para hacer el papel de providencia, y esta taza

de té que la pecadora le ofrecia, le costaba un chal y unos arillos de oro.

La mañana siguiente, Enrique volvía inquieto á su casa como á cosa de las nueve á pié, siguiendo los boulevares y fumando un cigarro.

Enrique de Valbonne habia sido educado por un padre demasiado jóven y desprovisto de principios: de aquí que la moral no echara sus raíces y que la educacion se resintiese en este punto.

Por lo tanto Enrique, era un jóven bastante egoísta, y únicamente amaba á su padre como se quiere á un compañero.

Preocupado un momento durante la velada por la agitacion de que habia visto que era víctima el banquero, no pudo olvidarla completamente mientras se halló en los brazos de Bibiana.

Cuando llegó á su casa, no podia suponer que su padre se encontrase en otro lado que no fuese en su bufeta. El padre y el hijo habitaban un mismo palacio, Enrique ocupaba el piso segundo y su padre se habia reservado el primero. Ca-

da uno de ellos tenia su escalera particular, para así disfrutar de una libertad mas completa.

Enrique atravesó el portal sin reparar en un viejo criado que consternado dudaba si acercarse á él; pero en el dintel de la porteria se encontró con el ayuda de cámara de su padre que le dijo:

—Ah señor, os he buscado toda la mañana.

El criado al hablar así, estaba conmovido; al verle en este estado, Enrique retrocedió dos pasos y le dijo:

—¿Por qué me buscabas? ¿Quién ha llegado?

—Señor, vuestro padre.

¿Y qué?

—Se ha batido esta mañana... y está herido.

Enrique dió un grito y corrió al gabinete de su padre.

El Sr. Valbonnette de Valbonne estaba acostado en su lecho; respiraba todavía, pero estaba mortalmente herido. Sus ojos, apagados por las primeras som-

bras de la muerte, se reanimaron al entrar Enrique. El joven se precipitó sobre las manos de su padre, que llevó á sus labios, cubriéndolas de besos, entre tanto que con la vista interrogaba á las personas que rodeaban el lecho de su padre.

Allí se encontraban todavía los dos testigos y los médicos, uno de los cuales había asistido al combate y le había hecho la primera cura.

El moribundo abrió los ojos.

—Doctor,—dijo con una voz sumamente débil, — es indispensable que hable algunos instantes con mi hijo antes de morir; necesito que sepa la verdad.

El médico era amigo del banquero, y una lágrima huyó de sus ojos.

—Hijo mio,—dijo á Enrique,—vuestro padre está gravemente herido.

—¡Palabras fatales, doctor, añadió el herido con calma.

El doctor inclinó la cabeza con tristeza.

—Mas dejadme,—continuó el Sr. Valbon-

nette de Valbonne, cuya voz se debilitaba por momentos, — dejadme solo con Enrique; dejadme.

Los dos testigos y los médicos se retiraron.

Entonces tuvo lugar una cosa que verdaderamente debia tener una influencia terrible sobre la conducta de Enrique de Valbonne. Se conocia que su padre queria quedarse solo con Enrique, para hablarle de su segundo hijo, de este desgraciado José Lorient que en este mismo momento conducia ... cementerio el cuerpo de su madre. El Sr. de Balbonne no dudaba que sus palabras elocuentes llegarían hasta el fondo del corazón de su hijo. Pero el banquero no tuvo tiempo para hablar: el esfuerzo que hizo para incorporarse sobre la cama, le fué fatal. Vomitó una vocanada de sangre, y no tuvo tiempo mas que para indicar su frac colocado sobre una silla, y pronunciar estas palabras:

—Allí...allí... mí... testamento.

Despues cayó bruscamente de espaldas y espiró.

Han trascurrido veinticuatro horas desde el trágico suceso que acabamos de referir: el Sr. Enrique de Valbonne encerrado en su aposento se paseaba impaciente.

Enrique no tenia mas que veinte años, y en esta edad el corazon no está todavía cicatrizado; la muerte de su padre habia sido para él motivo de una gran pena.

Creia escuchar las últimas frases de su padre, habia abierto aquella carta que le revelaba la existencia de un hermano natural. Tan grande fué el dolor de Enrique, que le habia impedido pensar en las cosas del mundo, y por consiguiente de calcular; pero el cálculo de Enrique era bastante sencillo.

—Mi padre,—se decia,—me deja heredero de dos millones; y siguiendo su postrera voluntad, tengo que entregar setecientos mil francos; es decir, la tercera parte; ¿y esto en favor de quién?

¿de un niño á quien no conozco, de un hijo de una grisseta ó de una oficiala á quien me desdeñaría darla la mano?.. Y despues, ¿quién me dice que este sea el hijo de mi padre?.. Pobre padre mio.. se dejaba engañar tan fácilmente.

Enrique tenia en la mano el testamento escrito por el Sr. Valbonnette de Valbonne durante la última noche en el café Inglés.

Este testamento estaba lacrado, y veinte veces Enrique habia estado tentado por abrirle y saber su contenido, mas no se atrevió á hacerlo.

Tuvo un pensamiento malo; un pensamiento infame y criminal.

—Soy hijo legitimo,—se decia;—soy hijo único ante los ojos de la ley y no tengo necesidad de testamento para heredarle...

Al mismo tiempo de pronunciar estas palabras se limpiaba el sudor que corria por su frente.

—¿Pero esto será un crimen?

Y como si quisiera desechar de si tan

fatal pensamiento, colocó el testamento sobre el mármol de la chimenea y se sentó al otro extremo del gabinete; pero al poco tiempo continuó diciendo:

—¡Un crimen! Pero un padre que deshereda á su hijo legítimo en favor de yo no sé qué hijo bastardo, del cual jamás se ha ocupado, ¿no es igualmente culpable? ¿Me ha hablado á mí jamás de él? ¿Me ha dicho á mí nunca: Enrique, tienes un hermano, á quien dejaré parte de mi fortuna?

Enrique se levantó de nuevo y se puso á pasear aceleradamente, yendo y viniendo desde la chimenea á la ventana.

De repente el ruido de una campanilla se oyó: una visita entraba en el palacio: al mismo tiempo un túbme soño en su cuarto.

El ayuda de cámara anunció que la visita era para él.

Enrique entonces se acercó á la ventana, levantó la cortina y miró al patio. Un joven de blusa, conducido por un criado, atravesaba al mismo tiempo.

— ¡Oh, es él! — exclamó Enrique, — ¡es él! el hombre que viene á llamarse mi hermano y á desheredarme. ¡Oh, no será así!

Entonces se lanzó á la chimenea, tomó el testamento y lo arrojó al fuego. Enrique de Valbonne permaneció algún tiempo delante de la chimenea viendo arder los últimos restos de los papeles que habian contenido las voluntades supremas de su padre. Enrique con los ojos fijos é inmóviles sobre el fuego se arrepentía ya de la mala acción que acababa de cometer. Por fin, unos golpecitos sonaron en la puerta.

Enrique, temiendo que conocieran en su rostro el crimen que acababa de cometer, corrió á refugiarse detrás de un bufete que habia entre las dos ventanas: se sentó, apoyó la cabeza entre sus manos y gritó:

— ¡Adelante!

Su ayuda de cámara entró.

— ¿Quién es? — dijo Enrique con voz temblorosa, — ¿qué me quereis? ¿no me deja-

reis llorar la pérdida de mi padre un solo momento?

—Señor,—respondió el criado,—es un joven que se niega á estar en el cuarto bajo y desea llegar hasta usted.

—¿Y qué es lo que quiere?—repuso Enrique aparentando sorpresa,—¿quien es ese hombre?

El criado continuó:

—Se ha presentado preguntando por el señor de Valbonne: el portero, creyendo que preguntaba por usted, le ha introducido: pero en la escalera me ha cicho:

«¿Sabeis que es al Sr. de Valbonne padre á quien deseo ver?...»

—Entonces me ví precisado á decirte... que este no habia llegado...

—¿Y se encuentra mal abajo?—preguntó Enrique con ansiedad,—al menos habrá tenido tiempo para deciros alguna cosa...

—No Señor; solamente ha llegado hasta aquí y ha preguntado por Vd.

—Y ¡es esto todo!--insistió Enrique, que empezaba á tener miedo.

—Sí señor.

—Hé aquí un mozo extravagante. Está bien; introducidle... Puede ser algun pobre diablo á quien mi padre le haria de tarde en tarde alguna limosna.

—Señor, bien lo necesita,—dijo el criado saliendo,—porque está bien miserable.

Las últimas palabras del criado tuvieron sobre Enrique una fatal influencia. A los ojos de la gente rica, la miseria es hasta un crimen.

—¡Jamás, jamás!—murmuró.—No consentiré reconocer este hombre, por hermano. Le pondré un puñado de oro en la mano para salvarle del hambre, pero esto será todo. ¡Dios mío!... ¡que no se parezca á mi padre!

Entre tanto que dominaba el miedo terrible que se habia apoderado de él, Enrique vió abrirse de nuevo la puerta. El criado se quedó en el dintel, y un jóven rubio, pálido, seco y miserable, penetró

en la estancia. Este era José Lorient, cuyas facciones se parecían línea por línea á las de su madre, y no tenían nada de semejante con las facciones del banquero difunto.

Enrique respiró.

El jóven con los ojos inundados de lágrimas se aproximó lentamente á Enrique de Valbonne y le saludó con respeto.

—¿Qué quereis de mí?—preguntó Enrique.

—Ah, señor,—contestó José,—después de la pérdida que acabamos de sufrir, solo os suplico algunos momentos de entrevista.

Al decir esto dirigió una mirada de indicación al criado que se hallaba ante la puerta.

—Bautista,—dijo Enrique—¡dejadnos!

El criado salió.

Entonces Enrique de Valbonne, que habia hecho provision de calma y de indiferencia, miró al jóven observándole y le dijo:

—Está bien; ¿y qué deseais de mi, amigo mio?

—Señor,—contestó José Lorient con voz ahogada,—acabais de perder á vuestro padre y vengo á compartir vuestro dolor...

¡Usted!—dijo Enrique manifestando sorpresa y dirigiendo al mismo tiempo una mirada desdeñosa al jóven.

—Yo.....—tartamudeaba el jóven.—¿Que, vuestro padre no os ha dicho no habeis hablado de mí ántes de morir?...

—Yo no os conozco; y aun no sé cómo os llamais?

—José Lorient.

—Esta es la primera vez que oigo pronunciar vuestro nombre.

—¡Dios mio!—esclamó el jóven cubriéndose el rostro con las manos.—¿Pero vos no sabeis quien soy?

—Usted acaba de decirme su nombre. Esto es todo lo que sé.

—Mas..., ¡soy vuestro hermano!—esclamó el obrero cuya emocion habia subido de punto.

Enrique de Valbonne levantó bruscamente y contestó gritando.

—¡Este hombre está loco!

—Corrió al tirador de la campanilla que colgaba á lo largo de la chimenea, pero José se interpuso cayendo de rodillas.

—¡En el nombre del cielo!... ¡Por la memoria de vuestre padre, señor!—repuso el joven estendiendo los brazos en aptitud suplicante.—No llameis todavía... ¡Escuchadme! escuchadme un minuto! un solo minuto... Os juro que no estoy loco.

—Es difícil que me probeis lo contrario, en el momento que pretendéis ser mi hermano. Yo soy hijo único; pero ya veis, no toco, os dejo hablar; quiero escucharos...

Enr que dejó deslizar por entre sus dedos la bellota del tirador sin haber llamado.

Entonces, José, de rodillas y suplicante, recitó á Enrique su encuentro con el banquero y le repitió las últimas palabras que le habia dicho el señor Valbonnette de Valbonne: «Si estoy ausente por este largo viaje de que te acabo de hablar,—le habia dicho,—procura ver á mi hijo Enri-

que y el te recibirá como á un hermano.
¡Ay de mí, señor,—acabó José Lorient,
porque Enrique le habia escuchado sin in-
terrumirle,—¡ay de mí! ya veo ahora el
largo viaje de que me hablaba nuestro
desgraciado padre. Tenia presentimiento
del fin tan funesto que iba á tener en su
encuentro por la mañana.

Entre tanto que pronunciaba estas pa-
labras, José Lorient vió á Enrique apróxi-
marse á su bufete, abrir un cajoncito, in-
troducir en él la mano y sacar un fajo de
papeles.

El hijo del banquero, con estos papeles
en la mano, se acercó al jóven que se ha-
bia levantado.

—Amigo mio,—le dijo con una bondad
protectora, nada prueba que esteis loco;
pero mi padre, jamás me ha hablado pala-
bra de vos, mas habeis invocado su memo-
ria y voy á gratificaros.

Al mismo tiempo de decir esto quiso co-
locar en las manos del jóven este fajo
de papeles, que no eran otra cosa que bi-

lletes de Banco, y que constituian una suma de cerca de veinte mil francos.

Pero el obrero dió un paso atrás y levantó con arrogancia la cabeza, como si toda la sangre de su padre hubiese hablado por él, contestando à Enrique:

—Caballero,—le dijo,—no os concedo el derecho de insultarme.

—Como Vd. quiera.—dijo Enrique arrojando desdeñosamente los billetes sobre la chimenea.

Pero de repente José Lorient, en una de esas inspiraciones sublimes que no se encuentran en el análisis de la ciencia, comprendió por aquella accion la verdad, como si una revelacion repentina y misteriosa se lo hubiese manifestado todo. Entonces, mirando frente á frente el rostro de su hermano.

—Deteneos, caballero,—le dijo;—acabo de leer en el fondo de vuestra alma que lo que os he recitado no le es á usted desconocido, que Vd. lo sabe todo.

—¡Ah, este hombre está loco!—esclamo por segunda vez Enrique de Valbonne,

que quiso de nuevo tirar de la campanilla para llamar á sus criados.

Pero José se interpuso segunda vez trasfigurado, y aterrándole con su mirada, le dijo:

—¡No llameis... es inutil! Ya me marchó: la maldicion del cielo caiga sobre Vd., caballero: rogad á Dios que esta maldicion del hermano desheredado no pese sobre vos toda vuestra vida.

El pobre obrero salió con un pase lento y sereno, dejando á Enrique de Valbonne aterrado bajo el peso de la maldicion que sobre él acababa de caer.

Enrique de Valbonne fué olvidando poco á à poco su maldicion. Quedó por heredero universal de su padre y no volvió á acordarse para nada de José Lorient, el hijo desheredado.

III.

Un domingo del mes de abril de 1857, es decir, veinticuatro años despues de la muerte del Sr. Valbonnette de Valbonne, muerto en duelo por el vizconde de F..., una victoria de caja azul y rodaje de color junquillo, tirada por cuatro magníficos caballos conducidos á la Daumont, desfilaba como una flecha hácia las dos de la tarde por los campos Elíseos y ganaba la barrera de la Estrella.

La victoria era un precioso modelo, los caballos negros como el azabache, enjaezados con arneses de posta lujosos, valian de cuarenta á cincuenta mil francos los cuatro; las libreas de los lacayos, eran de un gusto esquisito y de una originalidad extrema.

Este tiro modelo hizo una sensacion profunda entre la gente elegante que se cruzaba en la avenida: pero la victoria, los

caballos y los postillones, produjeron una sensacion mucho menos grande todavia, que la que ocasionó la jóven que iba dentro perezosamente reclinada en los mullidos del carruaje.

Jamás Walter Seottideó á sus heroínas tan rubias, tan blancas y con los ojos de un azul tan subido; jamás los pintores de la escuela Florentina osaron crear un tipo mas perfecto, mas hermoso y mas puro.

La jóven contestaba con una fascinadora sonrisa á la infinidad de saludos que se la dirigian de los demás carruajes, entre tanto que con su mano hacia un gesto encantador á los jóvenes que se descubrian respetuosamente á su paso.

Esta maravillosa criatura era la señorita Mercedes Valbonnette de Valbonne. hija del Sr. Enrique de Valbonne, banquero como su padre, y mucho mas rico que él, segun se decia.

Mercedes se encontraba en la deliciosa edad de los veintitres años; era hija única,

y no tenia madre; ídolo de su padre, educada con escesivo cariño, Mercedes no tenia caprichos, pues no tenia tiempo para manifestar un deseo, por verle cumplido. En el mundo no habia pueblo ni ciudad donde no tuviese adoradores y esclavos.

Mercedes era tan buena como bella; tenia talento y pasaba por una mujer de mundo entre la aristocracia

Mercedes de Valbonne pasaba por una leona: tenia palco en los Italianos y en los Bufos del maestro Offembach; se la veia en las carreras de caballos en la primavera, y en el otoño montaba á caballo por la mañana en compañía de su padre y de su caballero.

En este dia la señorita de Valbonne se dirigia á la Marche, donde su padre la esperaba desde por la mañana.

El señor de Valbonne hacia correr y tenia grandes apuestas empeñadas sobre Damoiseau, un caballo magnifico que parecia haber justificado las mas grandes esperanzas, y por el que el banquero

habia pagado nada menos que cincuenta y cinco mil francos.

Al cruzar el carruaje por los campos Eliseos, dos jóvenes ginetes saludaron á Mercedes; el primero con una familiaridad respetuosa, el segundo con un matiz de sorpresa.

—¿Quién es esa señorita?—preguntó este último.

Los dos caballeros eran jóvenes y elegantes. El uno podia tener veinticinco años, el otro treinta.

El primero era rubio, casi imberbe, y de una belleza algun tanto femenina: montaba un alazan dorado, caballo gracioso y perezoso entre todos, una verdadera montura de mujer.

El segundo era moreno, y tenia todas las facciones fuertemente pronunciadas; se sostenia con gallardía sobre un magnífico caballo castaño,

El primero, á quien iba dirigida la pregunta: «¿Quien es esa señorita?» se llamaba Olivier Beauchene: era hijo de un corredor de cambios, y una de las

visitas de la señorita Mercedes de Valbonne.

Su compañero, el joven moreno, se llamaba Beltrán de Morlux; era un antiguo oficial de marina que á los veinte y ocho años habia dado una vuelta al rededor del mundo, y que habiendo heredado inesperadamente, despues de cuatro ó cinco meses se arrojó en el torbellino de la vida parisien.

—Esta señorita,—dijo Olivier Beauchene á Beltran de Morlux,—es una mujer muy bella, como acabais de ver, muy rica, como podeis conocer por el lujo de su tren, y perfectamente educada. Es la hija del banquero señor Valbonnette de Valbonne

—¿Qué edad tiene?

—Veinte años.

—Si me casara con ella...

Estas palabras, pronunciadas á quema ropa, produjeron tal impresion á Olivier Beauchene, que vaciló sobre su silla con peligro de caer, porque habia hundido

una de sus espuelas en el vientre de su caballo

—¡Si vos os casarais!...—contestó con un tono extraño,—¡por mi honor... que no hay en el mundo nada como los marinos, para no poner en duda ninguna cosa!

El señor Beltran de Moriux miró fijamente á su jóven amigo y repuso con calma.

—Perdonadme: tengo cien mil francos de renta, un título de baron, apenas he cumplido treinta años y no paso, precisamente, en el mundo por un mal hombre.

—Verdad es, pero...

—Por consiguiente, no tendrá nada de particular: me parece que...

—¡Ah! querido,—interrumpió Olivier,—si quereis permitirme algunas palabras, vos encontrareis pretensiones que...

—¿Vos creeis, querido amigo..?

—Estoy seguro.

—Muy bien, veamos vuestras esplicaciones.

—Desde luego la señorita Valbonnette de Valbonne es segun creo tan rica como vos, sino mas.

—¿Despues?

—Despues, amigo mio, es una mujer caprichosa entre todas.

—Me gustan esos caractères.

—Es que yo creo que no quiere esposo.

—¡Oh! ¡oh! ¿estais seguro?

—Ha rehusado la mano de todos los que hemos aspirado á la suya, á los unos despues de los otros.

—¡Ah! ¿y á vos tambien?

—Tambien.

—¡Pardiez! ¿y por qué motivo?

—Porque dice... soy la mas feliz de las mujeres, nada me falta, por lo tanto, no quiero perder mi independendencia.

—Luego es que ella no ama á nadie, —dijo el marino con fatuidad

—No amaré jamás.

—¡Ah! —prosigió le marino frunciendo las cejas, —pues ella ha de amarme.

—Se refiere una leyenda misteriosa acer-

ca de ella. Es una historia curiosa.

—Contádmela.

Los dos ginetes aproximaron sus caballos, subiendo al paso la abenida de los Campos Eliseos.

—¿Teneis impaciencia por saberlo, querido?—pregunto Olivier.

—Muchísima.

—Entonces, escuchad. .

Olivier se volvió un poco hácia el lado de su amigo.

—Harà como cosa de cuatro años,—dijo,—en medio del invierno, se vió aparecer en nuestros salones un hombre que fué el leon de la estacion como dicen los ingleses. Era este un jóven moscovita, el principe Karinoff, ayudante de campo de uno de los grandes duques de Rusia. Este jóven era fuerte, arrogante, hermoso, fabulosamente rico, y hablaba un lenguaje lleno de seduccion, como algunos otros de sus compatriotas, que parecian haber heredado el hechizo fascinador y la gracia antigua de los griegos. Además, al principe Karinoff se habia an-

ticipado la noticia de una reputacion maravillosa de sangre fria y de valor. Se habia batido en Bonarsund, Sebastopol, en el Cáucaso, habia muerto osos y tigres, y últimamente habia luchado cuerpo á cuerpo en la India con una pantera que acabó por ahogarla entre sus brazos. Este moscovita encontró á la señorita de Valbonne, se enamoró perdidamente de ella y la pidió por esposa.

—¿Y ella rehusó?

—Al contrario, accedió; se publicó la boda, se compraron las vistas, se firmó el contrato y el novio fijó el plazo para el 15 de abril siguiente. El día 14, la víspera de la ceremonia, un rumor extraño se extendió por Paris, el príncipe Karinoff habia sido encontrado muerto en su lecho. Habia recibido una puñalada en el corazon durante el sueño y la muerte habia sido instantánea.

—¡Diablo! mi querido Olivier, he aquí un desenlace no menos trágico que imprevisto, —dijo Beltran.

—La policía,—continuó Olivier,—fue puesta en movimiento, y se practicaron las diligencias mas minuciosas para encontrar al asesino.

—¿Se le encontró?

—No; solamente algunos meses despues circuló entre las diferentes deducciones una que parece ser la mas verdadera, y es esta que voy á referir. El 12 de abril, el príncipe Karinoff estaban en los Italianos en el palco del señor de Valbonne sentado al lado de su prometida, que tenia en la mano un gran ramo de camelias blancas. En uno de los intermedios, una mujer hermosa pero con una de esas bellezas estrañas y fatales, entró en el palco de frente al del banquero: á la presencia de esta mujer, el príncipe Karinoff palideció y se apoderó de él un temblor tal, que Mercedes lo apercibió.

—¿Conoceis aquella dama?—preguntó al príncipe.

—Si, la conozco, aunque poco;—contestó demostrando indiferencia.

—¿Quién es?

—Es la condesa Marika, una de mis compatriotas,—contestó,— la conocí en Petersburgo.

Saludó á la condesa, y esta contestó con desden á su saludo.

—¡Bravo!—interrumpió Beltran;—ya veo, la condesa era una rival...

—Pero escuchad, querido,—prosiguió Olivier;—teneis demasiada prisa por saber el final.—Olivier continuó...

IV.

La condesa Marika miró á la señorita de Valbonne muchas veces durante el espectáculo, luego se levantó un poco antes de terminar el último acto del *Poliuto* y desapareció.

La señorita Mercedes de Valbonne—prosigió Olivier;—volvió á su casa preocupada en extremo. El príncipe Karinoff la habia pedido permiso para retirar-

se en la galería del teatro diciéndola: «hasta mañana»; ese mañana no había de llegar jamás para él.

El palacio del Sr. de Valbonne está situado en la calle de Astorg, y está rodeado por un jardín al cual corresponden las ventanas de la habitación ocupada por Mercedes.

—La joven se hizo desnudar, despidiendo luego á su doncella, y víctima de un temor, de un pesar desconocido, en lugar de acostarse se sentó al fuego, tomando un libro en el cual esperaba hallar alguna distracción á la angustia que estrechaba su corazón; así permaneció unos minutos, cuando de pronto la puerta de su gabinete se abrió y una mujer entró. Era esta la dama rusa de los Italianos, la condesa Marika.

El espanto de la joven fué tal que no tuvo fuerzas ni aun para ponerse en pie. Su garganta no le permitió dar un grito.

La condesa cerró la puerta, se acercó á la joven, y aplicando un dedo á sus labios indicándola silencio,

—Señorita,—la dijo,—he comprado á vuestros criados para llegar hastas qui, porque me era absolutamente necesario que os viese esta misma noche. No temais nada, soy una mujer honrada y no una aventurera.

Mercedes, asombrada todavía por esta aparición repentina, no pudo articular una palabra.

Entonces la condesa, tomando una de sus manos entre las suyas, la dijo:

—Vais á casaros con el principe Kari-noff; ¿vos le amais?

—Si,—respondió Mercedes.—¿Con qué derecho me haceis esa pregunta, señora?

—Pero vos le amais,—replicó la condesa,—porque le creéis digno de vuestro amor.

—¿Pero qué os habeis figurado?—replicó la jóven con altanería.

Mercedes habia recobrado su calma y su presencia de ánimo.

—Vos misma vais á juzgarle,—replicó la condesa,—escuchad: Me llamo la con-

desa Marika, soy esposa del general que manda en el Cáucaso; el principe Karinoff ha sido ayudante de campo suyo, y éste, aprovechando la ausencia de mi esposo, me ha deshonrado; yo he sido arrojada por mi marido del techo conyugal; los salones de Petersburgo se cerraron ante mí; al terminar un año, el principe, despues que por aquel funesto amor todo lo despreciè y todo lo perdi, me abandonó.

—¡Oh, pero eso es ¡infame!—esclamó Mercedes.

—Hé aqui el hombre que desea ser vuestro esposo,—continuó la condesa;—¿le amais todavía?

—¡Nó!—gritó la jóven;—¡ese hombre es un infame! ¡le desprecio!

Entonces la condesa se levantó y se envolvió en su abrigo.

—Tenia necesidad de escuchar estas palabras de vuestra boca,—dijo;—ahora no os casareis con el principe Karinoff.

La condesa partió sin querer explicarse.

Al día siguiente Mercedes de Valbonne,—acabó Olivier,—supo la muerte del príncipe, y comprendió que había sido herido por el puñal de algún Monjick de la condesa Marika.

Desde entonces no ha querido casarse jamás.

—Querido mio,—dijo Beltran de Morlux,—me habeis hecho un perjuicio con referirme esa historieta.

—¿Pues por qué?

—Porque estoy enamorado como un loco de Mercedes, y antes perderé mi nombre, que dejar de ser su esposo.

—¡Etais loco,—dijo Olivier Beauchene riéndose,—pero loco de atar!

—Y no sabeis que los locos casi siempre logran lo que desean... Adios, Olivier.

Beltran separó su caballo.

—¿A dónde vais?

—A la Marche... quiero verla.

—Está bien,—dijo Olivier,—os acompaño si gustais...

—Como querais.

—¡Os presentaré á ella!... Seria gracioso que con vuestro amor nos vengárais á todos.

Los dos ginetes atravesaron el bosque al galope y veinte minutos despues entraba en el palenque de las carreras.

La señorita Mercedes de Valbonne despues de haberse apeado de su carruage se paseaba en efecto pendiente del brazo de su padre. Este tenia venticuatro años mas, pero sin embargo, Enrique de Valbonne continuaba siendo el elegante caballero que hemos conocido: alto, delgado, de apostura juvenil, cuando se le veia dando el brazo á su bella hija mas que padre se le podia tomar por su esposo.

El banquero habia ido á la Maréhe en su tilbury conducido por dos trtones americanos enjaezados en Tandem.

Ya en este tiempo habia hecho muchas apuestas que figuraban en su libro de caja, y retirar uno de los caballos

de carrera en el que tenia muy pocas esperanzas; mas despues como su hija llegaba, se dirigió hácia ella ofreciéndola su mano para que se apeara.

—Mi querida Mercedes,—la dijo,—estás mas bella que nunca, y leo en tus ojos que eres completamente feliz.

—¿No estoy en tus brazos, padre? pues con esto soy feliz,—contestó ella de una manera encantadora.

—¡Aduladora!...

—Y ahí tienes: hoy estoy contenta: mas hace algun tiempo que tengo miedo..

—¡Miedo! ¿Y de qué?

—Se dice que la dicha sin límites es peligrosa.

—¿Por qué?

—Porque con frecuencia anuncia una catástrofe.

—Calla, loquilla...

—Y mas te digo, papá; una pequeña desgracia; llenaria mis deseos;—continuó Mercedes sonriéndose,—porque de esta manera, mi temor desaparecería.

— Perfectamente,—añadió el banquero
—Está satisfecha,—porque esa pequeña
desgracia existe.

—¿Cómo? ¿Qué decis? preguntó Mercedes sobrealtada.

—Vamos á ser despedidos de nuestro
palacio.

—¿Mas, solo por sospechas?

—No, no son sospecha-; nuestro palacio se encuentra comprendido en el diseño de un nuevo boulevard que se va á abrir: y que se llamara, segun tengo oído, el boulevard de Malesherbes.

—¡Bien!—dijo Mercedes disgustada,—¿pero supongo que no habrás accedido?

—No me es posible rehusar, niña mia; pero estate tranquila, yo haré édtficar en los Campos Eliseos un palacio digno de tí, mi pequeña hada, y alli te he de rodear de una infinidad de maravillas.

—¿Y esto, cuando será?...

—¡Oh! esto será,—respondio el banquero,—mas tarde; solamente durante seis meses habitaremos un piso prin-

pal de 1500 francos en la calle de la Chausseé d'Antin: esto será muy llevadero como ves...

Mercedes contestó à la proposicion de su padre con un gesto desdeñoso.

—Despues,—añadio el Sr. de Valbonne.—estaremos allí hasta finalizar el mes de abril, y en mayo haremos un viaje hasta fines de setiembre que volvamos à Paris...

Enrique de Valbonne fué interrumpido por una voz que le decia:

—¡Hola! Sr. de Valbonne.

Mercedes se volvió y reconoció à Olivier Beauchene que daba el brazo à su amigo Beltran de Morlux. El jóven saludó à la señorita de Valbonne; y aproximándose à su padre.

Permitidme, mi querido banquero, —le dijo—que presente à Mercedes uno de sus buenos amigos; Sr. Beltran de Morlux hidalgo breton, hijo de cruzados y poseedor de cien mil libras de renta.

Mercedes contestó al saludo del señor de Morlux con una mirada indiferente.

—¡Malo!—pensó Olivier,—el anuncio de la nobleza y la fortuna de mi amigo no han producido hasta ahora gran efecto.

Olivier continuó:

—El señor baron Beltran de Marlux es un recién venido al mundo parisien, mi querido banquero, acaba de llagar de las Indias, donde ha presentado su dimision de teniente de navío.

Estas últimas palabras fijaron un poco mas la atencion de la señorita de Valbonne, que se dignó dirigir una mirada al marino.

—Y,—acabó O iviér,—como tiene intencion de tener una caballeriza, y de hacer correr sus caballos, os estaria muy agradecido si le diéseis algunos consejos.

—Señor baron,—respondió cortesmente el señor de Valbonne,—tengo mi caballeriza en la calle de Chaillor. Si deseais visitarla, rogad á Olivier, uno de mis mejores amigos, que os sirva de introductor. Yo espero, además, que os

conducirá esta noche á la calle de Astou; mi hija recibe los domingos.

Se cambiaron de nuevo los saludos, y despues la señorita de Valbonne y su padre continuaron el paseo.

—Cuando medito,—murmuró Mercedes alejándose,—que Olivier se dá la importancia de un hombre...

—¡Malo!—contestó el Sr. de Valbonne sonriendo:—no se diria otra cesa, sino que tú no le has perdonado la audacia de aspirar á tu mano.

—Al contrario, padre mio;—replicó la jóven con tono de burla;—para mi es la única cosa algun tanto sensata que ha hecho en toda su vida.

Mercedes dijo esto con una sonrisa burlesca que hechizó al banquero.

Pero en esto los clarines que anunciaban el principio de las carreras se oyeron, y de nuevo la conversacion del padre y de la hija volvió á interrumpirse.

Se apresuraron á tomar sitio en la tribuna, y poco despues la carrera empezó.

Damoiseau, el caballo del cual tanto se

hablaba, era el empeñado en la primera carrera.

A la salida, Damoiseau tomó sobre el campo un avance de dos metros; entre los combatientes de la carrera, Damoiseau era el que siempre iba á la cabeza.

—Bravo, Damoiseau! ¡Hurra por Damoiseau!—gritaba una multitud frenética.

Las señoras agitaban sus pañuelos, los hombres aplaudían con frenesí.

Damoiseau, que llevaba la delantera, y que no le restaba mas que quinientos metros para llegar el primero á su término y despreciar vergonzosamente á todos sus adversarios (ó reversos de la gloria de este mundo), desaparece y arroja al jokey lejos de él.

El jokey rodó por el césped, levantándose despues sin el menor daño.

Esto produjo un grito de dolor general entre los espectadores: de fraude para los apostadores, y de entusiasmo para los que hacían la contra á Damoiseau.

En cuanto al Sr. Valbonnette de Valbonne palideció y murmuró:

—He perdido mas de ciento cincuenta mil francos en esta apuesta. Decedidamente estoy en desgracia desde hace algun tiempo.

—Mercedes no entendió nada de lo que su padre habló para sí. Ella misma acababa de sufrir un engaño en vista de la derrota que sufría Damoiseau.

Pero el Sr. Enrique de Valbonne era un hombre de sangre fria y que sabia disimular á las mil maravillas, se volvió sonriendo hacia su hija y la dijo:

—Ya estás servida á medida de su deseo; acabamos de tener dos pequeñas desgracias por una; espero te escontrarás satisfecha.

Mercedes retorcia su pañuelo con impaciencia y mordía sus rosados labios.

—¿Perdiste mucho?—preguntó

—¡Oh! ¡una bagatela!—contestó el banquero con indiferencia;—ya lo recuperaré en el domingo próximo.

—¡Hola, hola!—dijo entonces una voz alegre,—me parece que he ganado, querido banquero.

—Este era Olivier Beauchene que se acercaba de nuevo al Sr. de Valbonne, y su hija, en compañía del Sr. Beltran de Morlux.

—A fé mia, caballero,—dijo este último, que á estar en vuestro lugar, despediria al jokey que montaba á Damoiseau.

—Ni aun soñarlo,—contestó con frialdad el banquero.

—Pues mirad,—presiguió Beltran,—estoy tan con encido que el jokey es un torpe, que por poco razonable que seais...

El señor de Valbo ne miró con curiosidad al señor de Morlux.

—Estoy dispuesto á comprar á Damoiseau —acabó el jóven.

—¡Pues qué, tan rico estais!—dijo el banquero con ironía.

Lo bastante para proponeros un negocio.

—¿De qué naturaleza?

—¡Oh!—dijo Beltran, — esta noche haremos el trato si lo teneis á bien.

—Sea,—murmuró el banquero bastante turbado por el aplomo del jóven.

—Pues hasta la noche:—dijo este último saludando de nuevo á Mercedes, no sin dirigirla una mirada que la hizo estremecer.

Beltran se separó del padre y de la hija dando el brazo á su amigo Olivier.

—¡Ay amigo mio! ¿qué es lo que vais á hacer? ¿qué tentacion os acomete? ¿quereis comprar á Damoiseau?

—Ciertamente.

—¡Un caballo que ha perdido de aquí en adelante toda su reputacion!

—Admito todo lo que se ponga en su contra las próximas carreras; estoy seguro que ganaré.

—¡Éstais loco!...

El marino se inclinó al oido de Olivier.

—Amigo mio, para otra vez, sed mas discreto, el loco sois vos.

—Como la caida.

—Está claro; tengo comprado á Jackson, el jokey que montaba á Damoiseau, y de aqui se deduce su caida.

—¡Pero eso es infame!

—No, es un medio de abrirme las puertas de la casa de vuestro amigo señor Valbonnette de Valbonne.

—¿Como, todavía pensais en la señorita Mercedes de Valbonne?

—Más que nunca.

Olivier se encogió de hombros demostrando indiferencia.

—Pues bien; yo hago una apuesta igual á lo que os haya costado la compra de Jackson, á que no os casais jamás con la señorita de Valbonne.

—Cometeríais una injusticia, — dijo friamente el marino. — La accion de Jackson me ha costado veinte y cinco mil francos.

—Los tengo, y os los entregaré, siempre que en el término de seis meses hayais vencido.

El señor de Morlux se quedó mirando á Olivier.

—Creo que no me conoceis, — le dijo; — tengo una voluntad de hierro, y cuando me fijo en una cosa, no reparo en nada de lo que me ha de costar el conseguirla.

Olivier se estremeció sin poder contenerse.

—¡Diablo!—le dijo.—¡Teneis un aplomo y un acento trágico para decir las cosas!

—¡Ah!—añadió simplemente el señor de Morlux;—soy mas bien un hombre de los trópicos que un ciudadano de París.

—Aunque hubiérais muerto tantos tigres como los héroes de Mery,—murmuró Olivier.—Con la que vais á luchar no es mas que una mujer libre de su mano, caprichosa, consentida, y que no consentirá casarse con vos, si vos no la agradais

—Apostad los veinte y cinco mil francos,—repitió Beltran con la calma de un inglés.

—Una palabra: tengo que añadir una ligera modificacion.

—Veamos

—Si propongo la apuesta, es porque tengo interés en ganarla.

—Es muy natural.

—Por consiguiente, quiero tener el derecho de hacer todo lo que de mí dependa en favor de ella.

—¿Es decir, que procurareis enredarme lo mas posible?

—Si,—dijo francamente Olivier.

—E-tá bien, acepto; ¿y vos!

—Sin duda ninguna.

Los dos jóvenes se dieron un apretón de manos en señal de que el contrato estaba hecho.

Mas tarde Olivier dijo á Beltran:

—Allá abajo veo á una amiga mia; permitidme que vaya á saludarla

En ese caso, hasta la tarde; las carreras ya no me interesan. Si quereis comer conmigo, á las seis me encontráis en el círculo: á la noche hiremos á casa de vuestro banquero.

—Convenidos; hasta luego, querido

—Adios.

Olivier y Beltran se separaron.

Poco tiempo despues la señorita Mercedes de Valbonne subia á su carruaje

y abandonaba el campo de las carreras con direccion á Paris.

Su padre entregó el tilbury á su groom y subió al lado de su hija.

Los caballos de la señorita de Valbonne, como ya hemos dicho, eran los mas vivos, los mas hermosos que se encontraban en el circulo de Paris.

—¡Ligero! ¡muy ligero!—gritaba el banquero á los dos jockeys.

Cuando el Sr. de Valbonne estaba de buen humor, gustaba de hacer correr á los caballos.

Los jockeys castigaron y lanzaron los caballos á la carrera, sin pensar en la terrible pendiente Ville-d'Avray, teatro de tantos accidentes.

Los jockeys habian bebido un poco; así fué que llegaron á la pendiente, sin haber contenido antes á su andadura.

De repente la flecha se rompió á dos piés del avantren; y la victoria sacudió los corbejones del portador.

El Sr. de Valbonne dió un grito —Deteneos... deteneos,—gritaba.

Pero era demasiado tarde; los dos caballos delanteros, habian roto la lanza; y los caballos de la lanza arrojados por el avantren que les golpeaba salieron al galope. Los jokeys ya no podian hacer nada.

La señorita Mercedes de Valbonne, que habia comprendido el peligro, se quedó enteramente pálida.

—¡No te muevas!—dijo á su padre agarrándole por un brazo, —si saltas, eres muerto; te matas.

El banquero, escéptico de ordinario, murmuró por lo bajo una corta súplica al cielo por su hija.

Este drama mudo y terrible, duró seis minutos; durante dos de ellos los fogosos caballos corrian como una flecha arastrando el carruage á la pendiente estorbada por infinidad de gente y algunos caballos. Los unos se escondian con miedo, los otros murmuraban: «si saltan el tramo, están perdidos.» Mas en este momento un jóven saltó de un fiacre de dos caballos que iba por uno de

los costados del camino; tomó las bridas de los dos pequeños matalones; y antes que el cochero bajase de su asiento, el jóven volvió el fiacre, y le colocó al través del camino de la pendiente.

Los caballos de la victoria, ciegos, se estrellaron con el carruage de alquiler, y le tumbaron; pero uno de ellos cayó y la victoria se paró.

Mercedes y su padre estaban salvados... El banquero y su hija tuvieron un momento de espasmo y de inercia.

Los dos echaron pié á tierra, entre tanto que la multitud corria á ayudar á contener los caballos, y levantar el fiacre que habia quedado enteramente estropeado.

El jóven se retiraba modestamente despues de tan buena accion, llena de sangre fria y de presencia de ánimo; pero la gente corrió detrás de él, y Mercedes en medio de ella.

—¡Ah! ¡caballero!... ¡caballero!—le decía con una voz conmovida y llena de

candor, —Caballero, nosotros le debemos á Vd. la vida.

—Señorita; estoy muy satisfecho por el éxito tan feliz que he tenido, —contestó el jóven saludándola con resto

Era este un jóven de veinicuatro á veinticinco años, de figura distinguida y algun tan femenina los cabellos rubios, y su lábio superior estaba recubierto por un diminuto bigote. Estaba convenientemente vestido, y su traje consistia en un pantalon gris y una casaca negra, su semejanza denotaba que pertenecia á la clase media y no á un jóven de mundo. Se le podia tomar por un artista ú oficial de algun escultor.

Despues de haber saludado á Mercedes, cuya deslumbradora belleza parecia haberle hecho una gran impresion, quiso alejarse de nuevo, pero entonces el señor de Valbonne corrió á su encuentro.

El banquero venia de indemnizar al cochero del fiacre, que alborotaba y juraba, despues que ya estaba seguro

de que sus caballos se habian sossegado y que no habia nada que temer.

El señor de Valbonne no se engañaba de la condicion de su salvador, y tendiéndole su mano le dijo:

—Jóven, acaba Vd. de prestarme un servicio; ha hecho Vd. mas, ha salvado á mi hija, y puede Vd. estar seguro de que no dá con un ingrato. Dadme vuestro nombre y mañana...

—Caballero,—contestó el jóven,—os comprendo, y solo diré á Vd. que mi accion no ha sido por alcanzar premio alguno.

Y al mismo tiempo dirigió una mirada al banquero tan respetuosa y tan fiera, que la jóven se estremeció y le dijo:

—Caballero: perdonad á mi padre, está tan turbado...

Y á su vez saludó al jóven con una sonrisa, añadiendo:

+ Mi padre es el señor de Valbonnet de Valbonne; habitamos en la calle de Astorg, y seremos muy dichosos al re-

cibir á Vd., para darle las gracias. Adios, caballero... hasta la vista.

Mercedes, noble y fascinadora, pasó por delante del jóven, que creyó sin duda ninguna haber salvado á una criatura celestial, descendida por casualidad sobre la tierra.

—¿Sabes, padre,—decia por la noche Mercedes de Valbonne sentándose á la mesa para comer,—que has carecido primorosamente de tacto al ofrecer dinero? á aquel jóven, sin cuya presencia estábamos perdidos?

El banquero frunció las cejas.

—¡Eh! que diablo, hoy el mundo está al revés. En mis tiempos, los obreros no eran tan vanidosos, ninguno se desdenaba desembolsarse un puñado de Luis.

—¡Oh!—añadió Mercedes,—¿y no viste lo arrogante que se puso?

El banquero se encogió de hombros, y murmuró en voz baja.

—Es singular; mirando á ese jóven

me parecia haber rejuvenecido veinte años. ¡Tiene una semejanza tan rara!..

—¿En qué piensas, querido padre?—preguntó Mercedes.—Estás sombrío como la noche.

—Pienso,--respondió el Sr. de Valbonne, que parecia salir de una preocupacion extrema,—en que Damoiseau ha destruido todas mis esperanzas.

El banquero volvió á caer en su meditacion; habló por monosílabos durante la comida: despues se levantó y marchó á fumar á su gabinete, entre tanto que Mercedes, que recibia á sus amigos todos los domingos, daba algunas órdenes.

A las nueve, el señor de Valbonne, que entre tanto que fumaba habia escrito algunas cartas, empezó á oir parar los carruajes uno despues del otro á la puerta de su palacio: luego sonó la campanilla de su gabinete.

—Parece que esta visita es para mi,—se dijo.

En efecto, su ayuda de cámara abrió la puerta y anunció:

—El Sr. baron Beltran de Morlux.

—Ya veis, caballero,—dijo el marino al entrar,—que soy hombre de palabra.

—Y de una exactitud militar,—añadió el banquero ofreciéndole una butaca y una cigarrera con habanos.

Entre tanto que Beltran encendia el cigarro, el banquero continuó:

—Me habeis anunciado, segun creo, caballero, que deseábais proponerme un negocio; ¿piensa Vd. todavia comprarme al desgraciado Damoiseau?

—Sí señor; pero esto es un negocio accesorio.

—¡Ah!

—Y que trataremos despues si Vd. lo tiene á bien, despues de la gran cuestion que aquí me conduce.

—Veamos.

El banquero se volvió en su sillón y tomó la fria actitud del hombre acostumbrado á los negocios.

—Caballero,—dijo entónces Beltran;—yo desciendo de una escelente familia de Bretaña.

—Vuestro nombre me lo ha indicado; —dijo cortesmente el señor de Valbonne.

—Soy además baron.

—Esto en el tiempo que corremos, es un poco de moda.

Beltran se inclinó, y prosiguió:

—Tengo cien mil libras de renta, y pienso doblar mi fortuna á la muerte de un tío paterno, el marqués de Morlux.

—¿Es que deseais confiarme algun capital?—preguntó con negligencia el banquero.

—Precisamente, no señor;—pienso otra cosa mejor.

—Ya os escucho, caballero.

—Pues bien; soy baron, rico, tengo treinta y dos años y alguna distincion en la marina. Hé aquí mis títulos y mi dote:—acabó Beltran con su calma británica;—vengo à pedirós la mano de la señorita Mercedes, vuestra hija.

El asombro del banquero à estas palabras fué tal, que se levantó de pié y murmurò:

—Permitidme, caballero, que os diga que habeis obrado con bastante ligereza.

—¡Ah! Esto es,—contestó Beltran con una sangre fria imperturbable,—que yo siempre he estimado la idea de que para tomar una plaza es mejor un asalto que un bloqueo. Beltran esperó la respuesta del banquero.

V.

El Sr. Valbonnette de Valbonne era, ante todo, un hombre de mundo, y tenia sobre él un gran imperio. En su misma juventud jamás se habia dejado llevar de sus sentimientos. Así fué que recibió la petición de la mano de su hija sin fruncir las cejas, quedándose satisfecho con pronunciar esta frase; «Caballero, habeis obrado con bastante ligereza.»

Y luego que el marino espuso su teoría sobre el modo de tomar una plaza fuerte se contentó con sonreirse, di-

ciéndole por fin despues de dos minutos de silencio:

—Caballero, dejadme contestaros con una sola palabra. Yo dejo á mi hija dueña de su mano; por lo tanto ella se casará con quien desee.

El Sr. de Morlux se inclinó

—Hacedla la corte, —continuó el banquero, —procurad agradarla. Esto es asunto vuestro y no mio.

—Caballero, agradezco á Vd. mucho su franqueza y la autorizacion que acabais de darme, —contestó el baron.

—Ahora—dijo el Sr. de Valbonne—pase-mos al salon si lo tiene Vd. á bien: allí encontraremos á mi hija.

A estas palabras, el banquero abrió una puerta de su gabinete que correspondia con una galería, á la estremidad de la cual se encontraba el salon de recibo del palacio.

Beltran le siguió.

Mercedes de Valbonne se encontraba rodeada ya de algunas personas, entre las cuales se hallaba Olivier Beauchene.

Olivier habia llegado con Beltran y se habia quedado en el salon, entre tanto su amigo se hacia conducir al gabinete del banquero.

Olivier habia tomado la delantera á su amigo, y ya le habia hecho un mal servicio hablando de su fatuidad á Mercedes. Y esto se podia heber asegurado, al ver la mirada un poco desdeñosa que Mercedes dejó caer sobre el marino, al verle entrar en el salon conducido por su padre.

Pero Beltran no era hombre que se desalentaba por tan poco: hizo tres cortesias, y con un aplomo maravilloso se sentó muy cerca de Mercedes.

Mercedes referia á sus amigos el accidente de la tarde, y hablaba del jóven cuya presencia de ánimo la habia salvado.

—¿Quién podria ser ese caballero que volvió de la Marche en un fiacre?—preguntó Morlux con desden.

—Un hombre sin duda, Caballero.—

replicó con frialdad Mercedes,—que no tenía los cuidados de vuestra fortuna.

Beltran se mordió los labios.

El señor de Valbonne intervino y dijo con calma:

—¡Dios mio, qué empeño por saber quién era ese personage! Yo creo que ese jóven no venia de la Marche; para mí era un comisionado de llevar un encargo ó de cobrar una factura.

—Si le hubiera Vd. colocado dos Luis en la mano, no hubiera sabido que hacerse de contento.

—Se engaña Vd., caballero,—añadió con sequedad Mercedes, sin dignarse dar á Beltran una esplicacion de sus palabras.

—Malo,—pensó Olivier,—me parece que mi amigo Beltran debuta muy mal.

Como todavia no habia bastantes hombres en el salon.

—Oliver,—dijo el banquero.—¿quiere usted acompañarme á organizar una mesa de Whist?

El Whist aisló un poco á Beltran y Mercedes.

Olivier y el banquero se pusieron á jugar.

—Bueno, — se dijo Beltran, — el momento está bien elegido... para un asalto.

Acercó su butaca á un lado de Mercedes, que juzgó su actitud un poco desdeñosa.

La audacia de Beltran hubiese sido muy difícil de definir; y un psicólogo, se hubiera visto muy embarazado al decidir si dependia del alma ó de su tontería; si Beltran era un necio ó habia formado un empeño en que el mundo le llamase un hombre de pró.

No habia llevado todavia la conversacion al punto que deseaba, de una manera tan directa como lo hizo con el banquero, pero sin embargo, tomó una forma alegórica de las mas parecidas.

—Señorita, — dijo á Mercedes, — ¿me concederia Vd. un corto momento de entrevista?

—¿Cómo así, caballero?—contestó esta con una política esquisita.

—Usted es la mujer parisien:—continuó Beltran,—es decir, que Vd. reúne la mas completa inteligencia á la vez que la ciencia penetradora del mundo.

—¡Oh! es Vd. demasiado galante, caballero.

—Por consiguiente, Vd. es la persona á quien un pobre soldado como yo, desprovisto de esperiencia y que se desliza á cada instante en el terreno del mundo, debe seguramente dirigirse para adquirir un consejo.

—¿Cómo, caballero!—dijo Mercedes.—¿Vos teneis necesidad de un consejo?

—Y de un consejo delicado, señorita.

—Pues bien, hablad, caballero; yo me esforzaré por merecer vuestra confianza.

—Señorita,—continuó Beltran,—tengo un titulo de baron.

—Y además cien mil libras de renta,—interrumpió Mercedes con un acento de burla finísimo.—El señor Olivier, vues-

tro amigo y mio, me ha enterado de vuestra posicion. Pasemos al consejo.

—Yo he presentado mi dimision,—prosiguió Beltran,—y me he rodeado sin querer de una vida de aislamiento y soledad. Pues bien, se me ha ocurrido la idea de casarme y para esto he buscado por el mundo una jóven bella, espiritual y buena, que quisiese compartir mi fortuna y mi titulo.

Mercedes comprendió el sentido de estas palabras, hizo un gesto y quedóse mirando el señor Morlux.

—Haceis muy bien,—dijo,—en pedir-me este consejo. Escuchadme: si quereis ser amado, buscad una mujer sin dote.

Beltran se estremeció y se mordió los labios.

—Porque nosotras,—prosiguió Mercedes con calma,—hijas de padres ricos, perfectamente satisfechas, y que nada nos puede embriagar, nosotras, no hacemos caso ni de un titulo que nada nos dà, ni de una fortuna equivalente á nuestro dote.

—Mas, señorita...

—¡Chis! escuchadme todavía; si en lugar de ser baron fuese Vd. duque, si tuviese Vd. la fortuna de Monte Cristo, así y todo no tendria Vd. cabida en mi alma; así, pues, estoy persuadida que juzgareis favorablemente mis opiniones.

La calma de Mercedes desconcertó á Beltran.

La jóven continuó:

—Soy hija única, mi padre es rico, y me deja enteramente dueña de mi corazón. Jamás he pensado casarme, ni he tenido ese deseo. Entre tanto, si tuviese esa intencion, podeis creerme, buscaria por el mundo un jóven de buena familia, pero lo mas pobre posible:

—Mas entre tanto...

—Permitidme una palabra todavía: si quereis casaros, esperad el invierno: estoy segura que encontrará Vd. por el mundo parisién alguna hermosa jóven, perfectamente educada, que deseará hacer la facilidad de un hombre tan galante como Vd.

Al mismo tiempo Mercedes le dedicó una sonrisa enigmática.

—Pero Mercedes: —dijo Beltran, —si ya he encontrado la persona que deseo, si ya mi corazon no me pertenece...

—Entonces, —añadió Mercedes sonriendo, —podeis casaros en el mes de octubre, en la nueva apertura.

—Mas ella... por mi desgracia, es rica.

—¡Oh! entonces, —continuó Mercedes cuya sonrisa burlona se desvanecía entre sus labios, —alabo mi deseo, caballero.

—¿Por qué?

—Por qué la jóven de quien acabais de hablarme, no se parece á mi en nada, ni participa de mis ideas... porque entonces...

—¿Qué? —insistió Beltran.

—Estaria Vd. condenado á un celibato eterno.

Mercedes se levantó burlona añadiendo.

—¿Me permite Vd. ver si mi padre

está jugando? ¡Es su desgracia habitual...

Desde este momento le fué imposible á Beltran el encontrarse de nuevo con Mercedes.

Se bailó un wals, dos polkas y algunas contradanzas.

Desde entonces, Mercedes apoyada en el brazo de Olivier, estuvo conversando aparte con él largo rato.

Beltran estaba lívido de corage; abandonó el salon del banquero á las dos de la mañana, y se volvió á pié á su casa. Había en la calle de San Lázaro.

Mas al llegar á la altura de la Chaussée d'Autin, oyó que le llamaban por su nombre.

Era Olivier.

—¿Cómo, sois vos?—dijo Beltran procurando tomar una actitud indiferente.

—Tenia que regañaros, amigo querido.

—¿De veras?—dijo el Sr. de Morlux;—conversábais con la señorita de Valbonn

y no he querido quitaros el placer de estar á su lado.

—Hablábamos de vos, querido amigo.

—¿Sí?

—¡Sí! querido,—continuó Olivier riéndose;—esta noche no habeis estado muy feliz.

—¡Cómo ha de ser!

—La señorita de Valbonne sabia de antemano lo que íbais á decirle.

—Sin embargo, era difícil.

—No, porque ya la habia yo prevenido que teníais intencion de pedir su mano.

Beltran palideció y se separó de Olivier bruscamente.

—Luego,—dijo; ella sabia... que era ella...

—Ya lo creo... Y ella ha tenido un placer femenino en prolongar vuestra esperanza.

—¡Oh!—murmuró Beltran,—yo os juro que mudará de lenguaje.

—Mirad, querido mio,—replico Olivier;—voy á haceros una proposicion de hombre galante.

—Veamos.

—¿Quereis abolir nuestra apuesta?

—Jamás,—esclamó, Beltran.

—¿Pero estais loco, amigo mio?

—Yo me encargo de probaros lo contrario.

—Entonces, á fé mia,—dijo Olivier,—puesto que ya he cumplido con el deber de amigo, voy á deciros...

—¡Qué!—dijo Beltran, que masticaba con furor la punta de su cigarro.

—Se me ha encagado un mensaje para vos.

—¿Verbal?

—No; escrito. Solamente que yo sé su contenido, y enseguida, tengo la comision de hacer que le destruyais cuando le hayais leído. Los rasgos de una joven bien educada, no deben de correr por el mundo dentro de la cartera de un jóven.

—Sea; consiento en su destruccion.

—Entonces, vamos á vuestra casa.

Beltran y Olivier apresuraron el paso, y bien pronto entraron en el portal de

una casa señalada con el número 16 en la calle de San Lázaro.

Beltran de Morlux acupaba el primer piso de esta casa, entre tanto que se hacia construir un palacio.

Beltran condujo á Olivier su cuarto; avivó un poco el fuego que estaba acabando de consumirse, colocó una bugía sobre la chimenea, y tendió la mano.

—Veamos ese billete,—dijo.

—Hé aqui,—dijo Olivier entregándole un billete encerrado en un sobre sellado y lacrado de azul.

Beltran rompió el sobre con mano febril, abrió el billete y leyó:

•Es usted breton, y esto me hace creer que no sereis tenaz; pues como siempre, es penoso para una mujer ver á un hombre galante estraviarse y perder el tiempo á la vez que su amor, y por esto tengo el heroismo de escribiros.

•Mi padre me ha hecho partícipe de vuestra peticion; yo le he referido lo restante.

•Ha hecho usted muy bien en adver-

tirme su poco conocimiento del mundo. Yo, aun que estoy poca enterada, creo sin embargo, que podeis seguir mis consejos para que no es desliceis tan amenudo.

»Esta noche ha cometido usted una falta de las mas terribles, de las cuales podrá usted librar siguiendo mis consejos.

»Mi padre y yo, caballero, seremos muy felices al recibiros con vuestra esposa en el invierno próximo, (porque este ha sido el último domingo) si es que tiene Vd. el honor de presentárnosla.

Vuestra servidora,

Mercedes de Valbonne.

Entre tanto que Beltran leia, Olivier espiaba su rostro.

Beltran estaba livido, sus facciones salientes y crispadas, habian tomado una espresion furiosa.

—¿Si será este hombre rencoroso y vengativo?—se preguntaba Olivier.

—Mirad, Beltran,—le dijo.—por última vez os digo si quereis abolir nuestra apuesta.

—Jamás,—contestó el marino arrugando entre sus dedos la carta de Mercedes.

Dirigió sobre el joven una mirada fria y brillante, de esas que llegan hasta el corazon, y añadió:

—Solamente os suplico una modificación.

—Veamos.

—Si en lugar de casarme con la señorita de Valbonne la hago mi querida...

—¡Ah! entonces,—esclamo Olivier,—os pongo el doble, ¿Tornais al idiotismo, amigo?

—Eso vos lo juzgareis ántes de tres meses,—respondió Beltran aproximando el billete à la bugia.

Entretanto que el papel ardia, Beltran, contemplándole, añadió:

—Mirad: el orgullo de esa mujer se

desvanecerá como el humo que se desprende de este papel. La he amado con pasión, ahora la borrezco con delirio.

—¡Desgraciado!—murmuró Olivier estremeciéndose:

—Este hombre,—pensaba,—es capaz de todo hasta cometer un crimen por satisfacer su monstruosa vanidad.

Olivier Beauchene apretó la mano de Beltran de Morlux, y marchó pensativo no volviendo á ver al marino ni al día siguiente, ni en los días sucesivos.

VI

Ha trascurrido algun tiempo desde las últimas escenas que acabamos de referir, y vamos á trasladarnos á la calle de la Chaussée d'Antin dentro de una casa de hermosa apariencia y provista de tres escaleras; la primera á la derecha de la bóveda conducia á unas grandes habitacio-

nes: de las cuales la primera costaba su alquiler quince mil francos; las otras dos, mas pequeñas, y partiendo del fondo del patio, conducian á otras de menos importancia.

A una de estas es donde vamos à introducir al lector.

El mes de mayo tocaba á su fin, es decir, tres semanas despues de las últimas carreras de la Marche, en donde hemos referido algunas escenas.

Dos jóvenes conversaban en una sala bastante vasta, y cuyas vistas correspondian à la vez á la calle y al patio.

En el centro de la sala habia una larga mesa cubierta de diferentes herramientas, las mas microscópicas; de diferentes fragmentos de oro y plata; de artesitas de madera, pequeñas, en las que habia confundidos perlas y rubies y algunos diamantes. Los dos jóvenes, sentado uno enfrente del otro, estaban vestidos con una blusa cerrada y ajustada al talle por un cinto de cuero. Uno de los dos esculpia un brazalete y tenia en la abertura arqueada uno de

esos vasos cóncavos de que se sirven los joyeros y los relojeros.

Este era el taller del maestro Lorient, joyero de cámara, uno de los mas hábiles diamantistas de Paris, y que trabajaba ordinariamente para todas las casas de platería y bisutería mas importantes de la capital.

Los jóvenes conversaban á media voz.

—Gaston,—decia el que trabajaba en el brazalete;—sabes que no te conozco desde hace algun tiempo.

El joven llamado Gaston miró melancólicamente á su compañero de trabajo.

—Porque tú, que en otro tiempo eras el compañero mas alegre del mundo, siempre dispuesto á la broma, á la risa y al placer del trabajo...

—¿Y ahora?

—Ahora siempre estás triste, pensativo, preocupado

—¡Bah!—dijo Gaston haciendo un esfuerzo por sonreirse.—¿Tu crees?

—Empiezas á parecerte á tu padre, á nuestro maestro, que en la vuelta de un

año á otro, mas que hombre parece un moribundo.

—Siempre he visto á mi padre triste, —respondió Gaston:—y esto procede sin duda de la pena que le ha causado la muerte de mi madre.

—Es lo mas probable: pero tú .. ¿qué tienes desde hace algun tiempo, mi pobre Gaston?

—Yo, nada: te lo juro, Emilio.

—¡Veamos! no me engañes ¿No soy tu amigo .? ¿no nos hemos criado juntos?

Gaston miró á Emilio con tristeza.

—¿Por qué? ¿has visto tú algo en mi semblante? No puedo definir yo mismo lo que me sucede, es una vaga inquietud... un mal moral... que no me puedo explicar.

—Yo si,—dijo Emilio;—yo te lo explicaré: Gaston, tú estás enamorado...

Gaston se estremeció y ahogó un grito.

—¡Estàs loco!—contestó-¡Enamorado!... ¡Oh! no, no... dejadme.

Pero Emilio, sin hacer caso de las palabras de Gaston, continuó:

—Gaston, tienes veinte y cuatro años de edad; si estas enamorado y la mujer que amas es digna de tí, ¿por qué no te casas?

Esta vez Gaston dió un grito y se quedó enteramente pálido.

—¡Ah! estás loco,

—¡Loco!—esclamó Emilio con sorpresa.

—Sí, loco de atar,

—¿Pero por qué?

—Porque hay un abismo entre la mujer que amo y yo.

—¡Bah!—dijo Emilio, que no comprendió el sentido de la palabra del abismo, —ella puede ser muy rica, mas tu tambien lo eres. Ten calma; tu padre Lorient, despues de treinta años de trabajo sin descanso y de haber hecho rudas economías, ¿que apostamos á que tiene mas que cien mil francos?

Gaston se encogió de hombros.

—Aunque tuviese un millon,—dijo,—el abismo seria el mismo.

—A fé mia,—dijo el jóven joyero,—hé aqui que no comprende nada. Asi, pues, esplicate, amigo mio.

Gaston se levantó y se dirigió á la ventana que correspondia á la calle.

—Ven aqui,—dijo Gaston y mira.

La calle de la Chaussée d' Antin estaba entonces (eran las cinco de la tarde) cubierta de carruajes y ginetes que se dirigian al bosque.

—¿Ves esos carruajes lujosos?—dijo Gaston,—¿ves todos esos elegantes ginetes?

—Sí, ciertamente; eso es lo que llamamos la gente de mundo.

—Pues bien; ella pertenece á ese mundo;—murmuró el jóven limpiándose una lágrima furtiva.—¿Comprendes ahora cómo un pobre oficial como yo...?

—Pero eres un insensato,—dijo Emilio.

¿Cómo has podido conocer á una mujer de ese género?

—Ha sido una fatalidad,—murmuró Gaston.—¿Ya recordarás el domingo que llevé aquel aderezo al baron de Mirail,

que tiene su casa á pocos pasos de Ville-d'Avray?

—Cierto; recuerdo,—dijo Emilio,—que nos pasamos dos noches seguidas sin descansar por acabar aquel collar... ¡Ah, ya! acaso aquella será la señora que....

—No; la señora de Mirail tiene cincuenta años. ¿Tú no leiste la *Presse* del día siguiente? Allí habia un *fait divers* que referia el suceso de una victoria cuyos caballos se habian desbocado en la pendiente de Ville-d'Avray.

—Sí,—dijo Emilio,—recuerdo que allí figuraba un hombre que no quiso decir su nombre.

—Pues bien, ese hombre era yo;—dijo sencillamente Gaston;—en la victoria iba una joven bella, hermosa como un ángel. ¡Ay! amigo mio, siempre la estoy viendo!... ¡Dios mio!... ¡Dios mio!...

Dos lágrimas brillantes saltaron de los ojos de Gaston.

—¿Y la has vuelto á ver despues?—preguntó Emilio.

Gaston tomó la mano de Emilio, y apretándosela con fuerza.

—¡Oh! no dirás nada á mi padre; —le dijo.—ya sabes que siempre está triste, y de mal humor

—No; puedes estar tranquilo:—contestò Emilio.

—Pues bien, figúrate,—prosiguió Gaston,—que todas las tardes hácia las siete, voy á ocultarme en cierto sitio de la calle d' Astorg; y allí, resguardado por las puertas de su jardín, espero à que pase en su victoria de vuelta del hosque, La veo por espacio de un segundo, y despues soy tan fèliz toda la noche... ¡Oh!... si supieras,—añadió Gaston,—como lloro de placer...

—Pobre amigo mio,—dijo el jóven joyero;—un amor como el tuyo, es un amor sin esperanza, y es necesario que le olvides à toda costa.

Gaston sacudió la cabeza con tristeza.

—Y para aliviar tu mal,—prosiguió Emilio,—si quereis creer á mi amistad, si quereis escuchar mis consejos...

—¿Qué haré?—dijo el jóven con ansiedad.

—No vuelvas mas á la calle de d'As-torg.

Gaston no contestó.

Poco tiempo despues, se oyeron pasos en la escalera y un llavin penetró en la cerradura de la puerta del taller.

—Aquí esta mi padre,—dijo Gaston abandonando precipitadamente la ventana y volviendo á tomar su trabajo.

Era este el maestro Lorient, como decia Emilio.

El joyero era un hombre alto, delgado, descolorido, de aspecto triste: sus largos cabellos, rubios en otro tiempo, eran blanquecinos, y le caian en mechina por su sienes, sus ojos azules carecian de brillo: su frente cruzada por arrugas profundas, parecian ser consecuencia de una pena profunda de un trabajo obstinado y sin descanso. Este hombre habia envejecido antes de edad.

El maestro Lorient no tenia mas que cincuenta años, representaba sesenta.

Colocó sobre la mesa un cofrecito que llevaba debajo del brazo, y mirando á los dos jóvenes aun mismo tiempo.

—Hijos míos,—le dijo;—aquí teneis una obra que corre mucha prisa.

—A fè mia maestro,—respondió Emilio;—no sé dónde vais por tanto trabajo; esto representa toda la noche de taller.

—Ya lo creo,—dijo con sequedad el maestro.

Gaston abrió el cofrecito.

—Aquí viene un brazalete todavia.

—Si; es de Juan que me lo ha enviado,—replicó el maestro Lorient;—está destinado á una persona que le necesita mañana mismo, para un baile de boda.

Gaston tomó su lente.

—Pero padre,—dijo Gaston examinando el modelo;—esto tiene un trabajo inmenso.

—Pero es un trabajo bien pagado, hijos míos, creo que cuando hay necesidad de dinero nunca es grande el trabajo,—murmuró el joyero con la entonacion de un hombre que cuenta con la ganancia,

—Decís, maestro,—dijo Emilio, que tenia alguna confianza con el maestro Lorient para hablarle,—que teneis necesidad de dinero; ¿y para que quereis lo que teneis? Gaston y yo no somos interesados y nos parece muy bien que ahora podriais retiraros á descansar un poco, despues de las fatigas de un trabajo tan continuo y no haber gozado de nada.

—Yo gozo, á mi manera,—murmuró el joyero con aspecto sombrío;—gozo con la esperanza de ser algun dia mas rico que hoy; y la riqueza para mí, acabó con una voz sorda que los dos jóvenes entendieron apenas,—será en mis manos un arma que deseo desde hace mucho tiempo.

—¡Bueno!—continuó riéndose el joven oficial,—hablais de un arma poderosa por ahora. ¿Es que quereis batiros con algun otro platero?

El joyero Lorient no contestó.

No obstante, Emilio fijó su atencion en las palabras que se habian escapado á su maestro.

—Maestro, sería gracioso,—añadió,—que tuviese Vd. algun enemigo.

—Tengo uno,—replicó el joyero tomando su voz un timbre de odio que los dos jóvenes oficiales se estremecieron.

Mas luego, como si quisiera completar su pensamiento.

—Hé aquí treinta años, que hace que trabajo para mi venganza, y por lo que mis hijos no rehusan el trabajo que se presenta: ¡porque me hace falta oro... mucho oro!... Pero esto no es asunto vuestro,—dijo Lorient interrumpiéndose bruscamente. —¡A trabajar, hijos míos!

Entonces para dar ejemplo, el platero se quitó su paletot, se puso una blusa, se sentó á la mesa del trabajo, y empezó á desmontar las diferentes piezas de que constaba el brazaletes.

Emilio hubiera querido muy bien pedir algunas esplicaciones todavía; pero la llegada de un cuarto personaje destruyó sus proyectos de curiosidad.

La puerta se abrió, y un hombre pene-

tró en la habitacion, era este el portero de la casa.

—¡Ah! sois vos, Jacob.—dijo el joyero.—Buenas tardes. ¿Viene Vd. á traerme la contestacion del casero?

—Sí, Sr. Lorient.—contestó el portero.

—¿Y consiente dejarme la habitacion por dos mil francos?

—¡Oh! no ha sido sin trabajo; pero yo le hice ver que vos érais el inquilino mas antiguo de la casa, y que pagábais muy bien.

—Está bien, estoy agradecido de vos, Jacob; ahí teneis diez francos por el último adios.

—¡Comó, padre!—dijo Gaston;—¿nos mudamos de casa?

—Sí; aqui estamos demasiado altos, y la clientela se cansa de subir. Nos bajaremos al tercer piso de la otra escalera,

—¡Ah!—prosigió Gaston con indiferencia.

—¡Calla!—murmuró Emilio,—¡Subir de

doscientos francos á dos mil de un golpe. Por lo visto el maestro gana mucho...

—La habitacion está vacante, ¿no es esto?—preguntó Lorient, sin inquietarse por la reflexion de su oficial.

Se pueden llevar los muebles enseguida. Entre tanto, si quereis que yo haga vuestra mudanza, Sr. Lorient, tendreis que darme dos ó tres dias de termino.

—Pues ¿por qué? Jacob.

—Porque hoy, mañana y pasado, tengo un rufo trabajo.

—¿Pues cómo?

—Hemos alquilado el piso principal, ya sabeis, ese que rodea toda la casa... un alquiler de quince mil francos; ya veis, tengo veinte lises por el último adios ¡Ah! es un hombre tan rico, segun se dice, que no se puede calcular á cuanto asciende su fortuna. ¡Tiene millones de millones!

—Entonces ¿por qué no tiene un palacio?

—¡Ah!... le tiene,—dijo el portero;—pero le sucede lo contrario; la Villa se lo

derriba por causa de utilidad pública, y el banquero ha tomado esta habitacion en atencion...

—¡Ah!... ¿es un banquero?...—interrumpió Lorient.

—Y muy famoso; tiene una hija hermosísima.

El maestro Lorient se estremeció.

—¿Pues, cómo se llama ese banquero, Jacob?—le preguntó.

—Señor Valbonnette de Valbonne;—respondió el portero.

Este nombre produjo tal impresion al maestro Lorient, que dió un salto en su silla, dejando escapar la lente que tenia en la mano.

En cuanto á Gaston, su cara se cubrió de una palidez mortal.

—¡Calle! —dijo el portero al joyero, —hé aquí un nombre que os ha hecho efecto. ¿Le conociais vos, Sr Lorient?

El joyero reprimió su emocion.

—He oído hablar de él mucho, —contestó friamente. —Es un hombre muy rico, en efecto.

—¡Ah! ¡veamos!—murmuró Emilio, á quien no habia pasado desapercibida la emocion violenta del padre, ni la estre-mada palidez del hijo.—Hé aquí que esto se complica, y todo empieza á despertar mi curiosidad de una manera muy linda...

VII.

El mismo dia que el señor Valbonnette de Valbonne abandonaba su palacio de la calle d' Astorg, por causa de enag-anacion en beneficio público y se trasladaba á la calle de la Chaussée d' Antin, algunos pasos antes de las oficinas de su casa de banca, el señor Beltran de Morlux salia á las nueve de la noche del café Riche, donde habia comido.

El señor de Morlux caminaba á pié, con el cigarro en los lábios y las manos en los bolsillos, por uno de los costados

del boulevard de los Capuchinos, y subió hasta la calle Caumartin.

Allí, se detuvo un momento; parecía dudar; mas despues, tomando de repente una resolucion.

—¡Marchemos!—se dijo,—la venganza, es decididamente el placer de los dioses...

Entonces se dirigió con un paso rápido al núm. 19 de la calle de Caumartin; tiró de la campanilla y preguntó al portero:

—¿Es en esta casa donde vive el padre La Lluvia?

—Sí señor,—contestó el portero,—en el quinto piso de la derecha, subiendo por la escalera del patio.

Beltran puso una moneda de diez francos en la mano del portero y tomó el camino indicado.

¿Quién era, pues, este misterioso personaje que habitaba tan alto, que respondia á un nombre tan extravagante, y á cuya casa se aventuraba á subir el opulento baron de Morlux, despues de

haber invocado con una mirada satánica al espectro de la venganza? El padre La Lluvia era una especie de máquina de resorte secreto, de agente terrible y misterioso, que insensible jugaba y juega todavía después de diez y ocho años, un papel importante sino el primero en esos dramas efectivos y no menos punzantes, cuyo primer acto empieza en las galerías de la bolsa, y el último suele acabar ya en los bancos de la policía correccional, ya en alguna espesura del bosque de Meudon ó del de Vincennes, por un duelo ó un suicidio.

El padre La Lluvia era así llamado, por que era un hombre de noticias, de indicios, de luces.

Permítasenos explicar esta definicion.

El padre La Lluvia se habia creado una especialidad no menos estraña que formidable. Se habia colocado á la cabeza de una policía secreta, enteramente estraña á la política y á la justicia; de una policía que no se ocupaba ni de buscar asesinos ni de combatir á los conspiradores.

Mas él apreciaba en quinientos francos poco más ó ménos la fortuna real de todo especulador en los caminos de hierro, los rendimientos y las diversas acciones anotadas en la Bolsa.

¿Dónde reclutaba sus gentes? Nadie lo ha sabido ni nadie lo sabrà jamás.

Pocas personas conocian por entonces á este individuo, y sin embargo él conocia á todo el mundo. Bien pocos habrian fijado su atencion en este paseante de rostro largo y huesoso, de caballera incolora, de boca delgada y guarnecida de dientes amarillos, vestido en invierno con un paletot rojo por el uso, cubierta su cabeza con un sombrero grasiento y rojo por los bordes, con unas botas destalonadas, torcidas, y que se paseaba todos los dias dos ó cuatro horas por la plaza de la Bolsa, delante del teatro de Vaudeville.

Los unos le tomaban por un vendedor de contraseñas, los otros por un pobre diablo jugador tímido que no se atrevia á penetrar en el templo de la fortuna.

Algunos hombres colocados en las regio-

nes mas altas de la fortuna, algunos jugadores valientes cuyas temeridades habian producido alguna vez al alza y baja con mas seguridad que una noticia politica ó un despacho telegráfico, conocian tan solo á esta divinidad poderosa y terrible.

Por lo demás, el padre La Lluvia no comunicaba sus noticias, ni daba sus notas misteriosas à todo el que se las pedia; mucho como el destino, enigmático como el Spltinge antiguo, no ponía su invisible ejército à disposicio, del que se lo pedia, sin haber recibido una garantía una suma fabulosa de la cual siempre se reservaba una gran parte.

En nuestro siglo, si el uso del duelo va poco à poco olvidándose, si el antagonismo parlamentario se oscurece, los aborrecimientos no son menos vivos y muchas veces se refugian en el corazon de los que se llaman la gente de oro.

Entónces, en medio de estos hombres sin efusion de sangre y sin ruido, se libran de combates encarnizados, valién-

dose de otros medios cuya arma principal, si no la única, es el millon.

El padre La Lluvia era para los iniciados la divinidad de la venganza.

Después de diez años, el padre La Lluvia había visto realizar muchas ruinas financieras, á las que no había sido extraño.

Muchas veces un banquero había visto caer de pronto todo su crédito de la noche á la mañana; un empréstito propuesto por él, caer á la vez debajo, y en su caída no pensaba que el padre La Lluvia era la causa principal de su ruina.

¿Cómo el Sr. de Morlux había sabido la existencia de este hombre? Cómo fué, nosotros no lo sabemos.

Entre tanto, parecía estar muy enterado, porque Beltran no se admiró de la mala escalera, verdadera escalera de servicio para el uso de los criados de la casa, ni de la cuerda que seguía todos los tramos hasta el cuarto piso, ni de un poco de piel de liebre que pendía de una cuerda grasienta haciendo el oficio de tirador.

Morlux se detuvo delante de la puerta

de donde pendia este tirador, haciendo sonar la campanilla: un ruido ligero se oyó en el interior, y poco despues un paso pesado se dejó oír. La puerta se abrió y la visita se encontró en presencia de un hombre amarillento, de cabellos largos é incoloros, envuelto en una especie de hopalanda que, bajándole hasta los piés, disimulaba mal sus escarpines de orillo.

—El señor La Lluvia?...—preguntó Beltran.

—Yo soy,—contestó el viejo —¿Que puedo hacer para serviros?

Y pronunciando esta frase de mediana política, el padre La Lluvia examinó á su visita de un solo golpe de vista.

—Deseo hablar con Vd. algunos instantes para tratar de un negocio de interés,—contestó Beltran, recalcando las últimas palabras de un guiño de ojo.

—Pasad adelante,—prosiguió el padre La Lluvia.

Introdujo su visita en su modesta vi-

vienda y cerró la puerta prudentemente con cerrojo.

La habitacion del padre La Lluvia se componia de dos pieçecitas; una servia de antesala, y la otra de dormitorio. La primera estaba adornada con algunos muebles viejos de caoba, y unas cortinas de damasco rojas y apolilladas cubrian la puerta del dormitorio y las ventanas. El dormitorio no ofrecia nada de particular.

El padre La Lluvia cerró la puerta de la antesala; ofreció una silla al señor de Morlux, continuando mirándole con recelo, repitiéndole por fin su frase sacramental:

—¿En que puedo servir à usted, caballero?

—Conoce Vd. à todo Paris,—dijo Beltran, y por consiguiente debe Vd. conocerme, por que soy hombre rico...

—Esta no es razon: ¿es Vd. hombre de negocios?

—No.

—Entonces, caballero, es muy probable que vuestro nombre me sea enteramente

desconocido. Ahora creo que Vd. me dispensará que se lo haya dicho antes que me haya explicado el objeto de su visita.

El padre La Lluvia era buen fisonomista y habia conocido que el motivo que conducia á su casa á Beltran era otro que el amor al dinero.

—Debe usted tener pasiones muy violentas,—le dijo despues de un momento de silencio.

Beltran se estremeció.

—¿Quién es, pues, el banquero, el agente de cambio ó el bolsista cuya ruina os interesa?—prosiguió el extravagante personaje.

—Pero, caballero,—dijo Beltran lijaramente embarazado,—me parece que vais muy de prisa y demasiado lejos.

—Escuchad,—replicó el padre La Lluvia;—voy á explicaros mi proceder y el mecanismo de mi institucion: Yo sè cuál es la fortuna financiera de Europa; por todas partes tengo corresponsales misteriosos; pero yo no comunico mis conocimientos á todo el mundo.

—No ignoro,—dijo Beltran,—que es necesario depositar una fianza; fijad vos la suma.

—Esto depende del rango ocupado por la casa de que deseais vengaros, mi querido caballero.

—Es una de las primeras casas de banca de Paris.

El padre La Lluvia miró de nuevo á Beltran.

—Pues què, ¿estais tan rico!—le dijo.

—Tengo dispuestos dos millones para conseguir mi objeto.

El padre La Lluvia se encogió de hombros

Si la casa es sólida,—prosiguió,—vuestros dos millones no significan nada. Es como una gota de agua en medio del mar.

—¿Quién sabe?

—Si por fortuna, la casa ha intentado especulaciones arriesgadas, es muy diferente; enviadme mañana bajo un sobre doscientos mil francos y el nombre del sujeto cuya ruina os interesa. Dentro de dos dias recibireis una nota; ya no quiero saber

el nombre de vos por hoy... Buenas noches, caballero.

El padre La Lluvia se levantó de su silla con el fin de mostrar á Beltran que la audiencia habia terminado.

Este modo de obrar en cualesquiera otras circunstancias, hubiera hecho reir al humor mas altanero de un gentil-hombre; pero entre todas las pasiones, la que mas nos doblega, la que mas despedaza el corazon humano y domina su orgullo es la sed de la venganza. Por esto Beltran de Morlux, hombre de una vanidad escesiva, y cuyo amor propio estaba herido de una manera incurable, estaba resuelto á perderlo todo por saborear el placer de la venganza.

Así, pues, Beltran se levantó á su vez sin manifestar duda ninguna; pero en vez de dirigirse hácia la puerta se quedó de pie y dijo el padre La Lluvia:

—Pues qué, ¿no tiene Vd. en su casa tinta, ni plumas para escribir?

—¿Por qué es la pregunta?

—Porque podria muy bien daros aho-

ra eso que pedis. Tengo parte de mis fondos en casa de Rothschild.

—¡Ah! eso es diferente, —dijo el extravagante personage.

Abrió un cajón y sacó de él un secreter de caoba que contenia una tosca escribania, papel y plumas.

El señor de Morlux se sentó delante del secreter, sacó de uno de los bolsillos un pequeño extracto de la estampilla de la casa de Rothschild, tomó un pedazo de papel y le llenó, poniendo al fin este nombre: «Valbonnette de Valbonne,» y á continuacion: «Señor de Morlux, 26, calle de San Lázaro.»

—El padre La Lluvia, que estaba de pié á su espalda, leyó por encima de los hombros de Beltran todo lo que este habia escrito. Al leer el nombre de Valbonne el ridículo personage se estremeció mas no dijo una palabra á Beltran de que el nombre de su enemigo no le era desconocido.

Volvió á conducir hasta la puerta á

su visita, y descorriendo el cerrojo que habia echado por prudencia, le dijo:

—Poco se puede hacer, caballero: porque la persona para la que exigis mis servicios, tiene en mi casa negocios suyos y puede llegar hasta aquí, antes que el negocio esté terminado. En el primer caso, restituiré á Vd. toda la suma en el término de veinticuatro horas.

—¿Y en el segundo?

—En el segundo me es imposible determinar un plazo; pero confie Vd. en mi, caballero, que su negocio se hará todo lo mas pronto posible.

El padre La Lluvia abrió la puerta y puso á Beltran en las escaleras como se pone á un advenedizo ó á un hombre sin importancia, pero no á un cliente que acaba de confiar á la honradez de aquel extraño personage la suma de doscientos mil francos.

Beltran sintió cerrarse la puerta detrás de él, y se encontró en la escalera, habia bajado algunos escalones cuando de pronto se detuvo y escuchó; se oían pasos allá

abajo; mas tarde se oyeron mas cerca; una persona subia con paso lento y rudo.

—Seria curioso,—pensó Beltran,—que me encontrase con otro cliente del padre La Lluvia

Beltran esperó en lugar de continuar bajando; para justificar su inmovilidad, sacó de uno de los bolsillos de su pardessus la petaca y la cerillera.

El ruido de los pasos se acercó: el joven encendió al mismo tiempo su cigarro y la claridad bastante viva de la cerilla cayó á plomo sobre el rostro del individuo que subia: este se pasó algunos segundos, entre tanto que Beltran medio oculto le pedia mil perdones. Este no duró mas que lo que puede durar la luz de una cerilla, y sin embargo, estos dos hombres tuvieron tiempo para verse y examinarse de tal modo, que cuando se encontrasen en la luz del dia, debian reconocerse.

El que subia, era alto, delgado, pálido; sus largos cabellos encañecidos le caian por las sienes; su mirada lúgubre, que cla-

vó un segundo en el rostro de Beltran, que se estremeció, así como él mismo tuvo miedo de los ojos negros y profundos del gentil-hombre breton.

Estos dos hombres, desconocidos el uno para el otro, parecian tener el mismo pensamiento.

—¿Quién sabe,—se dijo cada uno de ellos,—si le conducirá aquí el mismo objeto?

Algunas veces sucede que el odio común se adivina. Entre tanto se saludaron sin dirigirse la palabra y cada uno continuó su camino.

Mas Beltran bajaba con mucha lentitud para escuchar si sonaba la campanilla del padre La Lluvia.

Luego que la oyó, aceleró el paso, bajó precipitadamente, atravesó el patio y ganó la calle.

En cuanto se encontró en la puerta del número 19 de la calle de Caumartin, Beltran fué presa de una nueva estacion.

Primeramente, marchó con direccion al

boulevard, tomó la direccion contraria, luego atravesó la calle, colocándose en observacion en la acera de frente.

Entonces, obedeciendo á una resolucion repentina.

—¡Quiero saber quien es ese hombre!
—se dijo.

Beltran de Morlux se puso á pasear á lo largo de la calle sin perder de vista la puerta del número diez y nueve.

Esperó cerca de un cuarto de hora; despues la puerta se abrió, salió un hombre, y Beltran reconoció en él al individuo que habia encontrado en la escalera.

Este hombre se dirigió con paso lento al boulevard; Beltran le siguió; atravesó á la misma acera que el desconocido, y llegó al mismo tiempo que él á la esquina de la calle Basse du Rempart.

Los dos se reconocieron al primer golpe de vista.

El hombre de los cabellos blancos reconoció al Sr. de Morlux, se estremeció y se detuvo.

—Beltran se acercó á él, le saludó y le dijo:

—Perdonadme, caballero. ¿Podria usted decirme una palabra.. ?

—¿Qué queria Vd?—preguntó el incógnito, cuya mirada triste de ordinario brillaba con desconfianza en el rostro de Beltran, á la que Beltran contestó con un acento cuya estravagancia acabó de impresionar al incógnito.

—¿Podria Vd. indicarme la casa de banca del Sr. de Valbonnette de Valbonne?

Este nombre produjo al taciturno personaje una verdadera conmocion eléctrica.

—¿Pero caballero...

—¡Ah! ¡està bien!—dijo Beltaan con una sonrisa que acabó de petrificar al hombre de los cabellos blancos;—ya veo que le conoce Vd; esto me basta... Buenas noches, caballero.

Beltran quiso dar un paso para retirarse, pero la mano del incógnito le asió por el brazo con un vigor tal, que no podia sospechar en un anciano.

—¿Por qué me preguntas esto?

Sus ojos apagados brillaron de nuevo como chispas, y pareció querer penetrar con su mirada en lo mas profundo del corazon del señor de Morlux.

Así permanecieron diez segundos, largos como diez años, durante los cuales estos dos hombres se miraban mudos, vacilantes, pero que obedeciendo á las leyes mas estraordinarias del magnetismo, se comunicaban sin decir palabra su pensamiento comun.

Caballero,—dijo por fin Beltran,—si el padre La Lluvia envia a Vd. una nota como ha prometido enviarme, y teneis necesidad de un auxiliar, volved á este mismo sitio y á esta misma hora pasado mañana.

Beltran esta vez se separó bruscamente del incógnito, y bajó con un paso rápido la calle de Caumartin.

El incógnito permaneció algunos instantes inmóvil, estupefacto, y presa de una violenta emocion.

—¡Oh! se dijo por fin,—este hombre debe de odiarla tambien.

Beltran, que se habia detenido algunos pasos ocultándose en el quicio de una puerta cochera, le vió desaparecer por la esquina del boulevard.

VIII.

El señor de Morlux, cuando el incognito hubo desaparecido de su vista, continuó su camino y llegó á la plaza de Saint Nicolás d'Antin, donde habia un puesto de carruajes.

En el puesto no habia ninguno de esos fiacres numerados, á escepcion de uno solo, hácia el cual él se dirigió.

Una mujer envuelta en un gran abrigo, llevando un paraguas abierto por cima de su cabeza, porque lloviznaba un poco, marchaba en direccion contraria, y como él, se dirigia al fiacre.

—Cochero, ¿está Vd. tomado?—d

en el momento que Beltran empuñaba la llave de la portezuela.

—No señora,—contestó el cochero que volviendo la espalda á Beltran y por estar medio adormecido, no le habia visto llegar.

El Sr. Beltran de Morlux era político; dió un paso atrás, y se inclinó.

—Mil gracias, caballero,—dijo la señora.

Pero de repente Beltran dejó escapar un grito. Al subir la dama al fiacre le dió de lleno en el rostro la luz proyectada por la linterna izquierda del carruaje, y merced á esto Beltran apercibió sus facciones.

—¡Dios mio!—murmuró Beltran;—¡qué semejanza!

—¿Me conoceis vos, Caballero?—dijo la jóven dedicándole una sonrisa.

La jóven era rubia, hermosa, y tenia la desenvoltura de una mujer de mundo.

—Sí... no... yo no sé...—tartamudeó Beltran.—No tiene Vd. su voz... ¡pero es extraño!

La jóven mirò al señor de Morlux que se habia quedado pálido como un muerto, y con una especie de estupor, que le tomó por loco.

Pero el señor de Morlux era uno de esos hombres de resoluciones enérgicas y repentinas, que de un golpe de vista juzgan las situaciones mas favorables, adivinan todo el partido que pueden sacar de ellas, y no pierden un tiempo precioso en palabras escusadas.

—Señorita,—dijo á la jóven inclinándose á su oído, entre tanto que el cochero, discreto en su oficio, permanecía tranquilo en su asiento:—tengo cien mil libras de renta; ¿es esto un título suficiente á vuestros ojos para obtener de vos una hora de entrevista?

—Pero, caballero,—contestó la jóven indecisa en la fortuna

Beltran abrió la portezuela.

—¡Subo!—dijo con un acento de autoridad que la sudyugó.

Se colocó á su lado, cerró la puerta

y despues de haberla interrogado la direccion, dijo al cochero,

—Calle de la Victoria, cuarenta y seis.

—Pero caballero,—replicò la jóven un poco conmovida, luego que el fiacre se puso en movimiento y el cochero hizo un ademan con su fusta á los dos matallones;—permitidme que os diga que habeis sido un poco atrevido.

—Consiento en eso,—añadió Beltran;—pero dejadme que os diga, que teneis un parecido tan completo, tan extraordinario, con una persona de mi confianza, que eso puede hacer vuestra suerte.

—¿Que edad tiene usted?—añadió.

—Veinta años.

—¿Cómo os llamais?

—Berta.

—¿Vive usted sola?

—Un jóven americano con quien tenia alguna relacion,—murmuró jóven con algun embarazo,—hace tres semanas que ha partido.

—Está bien,—dijo Beltran,—ya está asegurada vuestra posicion social.

En algunos minutos el fiacre llegó al núm. 46 de la calle de la Victoria Beltran se apeó; dió la mano á la jóven, llamó y poco despues la puerta se abrió.

—Ahora,—dijo—conducidme.

La señorita Berta era una criatura algun tanto loca, como diria un académico de la escuela de los buenos sentidos, y mujer de medio mundo, siguiendo la espresion mas verdadera de Alejandro Dumas (hijo). Habitaba en el fondo del tercer patio; porque en núm. 46 era una verdadera caberna, tenia una habitacion principal bastante grande, convenientemente amueblada y decorada con cierto gusto artistico. Una doncella vino á abrir manifestando alguna sorpresa á la vista de Beltran. Este se sentó en un canapé color cereza; se quitó su sombrero, y dijo á la jóven:

—Ahora, querida niña, tenemos que hablar de cosas bastante serias, y yo os suplico que no venga nadie á interrumpirnos.

—¡Oh! es inútil;—dijo la jóven,—no vendrá nadie; hace muy poco que habito

en Paris, y no he tenido tiempo para tener amigos.

—¿No ha asistido usted nunca á los bailes públicos, á los teatros conciertos. ?

—No he asistido mas que dos veces, una sola al baile Maville.

—Está muy bien,—murmuró Beltran á quien todos estos detalles encantaban.

Beltrán vió un piano.

—¿Es Vd. profesora?—preguntó.

—Mo; hace algun tiempo que estudié en el conservatorio, y aspiro á serlo.

Todas las preguntas que Beltran hacia á la jóven, se parecian tan poco á las de un apasionado, que ella cont nuaba mirándole con una sorpresa que no procuraba ocultar.

Beltran replicó:

—¿El amigo ausente de quien me habeis hablado, volverá?

—Ha partido para Nueva-York, y no volverá hasta el próximo invierno. Por lo demás,—añadió la jóven con cierta vanidad,

—tengo abierto un crédito en casa de mi banquero.

—¡Està bien! La dejo á Vd. en completa libertad de permanecerle fiel y esperar su vuelta. Una palabra tan sola me basta para esplicarla mi conducta. Usted se parece mucho à una mujer à quien he amado con pasion; pasion que ella ha despreciado. Veros todos los dias por espacio de una ó dos horas, es solo el favor que deseo.

Beltran se acercò á la chimenea, sobre la cual la doncella habia colocado una bugia, y encendiò sucesivamente los dos candelabros, con el fin de que hubiese mas luz en la sala.

La jóven se habia quitado, entre tanto que hablaba, su abrigo y el sombrero.

—¡Oh!—esclamó Beltran:—el parecido es mucho mas exacto todavia, ahora que habeis descubierto vuestra hermosa cabeza.

—¿De veras?—dijo ella riendose.

—Mirad, tomadme por un nombre original; pero cada capricho mio satisfecho

la valdrá á usted una joya ó un cachemir.

—¿Teneis algun vestido verde en vuestro guarda-ropa?

—Sí,—contestó,—tengo un vestido verde escotado, que llevé á un baile en Bruselas hace dos años.

—¿Seria Vd. tan amable que quisiera ponersele?

—¿Cómo, esta noche?

—Sí,—dijo Beltran,—y entonces pasará á ser vuestra esta sortija.

Beltran sacó de uno de sus dedos, un diamante que valia mil francos.

Berta tuvo una sonrisa de hija de Eva.

—Decididamente,—dijo,—teneis un arte irresistible para haceros obedecer. Podéis acercaros ese velador, y en él encontrareis algun libro ó album con que distraeros... y tened paciencia, pues lo menos que necesita una mujer para mudarse de vestido es media hora.

—¡Ah! me olvidaba,—replicó Beltran,—

os suplico que cambieis la forma de vuestro tocado.

Berta echó la mano á su cabellera, quitó su peinado, sacudió la cabeza á uno y otro lado, y sus cabellos cubrieron con profusion sus espaldas cayendo hasta el final de su vestido.

—Esto es prodigioso,—pensó Beltran

—¿Cómo debo peinarme?—preguntó Berta.

—Coloque Vd. sus cabellos sobre las sienes; y despues, prended una gruesa rueda á la inglesa en el lado izquierdo.

—¿Y á la derecha?

Nada

El peinado es bastante escéntrico, es un verdadero tocado de leona,—contestó Berta.

Tiró de la campanilla y la doncella, apareció en la puerta entreabierta del salon

—Pasad á mi tocador, Marieta, tengo que vestirme.

Be tran de Morlux esperó poco menos de media hora: al cabo de este tiempo Berta apareció y arrancó un nuevo grito de sorpresaa y de dmiracion á su visita.

—¡Oh, magnífico!—dijo Beltran —El peinado, el color de los cabellos, el vestido, y hasta el modo de andar es el suyo. Así estaba ella el día en que me despreció,—añadió por lo bajo.

—¿Y ahora?—dijo la pobre mujer.—
¿Está Vd. satisfecho?

Beltran se levantó, se acercó à la chimenea y tomó del hogar un carbon apagado.

—¿Quiere Vd. permitirme que la pinte un lunarcito?

Berta alargó su rostro sonriéndose, y la pintó un redondelito à la izquierda del labio superior.

—Ahora,—dijo retrocediendo dos pasos para juzgar del efecto,—el parecido es completo Jamás he querido creer en las semejanzas y siempre he desechado esa opinion; pero ahora ya no lo pongo en duda... El mismo Olivier que os viera, os confundiria.

—¿Quién es ese Olivier?—preguntó.

—¡Oh! uno de mis amigos,—contestó con desden el Sr. de Morlux;—ahora sen-

taos aquí, á mi lado, y hablemos formalmente.

—¡Qué hombre tan original!—pensaba la jóven contemplando el diamante que habia pasado á sus dedos sin gran trabajo.

Beltran continuó:

—Quiero hacer con vos un trato de tres meses, y voy á depositar á vuestro nombre en el banco de Francia, desde mañana, una suma de sesenta mil francos por mes. Todos vuestros gastos serán pagados, vuestros caprichos satisfechos desde ahora.

—¡Pero, caballero,—esclamó la pobre jóven aturdida,—va Vd á volverse loca!

—Escuchad;—prosiguió el señor de Morlux:—esta habitacion, y este cuarto, no me convienen; por lo tanto, voy á instalaros á otra parte, que no sé todavía, y allí tendreis otro ajuar mas conveniente.

—Pero caballero...

—Ahora escuchadme, todavía, en cambio de todo esto, yo no os pido vuestro amor ni cosa parecida, y únicamente os pido una obediencia absoluta á mis caprichos, por raros que sean. ¿Os conviene esto?

—¡Ah, Dios mio!—dijo la jóven, —con franqueza, sabeis pedir tambien las cosas.

—¿Luego aceptais?

—¿Y cómo rechazar?

Beltran dió un beso paternal en la frente á Berta, tomó su sombrero y añadió:

—Yo vendré á veros mañana por la mañana á las diez; prometedme que no saldreis de aquí.

—Os lo prometo.

—Buenas noches, niña mia.

—Hasta mañana,—contestó dirigiéndole una sonrisa, y tendiendo su mano á la inglesa, tomó uno de los candelabros de la chimenea, y le acompañó hasta la puerta.

—Decididamente,—murmuró Beltran entrando por la calle de San Lázaro,—decididamente, creo que tengo en la mano uno de los hilos mas seguros para mi venganza.

IX.

Al día siguiente del que recibió la visita del Sr Beltrán de Morlux, y del incógnito de los cabellos encanecidos, el padre La Lluvia salió de su casa como á cosa de las cinco. Marchó como de ordinario, á la plaza de la Bolsa: dió unos cuantos paseos, bebió una copa en compañía de un comprador de contraseñas en una tienda de vinos que hacia esquina á la calle Vivienne, y despues como llovía un poco, abrió su descomunal paraguas de algodón azul con manchas rojas y se dirigió á su casa, donde permaneció muy poco tiempo.

Luego que volvió á salir andubo la calle Caumartin, siguió el boulevard, la calle nueva de San Agustin, despues el camino de Saint Honoré, y allí, tomando á la derecha, entró en un pequeño establecimiento público de mediana apariencia, y

que no era, para decir verdad, ni una lechería, ni café, ni tienda de vinos y aguardientes. pero que en cambio tenía de todo al mismo tiempo.

El establecimiento estaba casi desierto. Sin embargo, detrás de una estufa sin fuego, apoyado en una mesa de madera destinada á los consumidores, un hombre bebía un vaso de agenos.

Este hombre estaba bastante mal vestido y su cabeza la tenía cubierta con una gorra de piel. No obstante, la camisa era blanca y finísima, y contrastaba con lo restante de su traje. Además, habiéndose quitado uno de los guantes color gris, se podía observar en él una mano blanca, pulida y con las uñas cortadas con esmero.

— Buenos días, señor Jacobo;—dijo una voz desde el mostrador. Era una mujer gruesa entre las dos edades. La señora Micaela, dueña del establecimiento

El padre La Lluvia, que sin duda respondía por varios nombres, se volvió y la saludó.

—Un agenjo, señora Micaela,—dijo dirigiéndose hácia la mesa ocupada por el consumidor. Este se levantó á medias, saludando con un acento de respeto y sumision.

—Buenos dias, señor Pólito,—respondió el padre La Lluvia sentándose.—¿Quiere Vd. judgar un besigue?

—Con mucho gusto, señor Jacobo.

—La señora Micaela estendió sobre la mesa un tapete verde, cuatro juegos de naipes grasientos, sirvió al agenjo pedido, y volvió á su mostrador donde se puso a leer el diario sin ocuparse para nada de sus consumidores.

Entónces el padre La Lluvia y su compeñero, barajando las cartas, empezaron en voz baja una conversacion en un lenguaje convenido, y que no estamos obligados á traducir.

Antes de esta escena ya el padre La Lluvia tuteaba al que habia llamado señor Pólito.

—¿Sabes tú,—le dijo,—que tu patron juega gruesas sumas?

—¡Muy gruesas!—respondia Pólito,—pero es valiente y se reparará.

—Es posible, puesto no necesita un gran batukeo para echarle por tierra.

—Sí,—dijo Pólito,—pero su crédito está bien establecido: no hace ninguna de sus operaciones bajo su nombre, la banca toma su papel como cosa segura, y yo mismo no creo que tenga un solo agente que saque, venda y compre por él en ciertos terminos.

En fin, ha perdido mucho en el mes último.

—Sí; parece que creía en la paz. Todo el mundo pensaba en Paris que Austria retrocederia; por fortuna el patron es malo, y ahora juega á la baja.

—Tú sabes muy bien,—replicó Jacobo,—que bastaria que se supiera en el mundo que se entrega á operaciones aventuradas para que su crédito bajaraa de una vez en doce horas. Mas no sucede así á una casa de banca colocada en la opini n mas alta, y que tiene la fama de emprender mas

operaciones que las regulares y clásicas.

—¡Oh! ya se todo esto,—contestó Pólito,—y el patron lo sabe como yo. Nosotros no somos mas que tres en el secreto: yo, que todo pasa por mi mano: X... que juega por él, y el que paga las diferencias.

—Esta mañana,—replicó el padre La Lluvia,—antes de recibir tu notita, he consultado las que yo tengo despues de largo tiempo, y hé aquí lo que he encontrado: A la muerte de su padre, tu patron ha encontrado un activo general de cinco millones; desde entonces hasta el año 1856, la casa ha prosperado siempre; ¿cómo este hombre, á quien todo le salia bien, ha podido dejarse llevar por el juego?

—¡Ah! hé aquí,—contestó Pólito;—hace correr, como vos sabeis...

—Y su caballeriza, ya lo sè, le cuesta horriblemente cara.

—Pues bien; estas pérdidas son las que le han conducido á la Bolsa; él se di-

jo una mañana: «Voy à recuperar todo esto en un golpe». El resultado ha sido una diferencia de diez y nueve mil francos que ha pagado el mes último.

—Ahora puede detenerse todavía.

Pólito sacudió la cabeza.

—Está seguro,—dijo;—que con los cuatro millones que le restan, y el crédito mejor establecido que puede verse, recuperará en dos ó tres años los diez y nueve mil francos. Una sola cosa puede ser que le retraiga.

—¿Cuál?

—La noticia de que su conducta puede ser propalada: es un hombre de cabeza y de sangre fría.

—Entre nosotros,—continuó el padre La Lluvia,—¿conoces tú que sea hombre para darme trescientos mil francos?

Esta cifra hizo dar un salto á Polito; mas el padre La Lluvia continuó con una calma feroz:

—Tu sabes ya, que soy un poco como el destino; yo he hecho y deshecho fortunas, yo vendo mis comunicaciones al

precio que valen, yo sirvo al que me paga; he aquí la situación. Tu patron tiene dos enemigos mortales. Estos dos hombres, yo te juro que si se les coloca un arma en la mano, sabrán servirse de ella.

—¿Y qué?—dijo Pólito.

—Estos dos hombres no se conocen, pero pueden reunirse: una palabra mia, y la alianza está hecha. El primero me ha confiado doscientos mil francos; el otro sesenta. Tú sabes cómo se hacen las operaciones de mi casa; se deja la tercera parte de la suma; algunas veces la mitad solamente. Si tu patron me dá trescientos mil francos, ¿sabes lo que haré?

—No.

—Enviaré una nota á estos dos hombres concedida en estos términos; «Crédito asegurado; activo asciende mucho mas que el pasivo; casa sólida; nada se puede hacer.» Restituiré los dos depósitos

completos, y nuestros dos hombres estan derrotados.

—Sí, sí, murmuró Pólito:—comprendo muy bien todo eso, pero...

—¡Ah! ya sè lo que vas á decir; que tu patron dará gritos como tú mismo acabas de hacer.

—No es esto solo...

—¿Pues qué es entonces?

—Que es un hombre frio, altanero y que pondrá en la puerta al que vaya á insinuarle qualquiera cosa tocante á sus negocios.

—¡Ah! dijo el padre La Lluvia con una indiferencia perfecta:—si así lo hace, cometerá una injusticia; será tanto peor para él. Ahora una palabra todavia.

—Hablad.

—¿A qué ahora se le puede ver?

Pólito miró al padre La Lluvia asombrado.

—¿Es que va á ir Vd. mismo á referirselo?

El padre La Lluvia se encogió de hombros.

—¡Bueno!—dijo.—¿Has olvidado que soy el hombre invisible, la cabeza que dirige, y no el brazo que agencia?

Es justo, señor Jacobo.

—Si yo no voy, le mandaré lo que se llama un embajador.

—¡Ah!—murmuró Pólito,—yo bien sé que nosotros somos un ejército en vuestras manos.

—Y esto hace que vuestra fuerza, juntamente con la mía,—añadió el padre La Lluvia, cuyos ojos grises brillaron de una manera estraña,—produzca resultados que vosotros mismos no conocéis. ¿A qué hora se puede ver à tu patron?

Esta noche, despues de cerrar las oficinas, que es cuando él viene á trabajar algunas veces.

—¿Solo?

—Muchas veces conmigo; entonces es cuando se ocupa de sus negocios aventurados como vos decís.

—¿Trabajará esta noche?

—Ciertamente.

El padre La Lluvia se levantó y dijo ar-

rojando los naipes que durante este coloquio los dos consumidores de la Sra. Macaela no habian cesado de revolver:

—Marchemos, Sr. Polito: pero antes, pagad el gasto.

El señor Jac bo se levantó, tomó su sombrero gris, usado y rojo, abotonó su viejo poletot, colocó su paraguas azul debajo del brazo y salió saludando amigablemente con la mano á la gruesa mujer del mostrador.

Subió la calle de Saint Honorè, tomó en seguida la calle del Veinte y nueve de Julio; y se puso á pasear bajo las bóvedas de la calle de Rivoli.

Allí entró en un despacho de tabacos de la calle de Echelle, donde compró un cigarro de á cuarto. Despues continuó su paseo, no sin haber consultado antes una gruesa muestra de plata que llevaba en uno de los bolsillos del pantalon.

El padre La Lluvia no era hombre de llevar un cigarro á los lábios sin motivo: esta generosidad aparente ocultaba una cita.

En efecto, apenas habían trascurrido algunos minutos, cuando se le acercó un personaje, que bien merece que se le dediquen dos líneas.

Era este un hombre alto, delgado, con unas patillas de color rojo de fuego: llevaba un cuello derecho que le subía hasta las orejas, un chaleco amarillo y de una tela muy fina, un sayo gris de la misma tela que el chaleco; las polainas, el pantalon y una corbata azul, ajustada por un grueso alfiler de diamantes.

Este hombre que podía tomarse muy bien por un inglés, salió del hotel Maurice y caminaba enteramente ocupado en aprisionar sus manos en unos guantes de color amarillo.

—Caballero,—dijo acercándose al padre La Lluvia,—¿me hace usted el obsequio de un poco de fuego?

El padre La Lluvia le entrego su cigarro.

Luego que los dos ó tres transeuntes que cercaban al padre La Lluvia pasaron,

el inglés añadió á media voz y en buen francés:

—¿Teneis necesidad de mí?

—Sí.

—¿Dónde y ó qué hora?

—Me encontrareis á las ocho en los Campos Eliseos, en la avenida de Gabriel.

—Allí estará... Buenas tardes.

Volvió el cigarro al padre La Lluvia y añadió en voz alta:

—Mil gracias caballero.

El falso inglés se alejó y el padre La Lluvia no tardó en abandonar la calle de Rivoli, ganar el palacio real y entrar en una tienda de comestibles donde iba á comer modestamente por cuarenta cuartos.

X.

—Y bien, niña mia,—decía el Sr. de Valbonne la misma noche como á cosa de las ocho:—¿te encuentras mal instalada en esta pequeña habitacion.

Mercedes envolvió á su padre en una mirada fascinadora, acompañada de una sonrisa.

—Pero, querido padre,—dijo,—sabes muy bien que echo un poco de menos nuestro palacio: ¡estábamos tambien en la calle d'Astorg! Mas como esta instalacion será corta, puesto que hemos de hacer un viaje, tomaré este pequeño desagrado con paciencia.

—Y esta paciencia será recompensada, mi buena Mercedes,—replicó el banquero, porque te tengo dispuesta la sorpresa de un palacio.

—¡Oh, ya me has dicho esto! ¿Pero en dónde?

—No me ha sido posible decirtelo ayer por estar impedido; pero hoy es muy diferente.

—¿Tienes ya terreno?

—Mi arquitecto lo ha descubierto esta mañana, y mañana mismo estará todo hecho.

—¿Y este terreno está situado. .?

—¡Adivina...! Avenida de Gabriel, en los

Campos Eliseos; es una cosa admirable: esta rodeado de grandes árboles. Mi arquitecto me ha enseñado ya el presupuesto de gastos y los planos.

—Mas yo espero, padre dijo Mercedes con una voz de calma,—que no le abandonarás y dejarás de hacer grandes locuras.

Pues entonces,—dijo el banquero sonriéndose,—¡si para colocar una hada como tú, no encuentro nada demasiado bello!...

El Sr. de Valbonne tomó entre sus manos la blonda cabeza de su hija y la besó con ternura. Mercedes enlazó á su padre entre sus brazos.

—Tú eres el mas querido, el mejor y mas jóven de todos los padres,—dijo; —¿cómo quieres tu que no me enfade cuando hablas de casarme? ¿Es que existe alg un hombre tan galante, tan atento, tan delicado como tú?

—¡Aduladora! Mas yo no puedo ser siempre el mismo.

—¡Bah! eres tan jóven como yo. ¿Pues

qué, no sabes que cuando nos ven en el carruaje nos creen hermanos? Vamos, que bien te veo salir á las cuatro y montar á Olga, la yegua baya. Verdaderamente, no tienes mas que treinta años.

—Pues tengo cuarenta y nueve; pero vamos, pequeña Sirena, cesad vuestros cantos y no me trastorneis la cabeza. ¿Qué vas á hacer esta noche, quer da mia?.

—¿Iremos á la Opera? Es viernes y cantan *Los Hugonotes*.

—Imposible, hija mia; tengo que trabajar.

—Entonces,—dijo Mercedes,—tocaré un poco y me acostaré temprano.

—Es lo mejor que puedes hacer; la noche última estuviste bailando hasta el dia.

—¡Oh! el baile no me fatiga,

—¡Pardiez!—añadió el banquero riéndose,—eres la primera mujer que tiene la franqueza de convenir lo contrario. ¡Oh, hijas de Eva! vosotras sois frágiles y delicadas en apariencia, pero vuestros nervie-

eitos, que no resisten la jaqueca, son de acero para el placer.

Y bajo esta opinion opuesta, el señor Valbonnette de Valbonne ofreció la mano á su hija para conducirla al salon.

Mercedes se sentò al piano, su padre tomó el baston y el sombrero, y ya iba á salir, cuando un criado anuncio:

—La señora Beauchene.

La señora Beauchene, mujer de un agente de cambio de este nombre y madre de Olivier, entró apoyada en el brazo de su hijo.

La señora Beauchene era una mujer bastante jóven todavia: era idolatrada por su hijo, y éste por ella, se trasformaba muy gustoso en un muchacho, abandonando los amigos y los placeres sin pesar ninguno.

La señora Beauchene iba casi siempre á todas partes, llevando por caballero á su hijo.

—¡Ah! señora,—dijo el banquero,—es Vd. mil veces amable al venir á vernos y mucho mas amable todavia,—continuó

apretando la mano de su hijo,—porque esta pobre Mercedes á quien iba á abandonar en este momento tenia en perspectiva una soirée bastante triste.

—¡Cómo! ¿nos abandona Vd., señor de Valbonne.

—¡Oh! mujer olvidadiza de un grave agente de cambio,—dijo el banquero riéndose,—ha olvidado Vd. que hoy es treinta y uno de mes, y es dia de liquidacion.

—Es cierto.—Contestó la Sra. de Beauchene.

—Y nosotros,—prosiguió Mercedes,—vamos á hablar entre tanto que vuelve mi padre.

—No, no me esperes, pues probablemente volveré demasiado tarde.

—El banquero salió dejando á su hija en compañía de la señora Beauchene y su hijo.

Apenas hubo salido, cuando una visita llegó.

Los amigos intimos del señor de Valbonne sabian que los dias de liquidacion

su hija no podia salir con él, y se quedaba en casa.

La nueva visita; eran parientes lejanos por parte de su madre, el baron y la baronesa de Verrieres.

El caballero y la señora de Verrieres eran un matrimonio anciano, sin hijos, moderadamente ricos, y de quienes segun todas las probabilidades, la heredera seria algun dia la señorita de Valbonne.

—¡Ah! señores míos,—dijo Mercedes viendo entrar al señor y señora Verrieres;—ya sabia yo que esta noche no me abandonaríais.

—El deseo de veros, querida niña, me trae aquí,—respondió el baron.

—Desde luego,—añadió Mercedes,—y despues la necesidad inmoderada de jugar un Whist. Hoy viernes es difícil, los salones están cerrados.

—Pero el vuestro está abierto.

—Y además,—continuó Mercedes sonriéndose,—ya se encuentra aquí una jugadora benemérita, la señora Beauchêne, que siempre os gana.

Mercedes se apresuró à organizar una mesa de Whist. instaló en ella á la señora Beuchene, al caballero y señora de Berrieres, y despues de esto dijo á Olivier:

—En cuanto á vos tenemos que hablar.

Olivier no pudo contenerse, se estremeci6; no habia vuelto á ver á la señorita de Valbonne desde el dia que habia presentado á su amigo el Sr. Beltran de Morlux, y conoció que Mercedes le iba á hablar de él.

Olivier conoció lo justo.

Mercedes le llevó al ángulo mas oscuro del salon y le hizo sentar cerca de ella un una butaca.

—Y bien,—le dijo,—¿cumplió Vd. la comision que le confié?

—Sí,—contestó Olivier;—y creedme, señorita, aquel fué un paso divertido.

—¡Bah!... teneis un alma...

—Vos sois demasiado buena.

—Entre tanto que vuestro amigo es un mentecato.

—¡Oh! y de los de pura raza; en eso consiento.

—Desde luego; mi billete sería quemado.

—¡Oh! religiosamente; pero dejè á mi hombre furioso.

—¿De veras?

—Y que estoy por asegurar, que desde aquel momento, es vuestro enemigo mortal.

Mercedes dejó ver sus diminutos dientes de una sonrisa.

—En verdad,—dijo con un tono de burla,—venis con el propósito de asustarme, caballero Olivier. ¿Es que por la cabeza de mi enemigo andan proyectos sinieistros?

—Yo no sè,—mas no vengo á asustaros por ahora...

—Veamos.

—Beltran ha asegurado mas su apuesta.

—Cómo, ¿todavía piensa casarse?

—Está convencido del éxito.

—¡Ah!... pues esto es muy agradable; os lo juro.

Mercedes continuó riéndose.

—¡Ah! figuraos que he procurado durante dos días rehabilitar un poco mi alma.

—¿Y con qué propósito?

—Es una aventura casi fabulosa: desde aquel día, recibo todos los días un ramo... pero adivinad qué ramo...

—Un ramo de casa de la señora Presvot, me figuro.

—No habeis acertado: es un ramo de violetas.. de simples violetas... en fin, un ramo de á cuarto...

Olivier saltó de risa.

—Pues bien, apostaría cualquiera cosa que no es Beltran quien os le envía. Para atreverse á mandar un ramo de este género á una mujer como vos, se necesita mucho ánimo y mi amigo Beltran no le tiene.

—¿De veras?—dijo Mercedes pensativa,
—¿creeis vos que no es de él?

—Ofrezco mi cabeza en garantía.

—Entonces es raro.

—Pero en fin, ¿quién es el que os trae el ramo?

—Un comisionado de la esquina de la calle, que le deja todas las mañanas en la casa del portero.

—Bien, pero con un luis se puede saber de donde procede.

—No, nunca es el mismo.

—¡Bah!

—Yo misma he interrogado á los cuatro.

—¿Y bien, y que?

—Cada uno me ha respondido que era de un jóven que no era ni alto, ni bajo, ni rubio, ni moreno.

—Las señas son singulares.

—Y cada uno de ellos venia de un punto diferente de Paris.

—Pues esto es de lo mas fabuloso,—dijo Olivier.

—No es esto solo. Hé aquí que me va interesando ya este pobre ramito, ahora que me afirmáis que no procede de Beltran de Morlux.

—¡Oh! estoy seguro que no.

—Y probablemente,—añadió Mercedes,

—¿No sabré jamás de donde vienen?

—¿Quién sabe?

—¡Ay! no; porque esto no ha sucedido hasta que nos hemos trasladado de la calle de Astorg ..

—¡Ah! ¿desde que habitais en la Chaussée d'Antin...?

—Recibo ramos de violetas;—dijo Mercedes esforzándose por sonreirse.

Luego hablaron de otras cosas, y se aproximaron á los jugadores.

A las diez y media se sirvió el tè; y á las once, el caballero y señora de Verrieres se retiraron.

La señora Beauchene y su hijo le siguieron poco despues; pero antes de pedirle permiso para retirarse. Olivier dijo à la jóven:

—¿Quereis permitidme que os dé un consejo, señorita?

—Hablad.

—Desconfiad de Beltran de Morlux; es una mala naturaleza... Yo le temo...

—¡Oh!—dijo Mercedes con una sonrisa

fiera; — es una cosa á la que vos estais obligado, mi querido Olivier, si ese caballero se propasa delante de mí lo mas mínimo de los límites del respeto mas profundo, mi padre le mataria como á un pollo.

Luego que Mercedes se quedó sola, abrió una de las puertas del salon que correspondia á un largo balcon.

Hacia una luna clara y brillante, el aire estaba tibio é impregnado por los olores indecisos de la primavera.

Mercedes dió un paso; pero de repente al llegar delante de la puerta de su gabinete se paró y dejó escapar un grito.

Un objeto habia á sus piés.

Era este un humilde ramo de violetas que parecia haber caído del cielo.

Mercedes, conmovida, se bajó y cogió aquel ramo con mano trémula.

XI.

El señor Valbonnette de Valbonne tenia sus oficinas, como ya hemos di-

cho, en la calle de la Chaussée d' Antin, à algunos pasos de la casa, cuyo primer piso habia ocupado.

Este dia era, como habia dicho á la señora Bauchene, fin de mes, y por consiguiente dia de liquidacion. Una gran parte de sus empleados velaba y debia de trabajar toda la noche.

El banquero atravesó su oficina, no con aquel rostro risueño y la desenvoltura llena de juventud que tenia cuando se en contraba al lado de su hija, sino con una fisionomía grave y una marcha lenta. Dió un golpe de vista en cada salita para asegurarse que todo el mundo ocupaba su puesto; despues pasó á su despacho, una pieza bastante adornada con un gusto severo y que estaba lejos de parecerse á la que llevaba el mismo nombre en el lujoso palacio de la calle de Astorg, señalado ya por las picas de los demolidores.

Allí el señor de Valbonne se puso su bata, se sentó delante de un ordinario bufete

de roble cargado de papeles y tocó su timbre.

—Decid,—dijo al mozo de oficina que se presentó,—que venga el Sr. Hipólito Legrand, el jefe de la contabilidad.

—Empecemos—murmuró el banquero, apoyando la cabeza entre sus manos.

—Hé aquí al hombre de mundo desbancado; solo queda el banquero, y por cierto que tiene rudos cuidados.

Cuando el Sr. Hipólito Legrand, jefe de la contabilidad de la casa Valbonnete de Valbonne, entró, el banquero tenía ya la cabeza cargada de incertidumbres.

El jefe de contabilidad era un hombre joven todavía, cuyo rostro calmoso y frío demostraba inteligencia en los negocios, de una apostura distinguida y de maneras corteses.

—Sin embargo, examinándole con atención la señora Micaela, dueña del establecimiento de vinos y licores, hubiera reconocido en él al hombre mal vestido y que contestando al nombre de Pó-

lito, - habia jugado un *besique* con el padre La Lluvia.

—Sentaos, Legrand, —dijo el banquero, —y hablemos. Cerrad esa puerta.

—Está echado el portier, —contestó el jefe de la contabilidad, —y nadie puede oirnos.

—¿Qué se dice esta noche?

—Está en baja.

—¿Y en los patios de la Bolsa?

—Si señor; la baja es de quince céntimos.

El arrugado rostro del banquero se reanimó un poco.

En tanto que los austriacos no se encuentren con fuerza para pasar el Minicio, —decia el banquero (entonces se estaba en plena campaña con la Italia,) —nos sostendremos en la baja.

—Sin duda, —repuso el Sr. Pólito Legrand; —sin embargo, el ejército francés salta los Alpes.

—¡Oh! —dijo el Sr. de Valbonne, —antes que tengamos una batalla campal, tendremos tiempo para retirarnos.

—Sin duda: pero...

El Sr. de Valbonne miró fijamente al jefe de la contabilidad.

—Veamos, Legrand, —dijo— en vos sabéis que tengo confianza. Explicad vuestro pensamiento.

—¡Ah! es que, —dijo Legrand, —si vos me autorizais, caballero, lo haré con una franqueza absoluta.

—Está bien: hablad, os autorizo.

—Dignaos escucharme hasta llegar al objeto.

—¡Vamos! —dijo el Sr. de Valbonne, —yo escucho siempre á los hombres inteligentes como vos.

El jefe de la contabilidad se inclinó.

—Caballero, —dijo, —vos teneis poco mas de seis millones, y hace tres meses que habeis perdido dos.

—¡Ay! —suspiró el banquero cuya frente se plegó.

—Restan cuatro y una fraccion.

—¿Y bien?

—Si yo fuera el jefe de la casa de Valbonnette, hé aquí lo que haria con valor:

Liquidaria mis diferencias, y me quedaria como simple banquero, ¡y por mi nombre,—añadió Legrand,—que en cuatro ó cinco años de operaciones felices y sólidas....!

El señor de Valbonne le interrumpió.

—Olvidais que tengo una hija, una hija á quien he señalado dos millones de dote... Todo Paris lo sabe.

—Lo podeis poner á renta y podeis guardar el capital.

—¡Y bien!... no,—dijo el señor de Valbonne,—no puedo, no quiero hacer eso. He perdido dos millones, y es necesario recuperarlos: he cometido la tonteria de jugar, y es necesario que el juego repare mis faltas.

—O las agrave;—añadió el jefe de contabilidad moviendo la cabeza.

—No: ¡es imposible!—dijo el señor de Valbonne,—desde entónces soy prudente.

—Caballero,—dijo Hipólito,—¿mepermite Vd. una palabra?

—Hablad.

—El acreedor mas fuerte de vuestra casa, es un inglés: lord Ervil. Tenemos á su cuenta ciento once mil francos.

—Desde hace doce años,—añadió el Sr. de Valbonne.

—Hemos pagado el mes último ciento diez y nueve mil francos de diferencia por una parte; ciento catorce mil por otra; setecientos veinte mil de interés, y hemos comprado al contado por dos millones en los caminos de hierro de... que son escelentes, pero que en este momento están en baja como casi todos los valores.

—Y bien, ¿que?—dijo con frialdad el señor de Valbonne.

—Suponed que lord Ervil se presenta mañana y reclama su capital.

—Pero estais loco Legrand!

—Esto es una suposicion sin fundamento, ya lo sé, pero la admito por el momento. Vendrá los titulos á la pérdida, y vos vereis el déficit.

El Sr. de Valbonne tuvo un gestoda impaciencia.

—¡Qué diablo!...—dijo,—yo conozco en Paris y en Lóndres diez casas muchas importantes que la mia, y que saltarian en veinticuatro horas si se admiten por ellas las circunstancias que acabais de admitir por mí.

El Sr. Hipólito Legrand bajó la cabeza, y no dijo una palabra.

El Sr. de Valbonne replicó despues de un silencio de algunos segundos:

—Todos los valores que tengo comprados al descubierto, bajaràn todavía en un mes ó quince días; no lo dudeis. Legrand.

—Yo lo deseo ardientemente, señor.

—Tengo comprado al vencimiento del quince, y venderé el quince.

—¿Y no creéis que haya una alza de aquí allá?

—No.

—¿Por qué?—preguntó el jefe de contabilidad.

—Escuchad, la baja ha venido por la de-

claracion de la guerra. Los austriacos no han pasado el Mincio, porque están rechazados mas allá y se necesita una gran batalla decisiva.

—¿Y vos no creéis que esa batalla pueda tener lugar antes de quince dias?

—¡Es imposible! Si tiene lugar antes, el Piamonte sera empeñado y destruido: entonces la baja será mucho mas terrible todavía.

El señor Valbonnette de Valbonne se esplicaba con una calma tan grande, que fué imposible á su jefe de contabilidad insistir.

El banquero continuó despues de un nuevo silencio:

—Ahora, Legrand, le juro á Vd. que despues que haya recuperado mis dos millones, no volveré á hacer mas locuras.

—Señor,—dijo un mozo de oficina abriendo con discrecion la puerta del despacho,—aquí hay un caballero, que insiste por ver á Vd.

—No recibo á nadie, aquí á esta hora.
Que vuelva mañana.

—Ya se lo he hecho presente.

—¿Insiste en verme?

—Dice que tiene necesidad de hablar con vos, para un asunto muy importante.

El Sr. Hipólito Legrand se estremeció ligeramente; pero el Sr. de Valbonne no reparó nada.

—Pues bien,—dijo el banquero con un gesto de impaciencia;—que entre.

El criado desapareció. Despues de dos minutos abrió la puerta principal del despacho, que comunicaba con las oficinas, dejando el paso al visitador nocturno.

El péndulo del despacho marcó las nueve y media.

El señor de Valbonne, se sirvió de su mano como de pantalla, para ver al que entraba.

El hombre que entró, no era o ro que el personaje que el mismo dia, á las seis, habia pedido fuego al padre La Lluvia bajo las vóbedas de la calle del Rivoli, es de-

cir, el hombre de las patillas rojas, que aprisionaba sus manos en unos guantes de color amarillo,

Penetró con paso distinguido, y saludó al banquero con una dignidad perfecta. Como el señor de Valbonne estaba sentado, y el jefe de contabilidad de pié, no habia que dudar; la persona sentada era el banquero.

—Caballero,—dijo el visitador con un acento inglés pronunciando, pero en frances bastante correcto,—desearia obtener de vos un cuarto de hora de entrevista.

Tened la amabilidad de sentaros, caballero. Podeis hablar delante de mi jefe de contabilidad.

—Caballero; con vos solamente.

El señor de Valbonne hizo una seña á Legrand, que significaba: «dejadnos y volved luego.» El jefe de contabilidad salió

—Es inútil que os diga mi nombre,—dijo el inglés,—le es á usted desconocido y no adelantaria nada; lo que os basta saber, es que yo pertenezco á una com-

pañía anglo francesa; compañía anónima y que tiene en sus manos hilos muy poderosos. Es una especie de policía de seguridad para el comercio y los negocios.

—¿Y es que vuestra sociedad necesita imponer dinero?—preguntó el Sr. de Valbonne con indiferencia.

—No, caballero, la sociedad comunica sus noticias y consejos.

—¡Ah!...—añadió el banquero sonriéndose;—pero eso es verdad, no me indica el objeto de vuestra visita.

—Perdon,—replicó el inglés con calma,—vengo á proponeros un negocio.

—¿De qué naturaleza?

—Antes quiero daros un consejo y una noticia.

—Caballero,—dijo el banquero con un tono altanero,—jamás he tomado consejos de mis clientes; pues mi casa está perfectamente enseñada.

El inglés no se movió.

—Téngo el honor de decir à Vd.—repi-
tió—que la compañía á que pertenezco ha
prestado grandes servicios.

—¡Eh!...—dijo el Sr. de Valbonne levantando los hombros,—tengo entendido que hay en la bolsa y alguna parte de París un hombre que no sé cómo se llama; y que tiene en todas las casas de banca y fianza varias notas, que vende ofreciéndole lo mas...

El inglés permaneció impasible.

—No estoy preocupado por ahora,—continuó el Sr. de Valbonne

—Caballero, replicó el inglés con calma,—no he venido para discutir sino para haceros una proposicion. ¿Quiere Vd. darme trescientos mil francos?... esto es un consejo.

—¡Está Vd. loco!—dijo el banquero encogiéndose de ombros.

—Observad, caballero,—prosiguió el inglés,—que no se piden trescientos mil francos á todo el mundo.

—Agradezco á Vd su aviso,—replicó con frialdad el banquero,—pero os ruego que lo dejéis por ahora.

El banquero se levantó de su asiento

El inglés se levantó igualmente, pero no se movió ni un paso.

—Quién sabe, caballero,—dijo,—si mañana se arrepentirá Vd. por no haberme escuchado...

—Pues bien,—prosiguió el banquero con una sonrisa;—si estais tan seguro, volved mañana.

—Y con un ademan político indicó la puerta á su visitador.

—Mañana será tarde,—contestó con flema el inglés

Saludó y salió.

El Sr. de Valbonne volvió á sentarse delante de su bufete y murmuró:

—¿Quién será, pues, este caballero de industria?

Mas de repente se obró una revolucion estraña en su alma, y sacudiéndose la frente se dijo:

—¡Dios mio! ¡Quién sabe si este hombre tenia conocimiento de mis pérdidas en la Bolsa!

El Sr. de Valbonne tocó el timbre con violencia.

El mozo de oficina entró.

—Corre detrás de ese caballero que acaba de salir y condúcele aquí,—dijo el banquero.

—Ya ha partido, señor.

—Pues bien, corre... por la calle; no puede estar lejos: tu le encontrarás.

—El Sr. de Valbonne esperó durante un cuarto de hora, víctima de una viva agitacion.

Al final de este tiempo el mozo volvió à parecer.

—Señor: he corrido hasta el boulevard, he descendido en seguida hasta la calle de San Lázaro...

—¿Y no le has visto?

—No; señor.

—Es una fatalidad,—murmuró el señor de Valbonnette de Valbonne.

Apoyó la cabeza entre sus manos y cayó en una meditacion profunda.

—Dios mio,—decia;—yo no sé lo que me reserva el porvenir; pero yo soy víctima desde hace algun tiempo de vagos pensamientos y mortales inquietudes... y te-

niendo algunas pérdidas de dinero, yo que siempre he sido el mas afortunado de los hombres... Hé aquí veinticinco años que la fortuna, mi compañera inseparable...

Repentinamente una voz, huida hasta entonces, se elevó hasta el corazon del banquero y esta voz la gritaba: «Has cometido un crimen en tu juventud, has hollado con tus pies la postrera voluntad de tu padre, has despojado al que debias la mitad de tu herencia...» Al ruido de esta voz perceptible por él solo, bajo el peso de este remordimiento tardío que se apoderaba de él tan de repente, el señor Valbonnette de Valbonne sintió entonces resbalar por su frente un sudor glacial; pensó en su hija y se arrepintió de haber dejado partir al desconocido, que quizá venia à darle el medio de conjurar la suerte que le deparaba el destino.

XII.

Volvamos á encontrar al señor Beltran de

Morlux, que lo dejamos al salir de casa de la señorita Berta.

El ex-marino entró en su casa, se sentó al lado del fuego y pasó una parte de la noche reflexionando.

Se metió en su lecho muy tarde, durmió poco, se levantó á buena hora, á hizo en pocos minutos una toilette matutina!

El Sr. de Morlux tenía la costumbre de montar á caballo todas las mañanas. Le traían su yegua á las siete y media, y marchaba dando un paseo hasta Madrid ó Armenonville.

Sin embargo, aquel día el Sr. de Morlux no prolongó tanto su paseo ecuestre. Se contentó con llegar hasta los Campos Elíseos, apeándose á la puerta de Bender.

—Caballero,—dijo á Bender, celebre maestro de carruajes,—deseo un cupé.

Bender no conocía á Beltran más que de vista, y jamás le habia servido en nada.

Condujo á su cliente á un almacez

donde le enseñó una infinidad de carruajes.

—¿Es un cupé bajo, ó grande, ó cupecilla, lo que vos deseais, caballero?—le preguntó.

Pero Beltran ya se habia detenido delante de un bonito cupé bajo de caja azul y rodaje blanco, pintado de un color verde delicado.

—Este es el que deseo,—contestó.

Mas Bender volvió la cabeza.

Este está ya vendido,—dijo.—Es el segundo que he hecho y no será el último.

—En efecto es muy lindo.

—¡Oh! ya lo creo,—dijo el maestro de carruajes sonriéndose;—el primero ha sido entregado hace quince dias á una de las mujeres mas elegantes de París: á la señorita de Valbonne, la hija del banquero.

—¡Ah!—añadió Beltran con indiferencia.

—Este es para la marquesa de Alvarez, una viaja española que vió en mis

talleres el de la señorita de Valbonne, y tuvo envidia de él

—¿Y la marquesa tiene prisa?

—Sí; pero no tengais cuidado, engo un tercero cuyo rodaje no tiene nada que desear.

—¿Y estará dispuesto?

—Dentro de cuarenta y ocho horas.

—¿Y enteramente igual?

—Hasta la guarnicion. Ahora, si deseais alguna modificacion ..

—Ninguna.

—Entonces,—dijo Bender,—puede Vd. enviarme sus armas: se pintarán esta tarde.

—Las tendreis dentro de una hora.

Belrran sacó su cartera y de ella un billete de mil francos que remitió al maestro á cuenta. Despues montó á caballo y partió sin haber dejado su nombre. El maestro pensó que seria un olvido, y se hizo esta reflexion: que sin duda Beltran le enviara su nombre juntamente con sus armas.

El Sr. de Morlux salió de casa de Ben-

der y se dirigió á la casa de los hermanos May, mercaderes de caballos en la avenida de Montaigne.

Los hermanos May eran modestos comerciantes que vendian los caballos mas hermosos de todo Paris

Beltran habia estado en su casa dos dias antes, y se habia fijado su atencion en los caballos puestos en venta, en un doble poney y en un par de caballos negros, que se parecian tanto á los del señor de Valbonne, que podian tomarse por los caballos que quince dias antes llevaban la victoria de Mercedes en los Campos Eliséos.

—Buenos dias, señor May,—dijo Beltran entrando en las caballerizas.

—Buenos dias, señor baron. ¿En qué puedo servirlos?—contestó May.—Volveis á ver al poney, ¿no es esto?

—Justamente, y á traeroa mi ultimatum; cinco mil francos y un óbolo encima.

—¡Ay, señor baron! Venís demasiado tarde.

—¿Por qué,—dijo Beltran, que de una ojeada habia visto que los dos caballos negros permanecian aun en sus respectivos puestos.

—El poney ha sido vendido esta mañana.

—¿A quién? dijo Beltran, que parecia desorientado.

—Al vizconde de B.

El Sr. de Morlux hizo un gesto de disgusto.

—¿Pero cómo teneis aquí todavía ese par de chivos?

El Sr. May se echó á reir.

—Escuchad,—dijo,—estos son un par de kobs de quince mil francos.

—¡Chist!.. ¿y nada menos?

—Ya los hubiera vendido en veinte mil, si aquel que está á la izquierda no tuviera una mancha blanca en una de las manos y una estrella en la frente.

—¿Y bien, qué es lo que hacen?

—Estos no pueden aparejarse mas que con los caballos de un hombre que no compra jamás, cuando los caballos no le coavienen.

—¡Ah ¿de veras?

—El Sr. Valbonnette de Valbonne el banquero, queria comprarles. Tienen cuatro iguales; pero la mancha de ese me ha perdido.

—¿Pues qué, los suyos son todos-negros?

—¡Oh! sin una mancha, ancha como una pieza de dos cuartos.

—Puede ser que se las haga comprar á una señora amiga mia,—dijo Beltran.

—Es Vd. demasiado bueno, señor baron; mas,—añadió May,—os advierto que no salen de aquí bajo de catorce mil quinientos francos.

—Bueno ya volveré mañana por la mañana.

Beltran salió diciéndose:

—Con un pincel y negro, si hay necesidad, se hace desaparecer una mancha y una estrella blanca.

El Sr. de Morlux puso su caballo al galope y entró en su casa.

Cuando se quitó las espuelas y dejó su látigo, el baron entró en su dormitorio,

metió la mano en una bolsa de bronce dorado, en la cual se encontraban los botones de sus puños y diversos objetos. En el medio habia una cajita que tomó y abrió.

Esta cajita contenia la marca de un sello de lacre azul.

Beltran tomó esta impresion y se aproximó á la ventana para examinarla con atencion.

Ya recordarán nuestros lectores que el Sr. Olivier Beauchene exigió á Beltran que quemara la carta de la señorita de Valbonne. Beltran lo hizo en efecto; pero falta esplicar una cosa.

Al romper el sobre, Beltran le tiró; y tan solo quemó la carta. Como no llevaba ninguna inscripcion, Olivier no se cuidó de llevarle á su destino; mas luego que salió este, Beltran le recogió, tomó las tigeras, recortó el sello, y le guardó en esta cajita donde le vemos aparacer.

Hay pocos bretones que no sepan un poco de haráldica, y no hay un oficial de marina que no sepa dibujar.

Beltran sabia un poco de heráldica y un poco de pintura. Tenia una cajita de colores en su casa, la abrió, se sentó delante de una, y empezó á examinar el original

—Los soportes,—decia mirando el escudo,—se componen de dos leones lamparados. El escudo de azul tiene una merletta de oro, y separado por una diadema de baron. Hè aquí las armas de Valbonnette.

Busquemos alguna cosa semejante, que pueda hacer el mismo papel á tres pasos.

Los soportes no forman precisamente parte de las armas y son únicamente de fantasía. Todas las guirnaldas de baron se parecen, por consiguiente voy á hacer baronesa á la que regalo el cupé. Los leones serán guies, pero no lamparados. Los Valbonnettes no tienen nada que decir. Por fin, el campo del escudo será de azul parecido, pero en lugar de una merletta le pondré una garza de oro.

Así habrá que mirar bien para justificar la diferencia.

El Sr. Beltran de Morlux tomó el lapiz y un pincel, y en diez minutos dibujó en pequeño este escudo de fantasía destinado á colocarse en la puertecilla de estribo del cupé que acababa de comprar.

Despues colocó el escudo en un sobre, escribió la direccion para el maestro de coches con estas palabras en el reverso: «Para el cupé azul de rodage blanco» y se lo remitió.

Bender no esperaba mas que esto para enviársele.

El Sr. Beltran de Morlux hizo entonces una toilette elegante y minuciosa, como la de un hombre que tiene que asistir á una grave cita.

Envió á buscar un carruaje á una cochera de lujo, y le tomó por todo el dia.

—¿Cómo,—dijo su ayuda de cámara,—no se dispone vuestro cupé ni el faeton?

—No; hoy quiero que descansen mis caballos,—respondió con sequedad Beltran.

El carruaje de la cochera llegó, Beltran subió á él y se hizo conducir á la calle de la Victoria.

La señorita Berta habia recibido ya diamantes y cachemires.

Beltran la halló voluptuosamente sentada al fuego; sus piés diminutos calzados en unas chinelas rojas carmesí, descansaban sobre los morrillos de la chimenea, la cabeza medio vuelta, y sus hombros cubiertos por un encage, que no disimulaban ni su corte precioso y delicado, ni su blancura.

El peinado era como á Beltran le gustaba y tenia puesto otro vestido verde.

Beltran la sacó de su abstraccion.

—Buenos dias, niña mia,—dijo:—estais hechicera, pero habeis gastado un tiempo inútil en vuestro tocado.

—¿Y por qué?—preguntò.

—Porque vengo á rogaros que os pongais un vestido de los mas sencillos, un vestido negro, por ejemplo; aplastad vuestro peinado y disimuladle lo mas posible para poneros un sombrero de velo muy tu-

pido que no permita ver vuestras facciones.

—¡Qué original sois!—dijo la jóven riéndose.

—¡Bah! no hagais caso de mis originalidades. Vamos, niña, que tengo un poco de prisa.

—¿A dónde vamos?

—A buscar una habitacion. ¡Ah! me olvidaba, ¿vos tendreis un nombre de familia, me figuro?

—Sin duda.

—Me es necesario saberlo para hacer el depósito de sesenta mil francos á favor vuestro.

—Me llamo Berta Langevin.

Beltran sacó su cartera y escribió este nombre.

Despues colocó un billete de mil francos sobre la chimenea.

—Vos tendreis sin duda necesidad de algunas cositas,—dijo;—aqui teneis para vuestros caprichos.

Beltran estaba sentado á un lado de la chimenea, y sacudia las puntas de sus botas con el baston.

—¿No habeis salido ayer?—preguntó.

—No; os lo prometí...

—¡Ah, querida niña!—dijo el señor de Morlux.—debo preveniros que estareis un poco prisionera.

Barta entre tanto ejecutó las voluntades del Sr. de Morlux: se puso un vestido negro, aplastó sus cabellos, cubrió su cabeza con el sombrero y el rostro con el velo que pendia de él.

Beltran la dió el brazo hasta el carruaje, y antes de sentarse á su lado dijo al cochero:

—Llevadnos al arrabal de Saint-Germain; y pare Vd. cuando vea un rótulo de habitacion desocupada.

Una hora despues, Beltran de Morlux paraba en la calle de Saint-Guillaume, en el fondo de un viejo palacio cuyos dueños habitaban en el campo durante el estio y partian al fin de abril.

Era una linda habitacion con cuadra para los caballos y cochera para dos carruajes.

Un tapicero de la calle del Bac tomó

las medidas y ofreció á mueblar la habitación en el término de veinte y cuatro horas.

Beltran condujo á Berta á almorzar á un gabinete del café d' Orsay.

Nadie de la aristocracia que allí habia fijó su atencion en aquella dama encubierta que pasó rápidamente al entrar y al subir.

—Ahora,—dijo á su compañera,—volved á vuestra casa y no salgais en todo el dia.

—Os lo prometo.

—Mañana por la mañana iré á vuestra casa al medio dia para almorzar con vos.

Ella hizo subir á un fiacre, y él subió á su carruaje haciéndose conducir á casa de un editor de música.

Quería comprar á Berta todo lo que hubiese de novedad en tandas de walses y polkas.

Entre tanto que escogia algunas piezas, oyó á un comisionado de la casa decir en alta voz:

¿Se ha enviado esta mañana á la señorita de Valbonne el wals que escogió ayer?

Beltran se estremeció, pero su rostro permaneció impassible.

—¿Qué wals es ese?—preguntó;—queréis darme á mi uno tambien?

Enseguida Beltran corrió á casa de Berta que acababa de entrar.

—Niña mia, sentaos al piano é interpretadme esto.

Berta no habia mentido, era una buena pianista; ejecutó el wals con una pulsacion brillante, y un compás inmejorable.

—Está bien;—murmuró el Sr. de Morlux con una sonrisa enigmática,—se hará alguna cosa de vos.

Poco despues se marchó diciendo:

—Hasta mañana,

Al dia siguiente, en efecto, Beltran vino precisamente al medio dia para almorzar.

Se habia precodido por una empanada

de Strasburgo, y un canastillo de vinos esquisitos.

—Vuestra habitacion está dispuesta,—dijo à Berta.—Allí encontrareis dos caballos en la caballeriza y dos carruajes en la cochera.

—¡Oh! pues entonces voy á ponerme mas bella para agradaros.

—Guardaros bien; no saldré con vos siempre que no vayais vestida con la sencillez de ayer. Solamente dareis órdenes á vuestra doncella que cierre vuestro guardaropa y lo haga trasladar á la calle de Saint-Guillaume.

Despues de almorzar, Beltran, que aquel dia llevaba su cupé, hizo subir á él á Berta y la condujo á la calle de Saint-Guillaume.

La jóven encontró su nueva habitacion amueblada, en el umbral de la cochera un lacayo como de unos veinte años, con librea azul, en la caballeriza los dos caballos negros de la avenida de Mantiagne.

—¡Cómo!—preguntó,—¿estos dos caballos son para mi?

—Para vos sola.

Berta miró su nabab.

—¡Ah! tendrán alguna condicion sin duda.

—Sí, pero es muy sencilla. No pondreis en el tiro sino á uno despues del otro, y cuando vayais al bosque llevaréis las cortinas caidas

—Sea,—contestó con resignacion.

El cupé azul de rodage blanco, pintado de verde, estaba detrás de otro cupé bronceado de rodaje azul y blanco.

—Lo mismo,—continuó Beltran señalando el primer carruaje,—no os servireis de este carruaje sin tener antes mi permiso.

—¿Y cuándo me lo concedeis?

—Mas tarde: espero una ocasion.

Berta dió un golpe de impaciencia en el suelo con su diminuto pié.

—¿Y está muy lejos?—preguntó.

—No, dos ó tres dias lo mas. Ahora tomad posesion de vuestra habitacion: yo

volveré á veros mañana por la mañana.

—¿No puedo salir hoy?

—Sí; teneis permiso para dar un paseo por el bosque esta tarde entre dos luces; pero con la condicion de que ireis por el trocadero, y evitareis con cuidado la vuelta del lago y la avenida de la Emperatriz. Hasta la vista, querida mia.

El señor Beltran de Morlux no habia vuelto á ver é su amigo Olivier desde el dia que le entregó el billete de Mercedes.

—Veamos, — se dijo abandonado á Berta Langevin, ¿dónde podré ver á este querido Olivier? Son las tres; debe estar en el club.

Olivier formaba parte de un club de jóvenes donde se jugaban grandes sumas y que no estaba compuesto mas que de hijos de familia, todos hombres de caballo.

Habia presentado á Beltran y Beltran habia sido recibido por unanimidad.

Beltran fué al club donde tenia confianza de encontrar á Olivier.

Olivier se encontraba allí, en efecto, y cuando Beltran entró estaba ocupado en jugar á l'ecarté, volviendo el dos en puerta.

—Por mi parte, he perdido quince luisas, —decía Olivier.

—Hélos aquí, —contestó Beltran.

Olivier se volvió y reconoció á su amigo.

—Caramba, ¿venis vos á traerme la desgracia?

—Al contrario, vais á ganar.

—Segun os dé la vena, —dijo Olivier con ironia.

—¡Bah! ¿vos creis? —dijo Beltran impasible.

—Señores, el juego está hecho, —dijo una voz.

—Dadme; —contestó otra.

Olivier volvió el rey.

—Ya lo veis, —dijo Olivier, —mi fortuna no es tan funesta como acabais de temer, querido amigo.

—Esperemos al fin.

El resultado dió la razon á Beltran,

Olivier ganó y pasó cinco veces seguidas.

—¿Quereis no obstante, dinero?—dijo Beltran en tono de burla,—pero mirad, esta vez quiero castigaros; ya no apuesto mas.

Beltran tuvo razon todavia, Olivier perdió.

El hijo del agente de cambio se levantó: arrojó una decena de lises sobre la mesa, y pasó á una pieza contigua á la sala de Pocartá.

—Voy á fumar un cigarro,—dijo.

—Aquí los tengo excelentes,—dijo Beltran ofreciendole su petaca de paja de Manila,—son tabaquillos de los escogidos.

Olivier tomó uno y marchó á encenderlo junto á la cornisa de una ventana.

—No se diria otra cosa sino que huia de mí,—dijo Beltran sonriéndose.

—¿Yo?... ¿y por qué?

—Asesuro que teneis ganas de abolir nuestra apuesta.

Olivier miró al marino con una espresion de burla llena de compasion.

—¿Vos siempre estais loco?—dijo.

—Moderadamente, . pero bastante para sostener todavia la apuesta.

Beltran sostuvo entre sus labios una sonrisa que irió á Olivier.

—Me parece que estais hoy muy alegre: ¿es que ha muerto vuestro tío el de Bretaña?

—No, sino que soy feliz al veros.

—Estais muy divertido; pero apropósito, ¿dónde habeis estado desde hace tres dias?

—He estado en busca de luces.

—¿Sobre qué?

—Chist... mirad, lugar teneis de interrogarme: dejadme haceros una pregunta.

—Hablad, querido amigo: soy todo vuestro.

—¿Habeis vuelto á ver á la señorita de Valbonne?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Ayer noche, amigo mio.

—Entonces vos me dareis nuevas su-
yas.

—Con mucho gusto.

—¿Está todavía enojada conmigo?

—¡Ah! querido.—dijo Olivier con un
tono burlesco; — ¡vos la adulais! ..

—¿Vos lo creéis?

—La señorita de Valbonne jamás se ha
agraviado contra vos.

—Entonces me desprecia...

—No; únicamente un poco de indife-
rencia; hé aquí todo.

—Mirad, querido; ¿me permitis ser fran-
co con vos?

—¡Pues cómo! yo he suplicado á...

—¿Ámais vos á la señorita de Val-
bonne?

—¡Yo! ¿Y por qué,

—Respondedme.

—No; ya os he dicho esto en otra oca-
sion. Yo la encuentro bella, fascinadora,
pero ya os he probado que ella rehusé
mi mano el año pasado.

—¿De veras?

—Querido mio,—dijo Olivier bondadosamente;—es una mujer demasiado altiva para mí y para vos.

—¿Vos lo creéis?... agradezco vuestro aviso; ¿con que es demasiado altiva?...

—Y muy feliz en que vos lo repareis,—murmuró con ironía Olivier.

—Tengo una prueba desde hace tres días...

—Como,—dijo Olivier abandonando bruscamente el poyo de la ventana,—¿qué quereis decir?

—¡Oh! nada... casi nada,—replicó Beltran con una indiferencia afectada.

Quiso hablar de otra cosa; pero Olivier puso su mano por el brazo, y mirándole fijamente.

—¿La habeis visto?—dijo

—¿Yo? No.

—Entonces qué significan esos «tres días»

Beltran sostuvo la mirada de Olivier.

—Amigo mio;—dijo.—vos sois un buen amigo, y no quiero enemistarme con vos.

—Pero vos hablais con enigmas.

—De todos modos, solamente tengo de la señorita de Valbonne opiniones nuevas.

—¿Y habeis dicho eso para llegar á la abolicion de nuestra apuesta?

—Eso jamás; solamente he aprobado querido amigo, la idea de hacer una modificacion en nuestro convenio: hé aquí todo.

—¡Beltran! ¡Beltran! —dijo con gravedad Olivier Beauchene; —habeis dicho demasiado para dejar de explicaros.

—¿Pero por que quereis que me explique?... ¿A qué viene?... ¿Amais à Mercedes?...

—Ya os he probado lo contrario

— Y si yo os digo alguna cosa estraña, imprevista y monstruosa á vuestros ojos, será esto suficiente para cortarnos la garganta mañana.

—¡Vamos! —suspiró Olivier, —decididamente tengo un negocio con un loco...

Beltran tarareó un andante, y sacudió la ceniza de su cigarro.

—Pero en fin; —replicó Olivier, —¿qué

es lo que sabeis acerca de la señorita de Valbonne?

Beltran hizo un gesto de impaciencia.

—Pero, querido,—dijo sois vos el último hombre, á quien puedo y debo hacer una relacion...

—¿Por qué?

Desde luego; parece que estais interesado en ganar vuestra apuesta.

—¿Y después?

—Despues... parece que si no amais á la señorita de Valbonne, por lo menos sois uno de sus amigos.

—Esto es verdad.

—No quiero quitaros ninguna de vuestras ilusiones. Adios...

—No, no;—dijo Olivier reteniéndole.—Teneis que repetir lo que habeis dicho...; quiero una confidencia completa.

—Mas, queido mio...

—O desde ahora rehusó el nombre de amigo.

—¡Pobre Olivier!—murmuró Beltran con una compasion hipócrita...

Olivier era objeto de impaciencia y sacó el reloj.

—Os concedo cinco minutos, para que me espliqueis dónde...

Los ojos del jòven tuvieron una mirada que completó su pensamiento.

—Amigo mio,—respondió Beltran;—esto que yo sé, es desconocido, y os suplico que salgamos de aquí. Vamos á mi carruaje, y nos iremos á los Campos Elíseos... al aire libre.

—Sea,—dijo Olivier, á quien las palabras misteriosas del Sr. de Morlux empezaban á exasperar.

Abandonaron el club, subieron al cupè de Beltran, y èste cambiando de tono dijo bruscamente:

—Yo bien sè que no nos batiremos, pero esto será culpa vuestra.

—Pues hablad.

—¿Etais bien seguro que la señorita de Valbonne,—replicó Beltran,—no tiene otras razones para rehusar obstinadamente casarse, que el deseo de conservar su independencia?

—Ya os he contado la historia del príncipe ruso.

—Sin duda.

—¡Y bien! yo no conozco otros motivos que los que he dicho.

—¡Ah!

El «¡ah!» de Morlux fué acentuado de una manera estraña, y cogiendo una de las manos de Olivier.

—Mirad, querido, continuó,—seamos prudentes, seamos amigos; vamos á comer juntos y hablemos de otra cosa.

—¡Oh! no,—esclamó Olivier,—esplícaos.

—¡Diablo de hombre!-- murmuró Beltran, que parecia hacer una violencia desconocida.—Pues decid, ¿la señorita de Valbonne sale con frecuencia sola?

—Sin duda. . en su carruaje... con sus criados...

—¿Y... á pié?

—A pié. Va seguida á veinte pasos por un groom.

—Bueno. ¿Y á dónde va?

—A donde va una mujer horrada de ordinario.

—No obstante...

—A casa de su modista... á la iglesia.

—¡Ah! si;—añadió Beltran riéndose,—va á la iglesia...A San Roque... por ejemplo.

—Pero me parece que quereis enseñarme,—dijo Olivier frunciendo las cejas.

—Pensais muy bien, amigo mio, porque yo no he permanecido cruzado de brazos durante estos tres dias.

—¿Habeis espiado los pasos de la señorita de Valbonne?

—Lo suficiente para saber á que atenerme. ¿Que edad tiene?

—Veinte y dos años.

—Una hija mayor,—murmuró Beltran como hablando consigo mismo.—Yo no se por qué su padre la deja libre de sus manos y no tiene ninguna opinion...

—Amigo mio,—dijo Olivier con calma,—voy á haceros observar que hace

tiempo que tengo una paciencia ejemplar.

—Pues decid, Olivier; ¿habeis pensado jamás que una jóven de mundo, rica, elegante y bien educada, pudiera tener dentro de su corazon una de esas pasiones tan pero elevadas?

—¿Cómo? ¿què decís?—esclamo Olivier.

Como, por ejémplo amar á un hombre de condicion inferior... del cual ella se abochornará de llevar su nombre... pero à quien apreciaria...

Olivier asió con fuerza uno de los brazos de Beltran.

—Basta; ya he comprendido.

—A fê mia,—murmuró el señor de Morlux con hipocresia,—que vos vendreis conmigo en que he tenido todos los miramientos y omisiones posibles.

—Pero,—dijo Olivier con una voz grave, chillona, y que no disimulaba su intenso furor,—esto que acabais de decir, es á mis ojos una calumnia infame...

—¡Olivier!

— Ahora me hace falta, ó la prueba de lo que acabais de decir, ó vuestra vida.

— Mi buen amigo, — repuso el señor de Morlax tranquilo, — no quiero batirme con vos; quiero seguir siendo vuestro amigo. De esto que acabo de decir, daré la prueba que vos me pedís.

— ¿Cuándo?

— Dentro de tres días.

— ¿Y por qué esta dilacion?

— Porque quiero colocar los puntos sobre las y y y...

— Y... dentro de tres días.

— Puede ser que sea antes; solamente hé aquí mis condiciones.

— Hablad.

— Me dareis palabra de no ir á ver à la señorita de Valbonne, sin haberme visto á mi antes.

— Sea, os lo prometo.

— Entrad todas las tardes en vuestra casa á las ocho contando desde hoy, y permaneced allí hasta las diez.

— ¿Por qué?

—Porque mañana ó pasado puedo caer en vuestra casa de improviso.

—¡Ah!

Y entonces os dire: «Olivier, amigo mio, venid conmigo, la hora de probarnos lo que anticipé ha llegado.

—¡Ah! es imposible,—murmuró Olivier,
—Mercedes es una mujer honrada.

—Tres días teneis delante,—dijo Beltran riéndose,—para conservar esa opinion.

—Dió unos golpecitos con los nudillos en el cristal, é hizo seña al cochero de retroceder.

—¿Quereis comer conmigo?—dijo.

—No,—respondió Olivier, estoy medio loco; yo...

—Ya lo veis, amigo mio; desgraciados todos vuestros esfuerzos: vuestro secreto se ha escapado...

—¡Oh!...

—Amais á Mercedes de Valbñne... pobre Olivier.

Olivier Beauchene abrió la puerteci-

lla del cupé y saltó á la acera de la calle Royale, dando al mismo tiempo un suspiro.

XIII.

El encuentro que tuvo con Berta Langevin, y los proyectos internales que habian nacido en este encuentro, ocuparon de tal modo el alma del Sr. de Morlux, que este habia esperado con paciencia desde la antevíspera la nota que el padre La Lluvia le habia prometido.

Sin embargo, al entrar esta noche en su casa, á las siete, se hizo esta reflexión:

—¡Ah! ¿Si habré sido víctima de un engaño? ¿Quién me dice á mí que el padre La Lluvia no es un hábil ratero? Tengo en la mano una bonita arma para vengarme; pero por mas que esta me es suficiente no me encuentro con humor para dejarme robar doscientos mil francos.

Los temores del Sr. de Morlux se desvanecieron en el umbral de la puerta.

—Un hombre bastante mal vestido y que no conozco,—dijo el ayuda de cámara,—se ha presentado diciendo que tiene necesidad de ver al señor baron.

—¿Ha dejado su nombre?

—Espera en el comedor.

—Está bien,—dijo el Sr. de Morlux pasando adelante.

Penetró en el comedor y reconoció al padre La Lluvia que estaba sentado humildemente en el borde de una silla, y con el sombrero en las manos.

—¡Ah! sois vos.—dijo Beltran;—ya empezaba á impacientarme.

—Señor, el baron tiene la culpa. Yo no falté nunca á la palabra dada á una persona.

—¿Quereis pasar á mi gabinete?—dijo Beltran que tiró de la campanilla para pedir una lámpara.

El padre La Lluvia le siguió y le dijo:

—Estamos solos.

—¡Oh! todo se hará.

El ayuda de cámara del baron los acompañó hasta la puerta.

Voy á despedirle,—añadió Beltran tocando el timbre.

—Vete á casa de Bignon, y dí que me traigan de comer.

Luego que el criado salió, el señor de Morlux se sentó, é indicando una silla al padre La Lluvia, le dijo:

—Ahora, ya os escucho.

—¡Ah! tenemos que hablar largo tiempo, señor baron.

—¿De veras?

—Por mi nombre, vais á verlo. Primeramente, voy á explicaros el mecanismo de mis negocios: los individuos que empleo están consagrados á mí, los unos por el simple interés, los otros por necesidad.

—Pues; ¿cómo es esto?

—Escuchad. Cada uno tiene en este mundo sobre su conciencia algun peca-dillo... Todos hemos sido jóvenes, hemos tenido necesidad de dinero. Pues bien, hace diez años vivia en la misma

casa que yo un joven empleado en una casa de banca; tenia este una mujer joven, hermosa, elegante, gastadora, y tres mil francos de sueldo. Un dia le dió la tentacion de jugar: tomó diez mil francos de la caja de su principal y jugó á la Bolsa; desde luego ganó, mas despues perdió; esperó reacerse, pidió de nuevo á la caja de su jefe, y una noche entró en su casa con la intencion de saltarse la tapa de los sesos. Me agradó este hombre; continuó el padre La Lluvia; adiviné su desesperacion, obtuve de él una confesion entera, y entonces le puse en la mano cincuenta y siete billetes de mil francos; que era á lo que ascendia su déficit... Al dia siguiente los depositó en la caja, y desde este momento este hombre fué mio. ¿Vos me comprendéis?

—Ciertamente,—dijo Beltran.

—Entónces faltaba el momento llegado en que me probase su reconocimiento en perjuicio de su jefe, al cual está dedicado,

—¿Y este es el que...?

—Permitidme; vengo á jugar con dos cartas, señor baron.

—Veamos, dijo Beltran

—La casa para la cual vos habeis suplicado mis servicios, es fuerte. Desconfio que sea derribada... si retiro mi apoyo... y sin las luces que poseo...

—Bueno; ¿y despues?

—Luego que he tenido estas armas en mis manos me he hecho esta reflexion: «hè aquí dos hombres que no conozco y de los cuales el uno se quiere comer al otro; escuchad, es un termino de bolsa. «Si yo quiero, el otro será el comido.»

—¡Ah! dijo Beltran,—sois muy lógico, padre La Lluvia.

—Entonces uno de mis hombres ha sondeado el terreno, se ha presentado en la casa del que vos sabeis y le ha dicho: ¿Quereis darme trescientos mil francos en cambio de un consejo?

—¿Y—preguntó Beltran, víctima de un temblor imperceptible.—los ha entregado?

—No: puso en la puerta á mi embajador.

Beltran respiró.

—En onces,—continuó el padre La Lluvia,—he estendido las notas que vereis aquí.

Sacó de su bolsillo un rollo de papeles bastante voluminoso.

Beltran estendió la mano.

—¡Oh! un instante,—dijo el padre La Lluvia;—vamos un poco de prisa, señor baron.

—Veamos; espíquese Vd.

—Parece que el banquero en cuestion,—continuó el padre La Lluvia,—cuando mi embajador salió, se arrepintió; mandó á uno de sus criados que le saliera al encuentro, pero mi comisionado no pareció... yo tendria ahora los trescientos mil francos.

—¡Bah!—dijo Beltran,—¿quién sabe?...

—Estoy bien seguro; por esto, he venido á veros, señor baron. Ayer pensaba restituiros cien mil francos, y quedarme con el resto por comunicaros estos datos; hoy vengo con el propósito de haceros firmar

esta carta de pago, cuyos datos están en blanco.

El padre La Lluvia puso bajo la vista de Beltran una hoja de papel timbrado, así escrita: «A la presentacion de esta, yo el infrascrito, acreedor de la casa de banco en liquidacion Valbonnette, pagaré á la orden la suma de trescientos mil francos.

—Ya lo veis vos, caballero: yo hago las cosas con regularidad. Si los datos que acabo de entregaros, son de tal naturaleza que no sirven para arruinar á vuestro enemigo en algunos meses, si la liquidacion que anuncio no tiene lugar, vuestra carta de pago está sin valor.

—Está bien; pero ¿y mis doscientos mil francos?

—Soy hombre honrrado; vais á verlo. Hé aquí un recibo que contesta que vuestros doscientos mil francos están impuestos en la casa de Valbonnette. Vos podeis retirarlos cuando os parezca: la operacion está gualmente hecha.

—Si.

—Pues entónce, firmad.

—Una palabra todavía.

—Escucho.

—Luego vos empeñais dinero por dinero, para darme la preferencia.

—Una suma de sesenta mil francos que tengo en casa desde antes de esto, ya la habria restituido si hubiera tomado los trescientos mil francos de Valbonnette.

—Ahora ya os comprendo,—dijo Beltran de Morlux.

Tomó la pluma y firmó.

El padre La Lluvia ocultó la carta de pago en una cartera tan grasienta como su sombrero; se levantó, y mirando fijamente á Beltran, le dijo:

—¿Vos aborreceis tanto á ese hombre?

—Mas aun á su hija.

—¡Ah! ¡ya!

El padre La Lluvia tuvo una risita seca. Despues dando un paso hácia la puerta.

—Y bien,—dijo,—podeis ir á ver esta

noche cerca de mi casa al hombre á quien disteis una cita anteayer.

—Beltran palideció.

—¿Vos sabéis eso?

—Yo lo sé todo.

El padre La Lluvia salió saludando y haciendo cortesía hasta el suelo.

XIV.

Beltran siguió en todo el consejo del padre La Lluvia.

Permaneció en su casa, se hizo servir de comer en su cuarto, y no salió de allí hasta las diez. Despues, marchó á pié envuelto en un gran mac-farlane de color oscuro, el sombrero rebajado hasta los ojos, y el cigarro en la boca, por la calle Laffite... y por el lado izquierdo el boulevard, evitando con cuidado pasar por delante de Tortoni.

A la esquina de la calle Lamartine, se detuvo, dándose un consejo á sí mismo.

—Veamos,—dijo,—antes de hacer un acto de alianza con este hombre; bueno es pensar un poco en él, y preguntarle qué es lo que pasa en su corazón.

Su semblante ruin y sus cabellos encanecidos me dicen que no ha podido amar á la señorita de Valbonne y se ha desgraciado por ella.

Ahora bien; el señor de Valbonne pasa por un hombre generoso y franco de carácter... ¿Qué mal puede haber hecho à este desconocido?

Beltran espuso en diez minutos todas las suposiciones imaginables, y no creyó ninguna, pues las unas eran mas absurdas que las otras.

Como no encontraba ninguna solución al problema y el odio del incógnito permanecía para él como una enigma, se decidió á esperar á la ventura y se puso á pasear por la calle Lamartine.

Llovía un poco y la calle estaba casi desierta.

Sin embargo, un hombre que parecia

esperará alguno, endaba muy de prisa por la acera opuesta á la que Beltran paseaba.

—Beltran le reconoció, era el misterioso enemigo del banquero.

Sin embargo, el baron de Morlux esperó.

—Perdonadme, caballero, pero me parece que vuestro cigarro se ha apagado.

Beltran se estremeció.

—Es cierto, caballero, contesto.—¿Me hacéis el obsequio del fuego?

—Hè aquí,—replicó el desconocido presentándole un cigarro de acuarto.

Beltran encendió su cigarro y continuó:

Me parece que nosotros tenemos necesidad de anudar una conversacion.

Es verdad, caballero.

—¿No asestais vuestros tiros á una casa de banca?...

—Con lo cual c eo,—dijo por lo bajo el desconocido,—teneis desde hace algun tiempo entablados algunos negocios.

—¡Ah! ¿Vos creéis...?

—Por lo menos el padre La Lluvia es el que me lo ha dicho.

Caballero,—dijo el baron,—es inútil jugar con las palabras mas tiempo. Yo he venido aquí para que me escucheis.

—En efecto, para eso he venido.

—Vos habeis adivinado mi objeto, como yo he adivinado el vuestro,—dijo Beltran.

—Todo está entendido,—replicó el incógnito.

—Ahora, caballero —continuó, Beltran,—no puedo dispensarme de haceros una pregunta.

—Y escucho.

—¿Vos odios a ese hombre?

Beltran remarcó la palabra.

—Como vos; puesto que los dos estamos aquí.

—Os engañáis... Yo no aborrezco al señor de Valbonne,—dijo con frialdad el baron.

A estas palabras inesperadas, el viejo retrocedió como si hubiera visto enderezarse la cabeza de un reptil venenoso.

Mas Beltran le contuvo con una palabra.

—Yo aborrezco á su hija... la odio con toda mi alma; ella ha magullado mi orgullo y le ha hollado con sus piés...

—Vos la habeis amado... puede ser que...

—Jamás.

—¡Ah!—dijo el desconocido respirando, —á fé mia yo he amado mejor...

—Pues ¿por qué?

—Porque algunas veces sucede, que el amor se cambia en odio, y el odio puede algunas veces venir á ser amor.

Beltran tuvo una sonrisa que iluminada por el fuego de su cigarro, el viejo la vió y le dijo

—Veo que sabeis odiar.

—¿Y vos?—dijo el baron.

—¿Yo?—contestó al desconocido cuyos ojos brillaron como los de una hiena que olfatea la carne muerta en las emanaciones del viento de la noche que sopla del desierto;—yo he trabajado veinte años como un negro, como un galeote,

como un perro, por tener oro, mucho oro...

—Y ese oro lo destinais...

—¡Para mi venganza!

—Caballero,—replicó Beltran:—ya he dicho mis motivos de ódio: tengo el derecho de haceros la misma pregunta.

El desconocido se estremeció.

—¡Qué os importa?—dijo.

—Si, necesito saberlo,—dijo Beltran, —si hemos de servirnos mutuamente.

El viejo miró por última vez á Beltran de Morlux.

Segun hablaban, habian ido andando poco á poco, alejándose del boulevard; y en este mismo momento, llegaron debajo de un reverbero, cuyos rayos luminosos cayeron á plomo sobre el rostro de Beltran. Este manifestaba un ódio tal, se notaba en él una palidez nerviosa tan feroz y esta acompañada por una mirada tan cruel, que el viejo no dudó ya.

—Si,—dijo,—os diré mi secreto; pero no aquí.

—¿Por qué?

— Porque son cosas que no se pueden decir al descubierto.

— En este caso, —añadió Beltran, —venid á mi casa.

— No; seguidme antes.

— ¿A vuestra casa?

— Sí.

El anciano volvió la esquina de la calle de Chaussée d'Antin.

— Mas ellos tambien.

— Y dentro de la misma casa, —dijo el desconocido.

Beltran hizo un gesto de sorpresa.

— No, no; —dijo, —les conozco y no es prudente que vaya con vos; nos podian ver juntos.

— No tengais por hoy ese temor; —respondió el desconocido. — El Sr. de Valbonne y su hija están de baile, y á no ser que os conozca el portero. .

— No, no he venido nunca á la calle de la Chausée d'Antin; les conocí en la calle d'Astorg.

— E! entonces venid conmigo; —añadió el

viejo,—tengo otra razón para no ir á vuestra casa.

—¿Cuál?

—¿Habitaís vos en la calle de Saint-Lázaro, núm. 16?

—Sí.

—¿Y no hay una sala de armas en vuestra casa?

—Sí, en el cuarto bajo.

—Pues bien; no quiero ir esta noche. Podría encontrar á mi hijo.

—¡Ah! Vos teneis un hijo.

—Sí; un mozo de veinte años, muy trabajador, y que desde hace algun tiempo tiene mucha pasión por la esgrima. Tiene sus lecciones á escondidas, pero como no veo ningun inconveniente en ello, y desde luego le puede hacer falta un dia ú otro...

Los ojos del viejo brillaron.

—¡Ah!—dijo Beltran riéndose.—teneis proyectos sanguinarios sin duda ..

—Puede ser;—contestó el incógnito levantando los hombros.

—Caballero,—dijo Beltran,— una palabra todavía.

—Ya os escucho.

—Ya os he dicho mi nombre.

—Sí, ya lo sé; sois el baron Beltran de Merlux.

—Entonces, es justo que yo sepa el vuestro...

—Me llamo Lorient,—contestó apretando al mismo tiempo el boton de la puerta, porque ya habian llegado delante de la casa ocupada por el banquero.

La puerta se abrió y entraron.

Las conferencias de José Lorient, fueron sin duda importantes, pero no detuvieron mucho tiempo al baron; porque antes de la media noche salia de casa del platero, y volvía á la suya en un carruaje de plaza.

El Sr. de Merlux no habia fijado su atencion en la sala de armas de que le habia hablado el platero, y que estaba en el piso bajo de su casa. Era este profesor un antiguo maestro de regimiento,

que habia puesto sus lecciones à un precio tan módico, que tenia una clientela numerosa.

Esta clientela se componia de clérigos autorizados, de escribientes y estudiantes, todos más ó ménos pobres; de tal suerte que el avaro Lorient no habia creído deber privar á su hijo de un recreo que no podia, segun él, acarrearle gasto alguno.

Tres veces á la semana, con tal que la obra del platero no corriera prisa, Gaston Lorient iba á la sala de armas.

Desde que el maestro Lorient se habia mudado de casa, descendiendo un piso, su hijo no dormia en la misma habitacion que él. Habia pedido permiso á su padre para ocupar una de las dos habitaciones de los criados dependientes de la habitacion.

¿Por qué?

José Lorient creyó encontrar explicacion en algun amorcillo pasagero que tenia el jóven, y que le pedia un poco de libertad.

Siempre que el trabajo no sufriera, José Lorient cerraba los ojos, de la misma manera que para la sala de armas, y se inquietaba muy poco por que su hijo volviera mas pronto ó mas tarde que él.

A estos detalles indispensables para el mejor desarrollo de nuestro relato, debemos añadir que ya Gaston habia hecho á Emilio, el oficial de su padre, la confianza de su amor para aquella mujer de mundo, de quien lo separaba un abismo, segun su espresion.

Al mismo tiempo de atravesar el vestíbulo de su casa el baron de Morlux, pasaban tambien los alumnos de la sala de armas que acababan de tomar la leccion.

Beltran maquinalmente fué observando á todos para ver si reconocia entre ellos al hijo del platero.

Los alumnos fueron saliendo todos, á escepcion de uno solo, que el baron vió entrar en la casa del portero.

Beltran estaba en el primer pasillo de

la escalera, y de un golpe de vista vió al jóven.

Era este rubio, alto, esbelto, y de apos-
tura algun tanto elegante; y ¡cosa rara!
solo con verle Beltran reconoció en él
al hijo del platero.

Le vió tomar una bugía que estaba
sobre la mesa del portero y un llavin
colgado en un clavo. Estos detalles inte-
resaron al baron.

Gaston Lorient, pues él era en efecto,
encendió su bugia, atravesó el patio y
ganó la escalera de servicio.

—Tendria curiosidad por saber á dónde
va,—se dijo el baron, que subia con len-
titud los escalones de la escala prin-
cipal.

Entró en su casa, en el piso principal,
ayudado de un llavin que llevaba consigo,
con gran asombro de su ayuda de cámara,
pues tenia costumbre de llavar.

Hizo seña á este último, que ya tenia
una luz en la mano, que la dejase en la
antesala, y penetraron sin luz en el co-

medor, cuyas ventanas correspondian al patio.

Beltran pegó su rostro á los cristales, y con la vista siguió la luz de la bugia que llevaba Gaston, que se veia por las ventanas de la escalera de servicio.

La luz se detuvo un momento en la mesita del quinto piso y desapareció para aparecer de repente en la ventana de una habitacion.

La escalera principal estaba oscura, pues todos los inquilinos de la casa dormian.

Beltran reparó en que la ventana de la habitacion iluminada no tenia cortinas.

Entonces, volviéndose á la antesala dijo al criado.

—¿No tenemos nosotros una habitacion en el quinto piso?

—Es el cuarto del cochero, contestó el criado;—pero como el cochero actual del señor baron se ha casado, la habitacion está desocupada.

—¿Corresponde al patio?

—Sí; pero la entrada es por la escalera principal.

—Busca la llave,—dijo todavía Beltran.

Mas como el criado obedecia atónito, añadió:

—Tengo el capricho de hacer una fotografia, y quiero ver si ese cuarto me convendria.

Tomó la llave y una bugia y subió al quinto piso.

En la puerta y antes de meter la llave en la cerradura apagó la luz.

Penetró en la habitacion, como entró en su comedor, sin luz; y se dirigió á la ventana, que por fortuna estaba frente por frente á la que ocupaba Gaston Lorient. Entonces el baron miró y hé aquí lo que vió á través de los vidrios desprovistos de cortinas:

Gaston Lorient tenia abierto un armario percha y ostentaba sobre un enrejado varios trajes y ropa blanca.

Se quitó sus vestidos ordinarios, cuyo corte no tenian parecido ninguno, hizo

su toilette como un jóven que va á asistír á un baile, y se mudó de trage, desde una camisola finísima, hasta un redingote, que de un golpe de vista reconoció ser una obra de Renard.

En menos de un cuarto de hora el hijo del platero se hallaba trasformado en un hombre de mundo; y, cosa rara, el baron se vió contrariado al reconcer que tenia el mejor aire y no se notaba en él ninguna de sus costumbres ordinarias.

Gaston Lorient echó sobre sus hombros un gran pardessus negro, tomó su sombrero, sus guantes de color perla, agó la bugía y descendió por la escalera de servicio.

El baron, que tenia entreabierta la ventana, le vió atravesar el patio y partir.

—Que yo mismo me vuelva el hijo del platero,—se dijo el baron de Morlux,—si comprendo alguna cosa.

Pero esto que habia visto era tan extraordinario, que un hombre menos curioso

que él hubiera tenido deseos de descifrar el enigma.

—Conozco la historia del padre; ahora me hace falta la del hijo.

Sacó un cigarro de su petaca, le encendió, y tenaz como un verdadero breton, se acostó en el lecho de correas de su antiguo cochero, decidido á pasar el resto de la noche en la boardilla.

Al resplandor del cigarro Beltran consultó su reloj.

Era la media noche

Entonces el baron se hizo este razonamiento lleno de justicia:

—Gaston Lorient, si es él, volverá antes del dia y sufrirá otro nuevo cambio para presentarse delante de su padre, es peremos...

Esperó fumando, un poco intranquilo por lo que pensaria su criado de esta permanencia tan prolongada en la boardilla.

Tan pronto como los primeros rayos del alba penetraron por los vidrios de la boardilla, el baron oyó el sonido de la

campanilla, y poco despues el ruido de la puerta que se cerraba.

Gaston Lorient era el que subia.

Algunos minutos despues, Beltran que habia tomado otra vez su puesto de observacion en la ventana, vió al joven encender de nuevo la bugía, quitarse sus ropas con presteza, y volverse à poner las ordinarias.

Poco despues abandonó de nuevo su boardilla y partió.

Beltran no pudo averiguar nada mas que una cosa: y era que el misterioso personage no volveria hasta la madrugada siguiente, porque le habia oido decir al pasar por la habitacion del portero:

—Hasta mañana no volveré.

El baron bajó à su habitacion y se acostó; pero no durmió, y sí se pasó la mañana en reflexionar sobre lo que habia visto, y en meditar su plan de venganza.

—¡Oh, pardiez!—se dijo haciendo punto final à sus reflexiones:—tengo nece-

sidad de un jóven para que desempeñe un papel en la tragedia que preparo, y hé aquí que le he encontrado. Hasta nueva órden, no advertiré nada al maestro Lorient de la conducta de su hijo.

El baron se desayunó en la cama; se hizo vestir, y corrió á casa de Berta Langevin.

—¡Ah!—dijo;—me he aburrido muy bien ayer noche. ¿Por qué no habeis venido?

Esta reconvencion fué hecha con una mezcla de curiosidad y de cariño.

—Hija mia,—contestó Beltran,—¿habeis pensado un solo instante que yo esté enamorado de vos?

Berta se sonrojó ligeramente.

—Pero entónces; ¿por qué me rodeais de tantas comodidades?

—Porque tengo necesidad de vos.

—Pero, ¿por qué?

—Es inútil que lo sepais, á lo menos por el momento.

Beltran la cogió una mano, y la com-

dujo á una mesa en la que habia un pupitre de piel de Rusia.

—Enseñadme vuestra forma de letra.

Berta tomó una pluma y trazó sonriéndose estas palabras: «Vos sois un hombre misterioso.»

El escrito estaba hecho con una letra fina, menuda, delicada y con una elegancia aristocrática.

—Perfectamente,—dijo Beltran.

Luego tomó un pliego de papel inglés marcado con una Y en una de las esquinas, y se lo entregó á la jóven.

—¿Quereis escribir lo que voy á dictaros?

—¿A quién?

—¿Qué os importa? Escribid.

Este hombre tenia un acento dominador y Berta le obedecia ya menos por el interés que por el miedo: le temia, y sentia que hubiese tomado sobre ella un ascendiente irresistible.

Beltran dictó:

«Yo no soy libre: todos mis pasos están espiados: sin embargo, vé mañana

domingo á la misa de mediodía á San Roque; si la persona á quien este billete llegará es curiosa, irá á San Roque y observará el lado izquierdo de la nave, cerca de la tercer pila »

Cuando Berta Langevin hubo escrito este billete, el baron le cogió, le dolió, y le guardó cuidadosamente en su cartera.

—Pero, caballero,—preguntó la jóven, —¿qué vais á hacer con eso?

—¿Quereis saberlo?—dijo el baron tomando un aire de bondad.

—Sí.

—Pues bien; escuchad...

Se sentó al lado de ella, y cogiendola las manos entre las suyas, la dijo:

—Niña mia, me parece que ya os he dicho que teneis una semejanza tan maravillosa, que se puede tomaros por una mujer á quien yo he amado mucho.

—Sí.

—Pues bien; os he engañado de medio á medio.

—¿Como?

—La mujer á quien tanto os pareceis existe, y el parecido es verdaderamente asombroso.

—Entonces...

—Mas no soy yo el que ama á esta mujer.

—¡Ah! ¿pues quién es?

—Uno de mis amigos.

—Hé aquí que no comprendo nada, —replicó la jóven.

—Lo vais á comprender; mi amigo está loco por esa mujer de que acabo de hablaros y quiero curarle de ese amor.

—Bien, ya adivino.

—Ahora, —añadió Beltran, —iremos esta noche á San Roque. Es el mes de Maria, la iglesia está abierta, y os enseñaré el lugar donde teneis que colocaros el domingo.

—Está bien, —contestó Berta con sumision.

El baron comió con ella, dieron un paseo por el bosque en el cupé bronceado con las cortinas caidas y volvieron por la calle de Saint Honoré á las nue-

ve. Penetraron en San Roque; Berta llevaba echado sobre su rostro uno de esos velos tupidos que se llaman velos disfrat, y luego que la indicó el sitio que debía ocupar en la misma de medio día, salieron y la condujo á su casa.

—Mas...—dijo Berta al tiempo de despedirse—nos hemos equivocado.

—¿Cómo?

—Hoy es viernes y no sábado.

—¿Y bien?

—Ese billete dice: «Mañana domingo.»

—Es que no irá á su destino hasta mañana.

El Sr. de Morlux al entrar en su casa se vistió de nuevo para ir al club.

—Señor baron,—dijo el ayuda de cámara presentándole una tarjeta en una bandejita de plata,—milord desea ver al señor baron.

Beltran leyó el nombre escrito en la cartulina; «Lord Ervil.»

—¡Oh!—dijo,—seria un golpe del padre La Lluvia. Yo creia á lord Ervil en Inglaterra.

Debajo del nombre de la tarjeta, escrito con lápiz, se leía: «Hotel Meurice.»

Cuando acabó su toilette, Beltran pasó à su gabinete, abrió un secreter, y de él sacó el lio voluminoso que el padre La Lluvia le habia entregado.

En él se encontraba una nota acerca de lord Ervil, concebida en estos términos:

«El acreedor mas fuerte de la casa V... ciento once mil francos.

«Lor Ervil viene à Paris dos veces al año con la embajada siempre de comprar la posesion Morfontaine en Bretaña, que el baron de Morlux ha rehusado siempre vendérsela, por la bagatela de ciento ocho mil francos.

Si,—dijo Beltran que estaba pensativo en su sillón,—he rehusado venderle Morfontaine: pero en esta época, yo no conocia à la señorita de Valbonne, é ignoraba que lord Ervil tenia ciento once mil francos en casa de su padre. Hoy es diferente.

Poco despues marchó al club.

Al mismo tiempo de entrar en la sala de juego, le entregaron una nueva carta de lord Ervil.

—¡Ah! por fin, querido baron,—le dijo el marqués de R... que habia leído el nombre por encima de los hombros de Beltran,—esplicadnos el motivo de este enigma.

—¿Qué enigma?

—Lord Ervil ha venido tres veces durante el dia para veros. Está intranquilo, y nos ha prometido una cuarta visita esta noche.

—Querido marqués,—contestó el señor de Morlux riéndose,—no conozco á lord Ervil mas que por su correspondencia; pero me esplicó su deligencia.

—¿Cómo, pues?

—¿Queréis que os cuente una fabulita histórica?

Estas palabras atrajeron la atencion de los demas concurrentes al club.

—¿Que es lo que vais á contarnos?—preguntó el marqués.

—Una página de la historia que tiene el color de una novela.

—¿A propósito de lord Ervil?

—Precisamente.

A escepcion de cuatro jugadores acérrimos, todo el mundo hizo corro al rededor de Beltran. Este se sonrió y parecia tener buen humor.

—Señores,—dijo,—esta historia se remonta á las guerras inglesas en Bretaña.

—¿Cuáles?

—Las del rey Juan y su hijo Carlos V.

—¡Bueno!—dijo Olivier Beauchene, que entraba en este momento,—el combate de los treinta.

—Justamente; hé aquí comenzada mi historia.—repuso Beltran, y continuo:

—Uno de mis antepasados, llamado Beltran, como yo, figuró en el combate de los treinta.

—Ya lo sabemos,—dijo el marqués.

—Pero lo que vos no sabeis,—replicó Beltran,—es que el adversario de mi abuela era, precisamente, el abuelo de lord Ervil. Luego, durante el combate, los dos gentiles-hombres, el inglés y el breton,

se provocaron à imitacion de los hèroes de Homero.

—«Señor caballero,—dijo el inglés, y yo os mato, trasladaré vuestro cuerpo à Inglaterra y le colgarè de un patibulo à la puerta de mi morada, donde los cuervos vengan à despedazaros.

—«Y yo, baron,—respondió mi abuelo, —si os mato, seré mas cortés.

—«¡Ah! —dijo el inglés dando un golpe terrible con sus armas en el suelo,—¿Que hareis de mí?

—«Yo trasladaré vuestro cuerpo à mi posesion de Morfontaine; un sacerdote bendecirá un pedazo de tierra, y os enteraré bajo una piedra blanca con esta inscripcion «Aquí yace el cuerpo del inglés lord Ervil; hombre leal, pero desprovisto de cortesía.»

—Y bien, ¿què sucedió?—preguntó el marqués de R... à Beltran de Morlux.

—Sucedió, que lord Ervil fué muerto, y mi abuelo hizo lo que dijo. El inglés descansa desde entonces bajo los árboles de mi posesion de Morfontaine.

—¿Y por esto es por lo que lord Ervil quiere comprar vuestra tierra?

—Por la tierra, precisamente, no; pero por las cenizas de su abuelo.

—¿Y vos rehusais!

—Hasta ahora, sí.

—¿Por qué?

—Porque Morfontaine es una tierra querida por recuerdos de familia.

—¿Qué es lo que vale?

—Ciento once mil francos.

—¿Cuánto dá el lord Ervil?

—Ciento ocho mil.

—Pero, ¡el rehusar es una locura!

—Esa es la opinion de mi secretario.

—¿Y la vuestra?

—Tambien, desde hace algunos dias; y hé aquí por qué lord Ervil me persigue.

Al mismo tiempo de acabar su relato el Sr. de Morlux, lord Ervil entró en el club.

El inglés y el breton se saludaron de la misma manera que sus abuelos en el combate de los treinta.

—Milord,—dijo Beltran,—conozco el objeto de vuestra visita.

—¡Oh!—añadió el inglés,

—Estoy casi decidido.

—¿A venderme Morfontine?

—Sí; pero con una condicion.

Beltran trasladó al inglés á un saloncito donde se encontraron solos.

—Milord,—dijo todavia Beltran —lo que voy á proponeros, es para dejar, ó tomar.

—Hablad.

—Tengo una mujer... quiero levantar el campo, y partir mañana. Si vos podeis pagarme Morfontaine mañana antes del medio dia la posesion es vuestra.

El inglés reflexionó un momento.

—Escribiendo á Lóndres ahora mismo por el telégrafo, no podrè contestaros hasta dentro de tres dias.

—Entonces no hablemos mas,—dijo Beltran.

—Pero,—prosigió lord Ervil,—tomo fondos en Paris.

—¡Ah!

—En la casa del Sr. Valbonnette de Valbonne.

—¿Y vos podreis retirarlos?

—Mañana al medio día estaré en vuestra casa.

Beltran saludó, y lord Ervil salió.

Después de su partida, el Sr. de Morlux pasó al gabinete de lectura, y tomó el diario de la noche, donde leyó lo anotado de la bolsa.

—Los caminos de hierro en los que juega el Sr. de Valbonne, han bajado veinte francos esta tarde,—decía,—es un bonito déficit para mañana.

Cogió el sombrero y partió.

Pero al mismo tiempo de salir, Olivier Beauchene corrió á su encuentro.

—Dispensadme,—dijo,—tengo que decir os una palabra.

—Veamos,—dijo con desden el señor de Morlux.

Continuaron bajando de la escalera del club.

—Caballero,—replicó Olivier Beauche-

ne.—¿Vos sabeis lo que me habeis prometido?

—Sí.

—¿Confiais aun en poder probarme lo que habeis tenido el atrevimiento de anticipar?

—Mas que nunca.

—¿Cuándo?

—¡Ah!—dijo Beltran,—¿ya recordareis que he pedido tres ó cuatro dias?

—Sí, y ya han trascurrido d s.

—Tengo todavía dos por mi parte. Pero vos tambien me hicisteis una promesa.

—Sí, no ver á la señorita de Valbonne.

—¿La habeis cumplido?

—Sí.

—¿La seguireis cumpliendo hasta el fin?

—Sí, pero os advierto que no tengo paciencia, y que si dentro de dos dias no habeis dado la prueba...

—Nos batiremos; estamos convenidos.

Beltran saludó con frialdad á Olivier que volvió á subir al club.

SEGUNDA PARTE.

XV.

El señor de Morlux tenía á su servicio un ayuda de cámara que habia estado por mucho tiempo en casa de una mujer célebre en el mundo elegante; comprendia á medias palabras, adivinaba si habia necesidad, y era de una habilidad y discrecion absolutas.

Al salir de casa el barón, le habia dicho:

—Francisco; hay en esta casa una bohardilla ocupada por un jóven llamado Lorient, y deseo saber acerca de este hombre todas las cosas posibles; veamos si sacas algun provecho de tu destreza.

Francisco partió.

Cuando su amo volvió, le dijo.

—Señor baron, el inquilino de la bohardilla es un mozo muy original en verdad.

—¿Se llama Lorient?

—Sí, pero no habita precisamente aquí.

—¡Ah!...

—Su padre es platero.

—¿Dónde?

—En la calle de la Chaussée d'Antin.

—Entonces, ¿como tiene aquí ese cuarto?

—Para hacer su toilette de dos en dos ó tres días.

—¡Ah!

—Sale de aquí á la media noche y vuelve á la madrugada para cambiar de traje.

—¿Y tú sabes á dónde va?

—No señor, porque sube á un carruaje de lujo alquilado de antemano y que le espera en la esquina de la calle de Saint Georges.

—Pues bien, quiero saber á dónde va.

—Lo sabré mañana ó antes, esta no-

che, porque si el señor me lo permite le seguiré.

Beltran pasó al comedor y miró las ventanas que daban al patio.

Está en casa,—dijo.

En efecto, por las ventanas de la bohardilla se veia luz.

Francisco subió al cuarto del cochero y volvió á bajar á comunicar á su amo lo que habia visto.

—No está solo, señor.

—¡Ah!

—Está con un joven, dijo el criado, — que tiene como él aire de platero. Están hablando y fumando muy familiarmente.

—Daria diez luises por escuchar lo que hablan.

—A fé mia, señor,—contestó el criado, — la cosa es difícil; pero por mí no ha de quedar.

—¿Pues cómo?

—El señor me perdonará por esta declaracion que voy á hacerle; tengo relaciones en la casa.

—¡Ah! ¿Y con quién?

—Con una jóven doncella del cuarto segundo, que me quiere un poco.

—Y bien, ¿qué?—replicó el señor de Morlux.

—El cuarto no está separado del que ocupan los dos jóvenes mas que por un tabique muy delgado. Si el señor lo desea, subiré ahora al cuarto de Marieta, y me pondré á escuchar por una hendidura que tiene en una de las esquinas.

—¡Ah! ¿se llama Marieta?

—Sí.

—Pues bien; yo voy contigo.

—Pero, ¿qué dirá Marieta viendo al señor baron?

—Tú la convencerás si la ofreces un vestido.

El argumento no admitia réplica. Francisco acompañó á su amo á la habitacion de Marieta. La doncella no estaba en él; estaba en el segundo piso haciendo su servicio.

Al entrar en el cuartito Beltran apercibió

una rayita de luz que penetraba á través del tabique.

Aplicó un ojo á la hendidura; pero como era sumamente estrecha, no pudo percibir nada. Solamente oyó el ruido de dos voces que conversaban.

Vete,—dijo el triado.

Francisco salió, y el Sr. de Morlux permaneció sin luz en el cuartito, y con el oído pegado á la rendija del tabique.

El diálogo que mantenían las dos voces y que llegaba hasta su oído, era el siguiente:

—¿Sabes, querido Gaston, que estás enteramente trasformado desde hace un mes?

—¿No te he dicho que el amor hace prodigios?

—Sí, es cierto. Tú estás ahora en la prueba.

—¡Ah! mi pobre Emilio,—repitió Gaston Lorient con acento melancólico;—¿quién sabe lo que me producirán todas estas cosas?

—Pero tú, desde luego, estás hecho

todo lo que se llama un cumplido caballero. Manejas las armas, montas á caballo; y en verdad que el otro dia cuando te encontré, me fué preciso abrir mucho los ojos, y apretar tu mano, para reconocerte.

—Amigo mio,—continuó Gaston;—desde que he sorprendido el secreto de que mi padre es rico, muy rico, la ambicion ha trastornado mi cabeza; me parece que nada es imposible conseguir de aqui en adelante.

—Esto procede de mi aviso.

—Durante el dia soy un platero; por la tarde y una parte de la noche hago el oficio de un hombre de mundo.

—Y tú parece que obtienes hasta ahora un éxito maravilloso; solamente...

Emilio se detuvo á parecia dudar.

—Veamos,—dijo Gaston,—esplicate.

—No temes que en los dos ó tres salones donde la señora de Mirail te ha presentado, no temes encontrar algun dia...?

—¿Pues qué?

—Mas ella...

—¿La señorita de Valbonne?

—Sí.

Este nombre que llegó hasta el oído de Beltran, hizo que se estremeciese de pies à cabeza.

—¡Oh! —murmuró—hé aquí que la situacion se complica extraordinariamente. Ama á una mujer y esa mujer es Mercedes.

—Decididamente, —acabó el rencoroso breton, —empiezo á creer que mi venganza será terrible.

XVI.

Una mañana del mes de mayo, un rayo de sol iluminaba á Paris al sonar las ocho, dándole un aspecto de festividad.

La primavera, esa estacion tan hermosa como alegre, que los poetas han cantado en todas épocas y en todas las edades; se parece un poco á las piezas de teatro que á pesar de no ser ciertas sus escenas,

no obstante en otras partes degeneran en parodias.

En el mes de abril, la provincia no tiene todavía que enseñaros mas que árboles despojados de hoja que se esfuerzan por estar verdes, y casas donde el tiriteo se apodera de vosotros en los umbrales de sus puertas.

En el mes de mayo Paris ya tiene otro aspecto muy distinto: ya el bosque de Boloña se presenta frondoso como una selva virgen, y los castaños de las Tullerías floridos por muchos dias.

Los campos Eliseos, desde las ocho de la mañana están cubiertos por infinidad de carruajes, de vivarachos caballos adiestrados, de caballeros que van á Madrid y de mujeres á *huit-resorts* que toman lecciones de *guide*.

Pues bien; aquella mañana que el sol alumbraba á Paris y el cielo se encontraba sin nubes, la señorita Mercedes de Valbonne acababa su toilette matinal; una toilette de mujer que va á montar á caballo.

—Julietta,—decía á su doncella,—anunciad á mi padre que estoy dispuesta.

Comenzó á calzarse los guantes.

Pero apenas Julietta abandonó el cuarto-tocador, Mercedes corrió á abrir la vidriera y pasó al balcon. El ramo de violetas cotidiano se encontraba en el mismo sitio. Mercedes le cogió, le llevó furtivamente á sus labios, y le colocó en su esbelto talie.

—¿Qué misterio tan singular!—murmuró.—¿De dónde viene este ramo? ¿Quién me lo envia? Olivier me ha asegurado que no puede ser del Sr. de Morlux.

Al nombre de Olivier que inadvertidamente pronunciaron sus labios, la señorita de Valbonne volvió á reflexionar.

—¿Por qué no vendrá?—decía.—Hace ocho dias que no le veo... y debe estar en Paris; sin embargo...

Despues de unos momentos de silencio, Mercedes dijo todavia.

—Es necesario que sepa de dónde viene este ramo: yo acabaré por perder la cabeza. No puedo preguntar sin espiar... pero

Olivier, que es un buen amigo me sacará de esta duda.

Mercedes se separó del balcon y vino á sentarse delante de una mesa de escribir, cogió la pluma y trazó esta única línea:

«Mi querido Olivier, venid à verme.

MERCEDES.

Entre tanto que cerraba este lacónico billete bajo un sobre, el señor de Valbonne entró

El grave banquero, el hombre receloso que tenia sumas considerables empeñadas en mas de una operacion arriesgada, volvía sonriente siempre que se encontraba al lado de su hija. La frente cándida y la sonrisa de Mercedes eran para el banquero como un rayo de sol que disipaba en el mismo instante las tinieblas y las nubes de su alma.

— Buenos dias, papaito, — dijo la joven, — ¿te hago abandonar los negocios de banquero por acompañarme!

— Mimas grave ocupacion, por no de-

cir la única, señorita, es la de cumplir todas vuestras voluntades y satisfacer vuestros caprichos; así, pues, no os admire que deje de ser banquero por algunas horas.

El señor de Valbonne, al pronunciar esta larga frase sonriéndose, cogió una mano de Mercedes y la besó.

—¿Me llevarás á almorzar á Saint Cloud?

—replicó rodeando con sus brazos el cuello de su padre.

—Iremos á Saint Cloud,—contestó el banquero.

—Puede ser que encontremos á Olivier.

—Es fácil,—dijo el señor de Valbonne.

—Este Olivier hace mucho tiempo que no lo vemos.

—Por eso le he escrito precisamente.

Mercedes enseñó el billete á su padre.

—¿Y por qué escribe usted á Olivier, señorita?

Esta pregunta inesperada desconcertó un poco á Mercedes.

—Pero,—dijo,—¿por qué no viene á verme? Me parece que ha olvidado el cami-

no de nuestra casa desde hace ocho dias.

El señor de Valbonne se sonrió.

—¡Cazurrita!—dijo.

—¿Y por qué ese epiteto villano?—esclamó Mercedes.

—Porque creo que aunque has rehusado á Olivier el año pasado... no te desagrada...

—Al contrario, me agrada Mucho.

—¡Ah! ¿de veras?

—Pero como amigo.

—¿Luego no le querias como esposo?

—Jamás.

Mercedes pronunció esta palabra con un tono seco...

—¡Estraño, hija, lo que dices!—esclamó el Sr. de Valbonne.—Mas, ¿se puede saber quién es el hombre que trastornará tú cabeza?

—No lo sé,—contestó Mercedes conmovida.

Mas despues sonriéndose.

—Yo soy tan difícil...—añadió:

—Pero en fin,—dijo el Sr. de Valbonne

cogiendo á su hija por el talle y besándola en la frente,—¿quieres á un fenix? Se procurará buscarle.

—No lo sé, pero es preciso que sea... Mercedes dudaba.

—¿Cómo?—preguntó el banquero.

—Casi tan bueno como tú,—contestó.

—¡Aduladora!

El banquero cogió á su hija la mano y la dijo:

—Vamos: ¿no oyes á Miss Aurora cómo piala de impaciencia?

La jóven descendió, pendiente del brazo de su padre, al patio donde dos criados tenían los caballos del padre y de la hija.

El Sr. de Valbonne montaba uno de sus caballos de carrera, Mercedes había pedido á Miss Aurora.

Miss Aurora era una bonita ponette pia con manchas muy caprichosas.

Era un excelente caballo de caza; bastante difícil pero ligero y buen saltador, un verdadero hunter en una palabra.

Mercedes montaba con una maestría es-

qui ita, así era que montaba á Miss Aurora, sin que la frente de su padre, inquieta de ordinario, se arrugase jamás.

Poco despues de haber presentado la rodilla á su hija y de haberla colocado en la silla, en el momento de montar á caballo él mismo, un hombre entró desalentado en el patio. Era este Hipólito Legrand, el hombre en quien el banquero tenia toda su confianza, y que tenia conocimiento de todas sus operaciones de Bolsa.

—Dispensadme, señor;—dijo.

El Sr. de Valbonne le interrumpió.

—¡Ah, querido mio!—dijo,—ya os he dicho ayer noche todo lo que tenia que decir. Ahora salgo con mi hija, y no soy banquero hasta mi vuelta.

Mas Hipólito Legrand no se dió con esto por satisfecho.

—Señor,—añadió,—hay una operacion que no puede recaer sobre mi.

—¿Pues que és?—preguntó.

—Lord Ervil reclama sus fondos.

Este nombre produjo el efecto de una conmoción eléctrica al Sr. de Valbonne.

—¿Lord Ervil?

—Sí.

—¿Y quiere ser pagado?

—Antes del medio día.

Entre tanto que el Sr. Hipólito Legrand hablaba así, Mercedes, que habia puesto en calma á Miss Aurora, vino á colocarse muy cerca de su padre.

El banquero tuvo miedo por la primera vez de su vida.

—¡Ah! —murmuró; —no quiero que ella tenga ningun temor, ningun recelo... la he prometido dos millones de dote, y es preciso que los tenga.

Después añadió con frialdad al Sr. Hipólito Legrand:

—Está bien; pagad á lord Ervil.

—Pero, señor, —continuó el cajero; —se debe á lord Ervil una suma...

—Relativamente importante, —se adelantó á decir el Sr. de Valbonne. —Un millon y ciento doce mil francos...

—Ciento once mil,—dijo Hipólito Legrand.

—Pues bien, pagad.

El Sr. de Valbonne saltó de la silla é hizo caracolear á su caballo.

Mercedes no habia comprendido nada de este coloquio; pero por lo demás, fijó un poco su atencion.

El Sr. de Valbonne era uno de esos hombres bien templados y mejor fundidos en el molde de la sociedad moderna, donde se eleva una estàtua á la sangre fria y dá gloria al hombre que permanece impassible, así en presencia de los mas grandes peligros, como en las desgracias mas terribles.

Entretanto que habia ido contestando á Legrand; entretanto que contenia su caballo y arreglaba las bridas sin cesar de sonreir á su hija, el Sr. de Valbonne calculó el alcance de este golpe fatal que la fortuna traia contra él.

Para recuperar ciento once mil francos, era necesario vaciar la caja y dar orden de vender los títulos con pérdida.

Pero no por esto, el Sr. de Valbonne rerunció á su paseo.

Partió con su hija, y se mostró sereno durante el trayecto de Paris á Saint-Cloud, donde se hizo servir el desayuno.

Durante este desayuno, tuvo un humor lleno de jovialidad.

—Pero, mi pequeño ángel,—decia á su hija,—es necesario que escojas marido antes de unos dias.

—Pero ¿por qué?

—Porque yo envejezco...

—Bueno,—contestó Mercedes, riéndose,—ya sabes lo que te he dicho otras veces.

—Veamos; ¿tú no me ocultas nada?

—Nada absolutamente.

—¿No tienes algun secreto... en algun rinconcito... de tu corazon?

Mercedes se ruborizó.

—Pues bien, padre,—dijo,—te voy à hacer una declaracion.

—¡Ah! veamos, pues.

—Yo amo ..

—¿A quién?

—Un misterio.

—A esto no se puede responder, al menos que ese misterio no tenga una forma.

—Yo no lo sé.

—¿Es de carne y hueso?

—Es probable: pero me sería difícil decir su semblante, su forma y su color,

—Niña mia,—prosiguió el Sr. de Valbonne,—no he podido jamás acertar los geroglíficos. ¿Qué quieres tú que haga en presencia de un enigma?

—Quiero que me escuchéis, padre.

Mercedes continuó:

—Me he servido sin razón de la palabra amar; y lo que sucede, es que estoy turbada y conmovida. Hé aquí todo.

—¿Pues cómo?

—Estoy intranquila por una muda declaración que se me hace todas las mañanas.

—¿Por quién?

—No lo sé.

—Pero esta declaración...

—Es de una sencillez tan elocuente, que yo misma me pregunto si procederá de algún pobre loco ó de un profundo diplomático en amor.

Mercedes refirió á su padre la historia del ramo de violetas que encontraba todas las mañanas en su balcon.

El señor Valbonnette de Valbonne la escuchó sorprendido.

—Hija mia,—dijo por fin,—como estas pequeñas novelas no son jamás peligrosas, ante la madurez de espíritu y la alta inteligencia de una hija como tú, yo me voy á meter á medias en tu juego.

—¿Pues cómo, padre?

—Atiende; voy á explicarme. De dos cosas, la una: ó este ramo es el resultado de una nueva admiración que has inspirado á algún pobre diablo perdido en los tejados de la casa que habitamos, y entonces esto no es de gran interés, ó bien este ramo viene de fuera... y entonces...

—Entonces...,—dijo Mercedes.—¿qué es lo que harías?

—¡Yo! nada, ya te he dicho que eres dueña absoluta de tu mano.

—Sí, cierto. ¿Pero qué quieres decir con estas palabras: «Yo me meteré á medias en el juego»?

—Quiero decirte que voy á procurar saber de dónde viene ese misterioso ramo.

—¡Oh! ten cuidado,—dija nuevamente Mercedes.

—¿Por qué?

—Temo un desengaño.

—¿Luego te agrada el misterio?

—Infinitamente.

—Pues bien, respetèmosle;—dijo el Sr. de Valbonne.—El tiempo descifrá el enigma.

El padre y la hija montaron á caballo de nuevo, entraron en el bosque por la puerta de Boloña, y ganaron el borde del lago.

De repente, á la altura de la primera casita que se encuentra á la derecha y que se llama el Chalet del Lacs, Mercedes de Valbonne ahogó un ligero grito.

Un jóven que montaba un bonito caballo, pasó al trote muy cerca de ella.

—¿A quien has visto?—dijo el Sr. de Valbonne que vió á su hija volverse de su silla para mirar mejor al caballero.

—¿Has visto à ese jóven?

—Sí; ¿le conoces?

—No; pero tiene un parecido tan singular con...

—¿Con quién?

—Con aquel jóven á quien debimos la vida al volver de las primeras carreras de la March.

—Pero ese de quien hablas era un hombre bastante vulgar, entretanto que éste parece tener otra posicion; dijo el Sr. de Valbonne.--Solamente que no sabe montar á caballo.

Esta observacion de su padre hizo hacer á Mercedes un gesto de disgusto y no contestó.

—Mas, en efecto,—continuó el señor de Valbonne, que repuesto de sus inquietas reflexiones, buscaba el medio de apartarse de ellas,—¿qué habrá sido de

aquel mozo? Tú quisiste hacer con él lo que toda la órden femenina: impedirle el aceptar una gratificacion.

—¡Oh, padre mio!—dijo Mercedes suplicante.

Pero el banquero, que no comprendia el sentido de esta esclamacion, continuó:

—Tú le envitaste á que viniera á vernos para darles las gracias, y sin embargo, n ha venido.

—No se habrá atrevido,—respondió Mercedes.

Y para cortar con disimulo el objeto de una conversacion que le hacia daño, la señorita de Valbonne dió un ligero golpe con su látigo á Miss Aurora, que empezó á caracolear, acabando por tomar el galope.

El Sr. de Valbonne siguió á su hija.

Entretanto Mercedes y su padre no cambiaron mas que algunas palabras insignificantes.

Al pasar por la casa de Bender Merce-

des tuvo el capricho de entrar en casa de su maestro de coches.

—¿Qué es lo que quieres á Bender?— preguntó el banquero.

--Quiero ver los cestitos para el campo,— contestó Mercedes.

Bender estaba en el umbral de su puerta, y saludó á la señorita de Valbonne como se saluda á la reunion de la belleza y la fortuna en una misma persona.

—Señor Bender,—dijo la jóven acariciando con su mano al cuello de su ponnette,—teneis que hacerme un cestito cuyos dibujos enviaré.

—Con mucho gusto, señorite,—contestó Bender.

Luego añadió con una sonrisa:

—La marquesa de Alvarez querrá en seguida otro igual.

—¡Ah! es justo,—dijo Mercedes,—esa pobre marquesa se ha empeñado en imitarme en todas las cosas!

—Y,—añadió Bender,—por lo que pa-

rece. no es ella sola, en lo que á mi me toca.

—¿Qué quereis decir Bender?—preguntó Mercedes.—¿Es que mi cudé ha hecho fortuna?

—He construido un tercero, señorita.

—¿Y cuándo?

—La semana última.

—¿Para quién?

—¡Ah! hé aquí que me es imposible satisfacer vuestra curiosidad.—contestó el maestro,—me lo pagaron adelantado y vinieron otros á buscarle.

Mercedes no dió ninguna importancia á esta revelacion de Bender; se despidieron de el. y tomaron el camino de la Chaussée de' Antin.

Apenas el Sr. de Valb nne se apeó del caballo, sin subir á su casa, se dirigió precipitadamente á sus oficinas.

—¿Y qué?—dijo llamando á su cajero.

—Lord Ervil ha sido pagado,—contestó el Sr. Hipólito Legrand.

—¿Por qué suma habeis vendido los títulos

—Por quinientos mil francos.

El Sr. de Valbonne consultó su libro, y se hizo á media voz esta reflexion:

— Los caminos de .. están en una baja de doscientos cuarenta francos.

— Hoy, doscientos sesenta en la bolsa, — dijo el cajero.

— ¡Cómo! ¿han bajado todavía veinte francos?

— Sí.

— ¿Qué hemos perdido?

— Poco mas de trescientos mil francos.

La frente del Sr. de Valbonne se arrugó.

— Legrand, — dijo, — esta baja tan formidable no puede durar: es preciso comprar.

— Pero, señor, — dijo el cajero, cuya voz temblaba, — la guerra es inminente.

— Yo no creo que la guerra venga antes de tres semanas.

— Sin embargo...

El Sr. de Valbonne se puso de pié, y repitió bruscamente:

— No creo en la guerra.

—Señor,—replicó el cajero con emoción,—yo creo que haríamos muy bien en permanecer como estamos. Si la guerra estalla estamos perdidos.

—Comprad,—dijo el banquero indicándole la puerta.

El cajero salió murmurando:

—¡Oh, si yo pudiese hablar...!

Una vez solo el Sr. de Valbonne se propuso descifrar este singular problema:

—Pero ¿por qué lord Ervil ha reclamado sus fondos?

XVII.

Algunos días después el maestro José Lorient, platero de la calle de la Chaussée de Antin, descuidaba mucho su taller. Parecía que el trabajo escaseaba. En efecto, no tenía nada; pero se entregaba á otras ocupaciones y él mismo había dicho á su hijo: «Has trabajado mucho este invierno y debes estar cansado; te

concedo algunas distracciones y un mes de licencia. Gaston Lorient en verdad habia trabajado mucho; y como era un hábil artista despues de tres años que habia estado al lado de su padre, recibiendo un diario proporcionado á su trabajo, se encontraba al fin poseedor de una suma bastante regular.

Hasta el dia en que encontró á la señorita de Valbonne, Gaston tenia ideas bastante limitadas y se privaba de llegar á su peculio. Pero despues, su manera de ver se modificó del todo. La ambicion vino con el amor: y la casualidad reveló al jóven que su padre era rico.

Así fué que desde entónces no dudó en llegar á sus economías para proporcionarse maestros.

Aprendió esgrima, equitacion, y el caballo sobre el cual le habia visto Mercedes, le pertenecia.

A pesar de todos los peligros de esta existencia de partida doble, de los cuales el menor era que fuese reconocido el mejor dia por algun cliente de su padre,

Gaston se dejaba conducir con valor, desde que tuvo el permiso de un mes.

Pues bien; aquel día que fué al bosque, al encontrar á Mercedes palideció, tembló y casi acabó por saltar de la silla.

El grito escapado á la jóven habia llegado á su oído.

—Me ha reconocido,—se dijo.

Y durante una hora, loco de placer, habia galopado á través del bosque dando el divertido espectáculo de un discípulo novicio, que mas de una vez se recomendaba á San Criu, como se dice en Normandía.

Por fin, como á cosa de las cinco, volvió á entrar en la ruta de la Revolte de Neuilly, donde tenia su caballo á pupilo.

Luego entró en un fiacre, y volvió á Paris á la calle de San Lázaro, donde habia vuesto á tomar su modesta costumbre de cincelador.

Emilio le esperaba en el cuarto del quinto piso.

—¿Cómo tú aquí?—Dijo Gaston al verle.

—Sí,—respondió el oficial,—ya tenía deseos de verte.

—¿Por qué?

—Porque me ha sucedido una cosa muy singular.

—Veamos qué cosa.

—Tu padre me dió un encargo esta mañana, y aun no habia dado dos pasos... Era al otro extremo de Paris, en la calle de...

—Y bien, ¿qué?

—Al mismo tiempo de bajar la calle de la Chaussée d' Antin, un hombre que parecia espiarme, se acercó á mí. Estaba vestido así como de criado, pero apostaría que estaba disfrazado; tenia una camisa finísima, y las manos tan blancas como un niño de la Avernia ó de Saboya.

—¿Y qué te dijo?

—Se acercó á mí diciéndome: ¿No sois oficial en casa del maestro Lorient el platero?

—Sí,—respondi.

—¿Y no sois amigo de su hijo Gaston?

—Sí.

—¿Quereis encargaros de entregarle esta carta?

Y me entregó un billetito que despedía un aroma finísimo.

Al decir esto, Emilio abrió su paletot, sacó una pequeña cartera y de ella un billete que entregó á Gaston.

El sobre estaba lacrado y no llevaba ningun adorno, pero como habia dicho Emilio, se desprendia de él un olor á verbena que acusaba la mano de una mujer.

Gaston miró y remiró el sobre antes de abrirle.

—¿Quièn me puede escribir?—murmuró.

—Parece,—dijo Emilio,—que procede de una mujer rubia...

A estas palabras Gaston palideció y sus manos temblaron.

—Pero veamos de quièn es,—continuó Emilio.

El joven rasgó el sobre y leyó.

No era este el billete que Beltran habia hecho escribir á Berta Langevin y sí otro muy parecido que decia:

«Yo no soy libre y salgo raramente sola. Sin embargo, mañana iré á San Roque á la misa del medio dia.

«Sí la persona á quien este billete se dirige no es olvidadiza... etc.»

Estas últimas palabras habian sustituido á estas otras: «es curiosa. etc.»

El billete se le cayó de las manos, Gaston se sintió tan conmovido, tan impresionado, que Emilio se vió obligado á sostenerle por un brazo para que no cayera.

—¡Ah!—decia, creo que voy á morir de gozo...

—¡Oh! nadie se muere de alegría,—respondió Emilio.

Durante toda la velada, Gaston Lorient anduvo errante por las calles vecinas á la de la Chaussée d'Antin.

Tenia deseos de matar el tiempo, co-

mo vulgarmente se dice, y que fuese de día.

Tan distraído estaba, que no reparó en un hombre que pasó muy cerca de él y le miró fijamente.

XVIII.

La misma noche, á las nueve, el señor Beltran de Morlux se dirigia al club.

La primera persona que se encontró al entrar, fué el marqués de R...

—¡Hola! querido, ¿en qué habeis quedado con lord Ervil;—dijo.

—Todo se ha concluido,—contestó Beltran.

—¡Cómo! ¿Ha venido Vd á Morfontaine?

—Sí.

—Esta mañana mismo.

—Ya tengo en mi poder toda la suma.

Mi notario probó que Morfontaine no estaba gravada por ninguna hipoteca...

—¡Ah!—dijo el marquès;—entonces vamos á ver llegar triunfante á lord Ervil.

—Ya no le volvereis á ver.

—¿Por qué?

—Porque ha debido partir á las ocho de la noche por el express de Nantes.

—¿Y va á Morfontaine?

—Naturalmente.

—Justamente,—dijo un nuevo personaje que vino á mezclarse en la conversacion,—lord Ervil, sin duda tenía prisa por exhumar las cenizas de su abuelo.

Beltran volvió la cabeza y reconoció á Olivier Beauchene.

—¡Ah! ¿vos aquí, Olivier?—dijo.

—Si,—dijo con frialdad Olivier dirigiéndole una mirada severa que quería decirle: «he venido por vos.»

Beltran saludó al marquès.

—Dispensadme, querido amigo, hasta despues.

Se cogió al brazo de Olivier y le condujo al gabinete de lectura donde no habia nadie.

—¿Venís à hablarme?—preguntó.

—Sí,—contestó Olivier sacando de uno de sus bolsillos el billete que le habia escrito mercedes por la mañana, antes de montar á caballo.

—Leed,—dijo.

Por los labios de Beltran de Morlux se deslizó una de las sonrisas diabólicas que crispaban los nervios de Olivier.

Despues replicó:

—Os he dado mi palabra de esperar vuestra cita, antes de ir a casa de la señorita de Valbonne.

—No esperareis mucho tiempo,—dijo Beltran.

—¡Ah!...

—Mañana.

Olivier palideció.

—¿Estais seguro de lo que habeis dicho?...

—Muy seguro.

—Así, mañana por la noche os encontrarè ..

—Me encontrareis en mi casa.

—¿Y despues?

Beltran tomó un aire altanero.

—Querido mio, cuando prometo una cosa la cumplo.

Al decir esto Beltran le volvió la espalda.

Olivier Beauchene le vió alejarse víctima de una especie de estupor.

—O este hombre está loco,—dijo,—ó me voy á ver obligado á convenir con él en lo que dice. Pero es imposible que Mercedes no sea la mas virtuosa de las mujeres... y no obstante... el aplomo y la audacia de este hombre me confunden.

Olivier pidió una pluma y papel.

—He prometido á Beltran Morlux no ver á Mercedes; pero no le he prometido otra cosa.

Olivier escribió:

«Mi querida Mercedes:

•Hé aquí la primera vez que carezco de ellas para volar á veros. Estoy prisionero hasta el lunes, prisionero bajo mi

palabra, y esto es mas serio en estos tiempos, que en los que se encerraba á los caballeros de la edad media.

»Así, pues, mi querida Mercedes, esperad hasta el lunes, y no pongais á vuestra ama en tortura para saber la causa de mi cautiverio.

»Perdonad á vuestro admirador hasta el fanatismo.

Olivier.»

Luego que concluyó la carta abandonó el círculo, y volvió á su casa enviando á su avuda de cámara á casa de la señorita de Valbonne.

Apenas entró Olivier en su cuarto, cuando un criado le entregó una carta.

Era del Sr. de Morlux.

El gentil hombre breton le escribia en estos términos:

Mi querido amigo:

»Habeis escrito á la señorita de Val-

bonne... ¿qué? yo no sé nada. Pero tengo confianza en vuestra palabra. Con todo esto, yo espero batirme con vos después de perder la apuesta. Os afirmo por escrito lo que he dicho á todas horas.

»Venid mañana domingo á las diez de la noche. Vos lo vereis.»

BELTRAN.

—Este hombre tiene razon. Después de todo, me batiré con él y le mataré.

XIX.

No fué solo Olivier el que no pudo dormir durante toda la noche.

Gaston Lorient no durmió nada al pensar en la mañana.

La mañana del domingo tuvo para él la duracion de un siglo.

Por fin las once sonaron.

—Partamos, —dijo á Emilio, que no le habia abandonado desde la vispera;—e momento ha llegado. Mas yo no sé lo que siento, tiemblo como un condenado que marcha al suplicio.

Gaston no creyó conveniente volver á tomar sus vestidos de galan.

—¿A qué viene esta comedia, —pensaba, —puesto que ella me ha remitido este billete por intermedio de Emilio? ¿Esque me conoce y no tiene nada que decir de mí?

Se dirigió á San Roque, y en lugar de entrar en la iglesia, se ocultó bajo un pórtico de la calle de Saint Honoré, acechando desde allí uno por uno todos los carruajes que se paraban delante de la iglesia.

Desde que la señorita de Valbonne habitaba en la Chaussée de Antin, Gaston muchas veces desde la ventana del taller de su padre habia visto á la jóven salir en carruaje.

Este habia reparado, como se repara todo lo que pertenece á la mujer amada,

el cupé azul y los caballos negros, en el cual Mercedes hacia sus visitas y paseaba por el bosque en el invierno.

De pronto su corazón latió de una manera violenta. Un cupé azul tirado por dos caballos negros, desembocó en la calle de San Roque y pasó por delante de la iglesia sin detenerse.

Los caballos llevaban un trotelarg; no obstante Gaston tuvo tiempo de percibir una cabeza de mujer á través del vidrio, estremeciéndose al mismo tiempo de pies á cabeza.

Era ella. Ella que le hizo una lijera seña misteriosa, que el pobre jóven, no comprendiendo su sentido exacto, la tradujo así: «Entrad; yo volveré.»

En efecto; Gaston entró en la iglesia, buscó con la vista la pila designada, se dirigió á ella y se arrodilló muy cerca.

Mas al poco tiempo, la misa empezó y acabó, sin que la jóven rubia apareciese.

Gaston permaneció allí cerca de dos horas, hasta que vió la iglesia desierta.

Entónces en medio de su natural descon-suelo, vió aparecer una esperanza.

—Ella me ha escrito que está espiada... ¿Quién sabe?... Puede ser que me dé otra cita.

Salió de la iglesia, emprendió su ruta con direccion á la Chaussée d'Antin.

Al mismo tiempo de entrar en su casa, en el portal volvió à ver el cupé que antes habia visto en la calle de Saint Honorè.

Los caballos piafaban de impaciencia, y el cochero estaba en su asiento.

Desde la vispera, el jóven habia sufrido tales emociones, que todo le parecia posi-ble, y empezaba á mostrarse atrevido.

Así pues, permaneció en la puerta has-ta el momento que un ruido ocasionado por el roce de un vestido se oyó en la escale-ra principal.

Entonces con la obstinacion del amor se adelantó y esperò.

Mercedes bajaba el último tramo de la escalera.

Al mismo tiempo de pasar por delante de él, Gaston sintió que sus piernas fla-queaban.

da distraída sobre él; mas de pronto se estremeció, y dió un ligero grito.

Habia reconocido à su salvador.

Entonces se dirige hàcia él, y tendiéndole su mano:

—¡Ah! caballero,—le dice:—Vd. es el que salvó del peligro á mi padre y á mí.

Gaston aturcido, balbuceó algunas palabras sin sentido.

Mercedes continuó.

—Habeis hecho mal en no venir, para demostrarnos nuestro agradecimiento; pero contamos con vuestra visita, ¿no es esto?

Mercedes le hizo el saludo con la mano y subió al carruaje.

Gaston se separó y el cupé salió.

—Pero todo esto, ¿no es un sueño?—se preguntaba.

Entonces empezó á reflexionar en la profunda astucia de las mejores de mundo, que saben tambien disimular sus impresiones y fingir asombros.

Para Gaston, Mercedes era la misma mujer que habia visto en la calle de Saint

Honoré hacia dos horas, y que le habia hecho una seña misteriosa.

Era la misma mujer, los mismos cabellos y el mismo tocado.

—Y—se decia,—parece que es la primera vez que me ha visto desde hace dos meses.

Entonces pasó por él una cosa que se asemejaba al desencanto.

Esta calma de Mercedes al hablarle, pasó por descaro á sus ojos; y si la esperanza penetró en su carazon, la fé huyó.

—Pero ¿en qué piensa Vd., señor Lorient,—le gritó el portero de de la puerta de su aposento, al verle fijo è inmóvil como una estatua en medio del patio!

La voz del portero sacó á Gaston de su delirio.

—¡Oh! —contestó;—estaba pensando en que los inquilinos del cuarto principal tienen unos magníficos caballos.

—¡Oh! eso sí, y sobre todo esos,—dijo el portero haciendo alusion á los caballos negros de Mercedes.—no hay otros dos iguales en el mundo entero.

—¿De veras?—dijo nuevamente Gaston.

—Se han buscado para formar un tronco delantero.

—¿Y no se han encontrado?

—No, señor.

—Gaston quiso pasar mas delante, pero el conserge le dijo todavía:

—Dispensadme mi olvido; tengo una carta para vos.

—¡Ah!

Gaston tuvo un nuevo estremecimiento.

El Sr. Emilio me la ha remitido para que se la entregue a Vd.,—añadió el porero.

Al primer golpe de vista, Gaston reconoció un sobre idéntico al de la víspera.

El mismo olor se desprendía de él, Cogió la carta y salió á la calle á leerla.

Tenia la misma letra y el mismo aroma que la carta anterior. La carta decía así:

«No he podido entrar en la iglesia y sin embargo, es necesario que os vea.

»Estad en vuestra casa de la calle de San Lázaro esta noche á las diez y media.»

Por lo visto ya se conoce que Beltran de Morlux habia singularmente modificado sus planes.

Gaston se dirigió á encerrarse en su casa de la calle de San Lázaro y esperó con su alma abandonada á mil suposiciones.

XX.

Olivier permaneció encerrado en su casa durante todo el dia fiel á la palabra que habia dado al señor de Marlux.

A las cinco le entregaron una carta de Mercedes.

«Querido prisionero,—decía la señorita de Valbonne,—¿qué crimen habeis cometido? ¿En poder de qué tirano habeis caído?

»Vuestra carta me ha producido la im-

presion de un estravagante capítulo de novela, y yo espero vuestra libertad, es decir, vuestra visita del lunes.

»Mi padre está hoy un poco indispuesto, y nuestros salones cerrados aunque domingo. Asi pues, hasta mañana.

»Vuestra amiga,

MERCEDES DE VALBONNE.»

«P. D. ¡Ah! me olvidaba deciros por que tengo necesidad de vos.

»Los enigmas me agradan desde luego; despues me estimulan. Los ramitos de violetas llueven todos los dias, y es preciso que vos me ayudeis para descubrir la nube de donde caen.»

Esta carta, llena de jovialidad, acabó de destrozlar todas las ideas de Olivier Beauchene.

—Si Mercedes fuese la mujer que dice Beltran de Morlux, no escribia asi.

Este espera con una febril ansiedad que llegara la noche.

A las diez justas llegaba á casa de Beltran.

El Sr. de Morlux estaba en su cuarto fumando con la flema de un holandés.

—¡Ah, buenas noches, Olivier,—dijo,—sois exacto. ¿Quereis fumar un cigarro?

--Caballero,—dijo Olivier,—vos me permitireis que aguardo frente á frente la actitud de un hombre que espera las pruebas de una reparacion.

—Como querais,—contestó Beltran dejando la cigarrera sobre la chimenea.

Olivier permaneció de pié.

—¿Qué me habeis dicho hace tres dias? dijo.

—Os he dicho que la señorita de Valbonne ama á un hombre indigno de ella.

—¿Dónde está ese hombre?

—En esta casa.

Olivier menospreció estas palabras.

—Entonces sois vos,—dijo.

—Olivier, amigo mio,—dijo Beltran con

flema,—voy á hacer observar que me insultais.

—Cuando me hayais probado lo que habeis adelantado estaré á vuestra disposicion.

El Sr. de Morlux se levantó y abrió la ventana de su gabinete.

—¿Qué haceis?—preguntó Olivier.

—Colocáos aquí y mirad...

La luna clara iluminaba los objetos como en pleno dia.

Al mismo tiempo de decir esto Beltran, un carruaje tirado por dos caballos negros ganaba la calle de San Lázaro.

Olivier se inclinó hácia fuera de la ventana para ver mejor.

—Mirad,—continuó Beltran;—no se diria otra cosa, sino que reconocéis ese cupé

Olivier se estremeció.

—¿No son esos los caballos negros de la señorita de Valbonne?—prosiguió el señor de Morux en tono de burla.

El cupé pasó por debajo de la ventana

y Olivier se hechó hácia atrás con pres-
teza.

Pero el carruaje no se paró á la puer-
ta del número 16, y si continuó el camino
hácia la iglesia de Nuestra Señora de
Loreto.

—¡Y bien! ¿què es lo que prueba esto?
—esclamó Olivier enfurecido,—Mercedes
de Valbonne es una hija pidirosa, y esta-
mos en mayo. Va á Nuestra señora de
Loreto, estamos en el mes de Maria.

El cupé, en efecto, volvía en este mo-
mento la esquina de la calle Bourda-
lone.

—¡Ah! ¿y vos creeis?...—dijo Beltran
riéndose.

—Si no teneis otra prueba...

—¡Pero atended!...

Beltran, entonces, tendió su mano se-
ñalando la puertecilla de nuestra Seño-
ra de Loreto.

—Mirad bien,—dijo.

Una mujer salía furtivamente de la
iglesia con el velo echado sobre el ros-
tro.

Olivier tuvo un momento de confusion espantosa, porque esta mujer tenia el aira y la presencia de Mercedes. Esta tomó le calle de San Lázaro, y vino á pararse delante de la puerta del número 16, es decir, frente por frente á las ventanas de Beltran de Morlux.

Dirigió una mirada rápida y sagaz para asegurarse que no habia sido seguida, y llamó.

Olivier estaba pálido y Beltran la arrastró lejos de la ventana.

—¿La habeis reconocido?

Olivier respondió con una voz bronca:

—Hay mujeres que se parecen tanto...

—¡Ah! y vos creeis que...

—Nada de esto me prueba que sea ella.

—Un momento,—dijo Beltran:—yo mismo voy á daros la prueba.

—¿Cómo?

—Venid.

Beltran cogió á Olivier por el brazo y lo llevó fuera de la habitacion.

—¿A dònde me llevais?—preguntó el jóven.

—Venid...

El baron condujo á Olivier al quinto piso de la escalera principal, abrió la puerta de la posenta de su criado, que tantas veces le habia servido ya de observatorio, apagó la bugía y colocó á Olivier delante de él.

Los dos se encontraron entonces sumidos en la oscuridad. Beltran cogió á Olivier de la mano y le condujo hácia la ventana.

Desde esta ventana se veia el otro extremo del patio, donde estaba la ventana sin cortinas del cuarto de Gaston Lorient.

Este estaba todavía solo.

Olivier y Beltran habian subido muy de prisa.

Gaston Lorient en su actitud demostraba ser víctima de una viva impaciencia; en el mismo instante se estremeció, se levantó y corrió á abrir.

Una mujer entró.

Entonces Olivier tuvo un desvanecimiento tal, que se vió obligado á apoyarse

en la ventana para no caer, porque esta mujer al levantar el velo que cubria su rostro la dió de lleno la luz de una lámpara que habia sobre una mesa.

Al mismo tiempo e la tendió su mano á Gaston, y éste, de rodillas á sus piés, la besaba con delirio.

—¿Dudais aun?—dijo Beltran al oido de Olivier.

Olivier asió con fuerza el brazo de Beltran.

—Salgamos de aquí,—dijo.

Salió de la habitacion sin querer pararse á ver mas. Para él, esta mujer á cuyos piés acababa de echarse Gaston Lorient, era tambien la señorita de Valbonne.

Luego que se hallaron en la escalera, Olivier no dijo una palabra todavia.

Cuando Olivier se encontró en el pasillo del piso principal, á la puerta de la habitacion del Sr. Morlux, le miró fijamente.

—Caballero,—dijo,—no tengo que decir mas que una palabra.

—Ya escucho,—respondió Beltran con calma.

—Hace un mes,—continuó Olivier,—la señorita de Valbonne era á mis ojos la mas casta de las criaturas; hoy, gracias á vos, ha perdido este prestigio. Pues bien, yo os pido una esplicacion.

—¡Vos estais loco!--dijo el señor de Morlux.

—Sea: pero insisto en ello.

—¡Reparad que me insultais!

—Os equivocais...

—¡Cómo!

—No os insulto, sino que os provoco.

—Olivier,—dijo el señor de Morlux,—tened cuidado.

—¿A qué?

—Somos antiguos amigos...

—Mas desde hoy, os desprecio.

—¿Quereis batiros?

—Lo ansio.

—Pues bien, sea,—dijo Beltran:—estoy á vuestras órdenes, mis armas y hora serán las vuestras.

Los dientes de Olivier se chocaban de coraje.

—¡Oh! no; no es así como yo deseo.

—¿Que quereis decir?

—Quiero batirme con vos, pero necesito un pretexto.

—¡Un pretexto!

—Sí, no quiero que se diga que nos batimos por ella.

—¡Ah!

—Venid al club y vereis qué pronto encuentro un motivo.

Beltran parecia que dudaba.

—Caballero,—dijo Olivier,—si no vais esta noche al club..

—Y bien, ¿qué?

—Os tendré por un cobarde.

—Iré, respondió Beltran.

—¿A qué hora?

—Dentro de diez minutos.

—Está bien.

Olivier partiò, tenia la cabeza ardiendo, así es que iba pegado á las paredes, y tropezando á cada paso como un hombre ébrio.

Por fin, llegó al club.

—Pero ¿qué te sucede, Olivier?—le preguntó uno de sus amigos al verle entrar.

Olivier se repuso y respondió:

—Creo que tengo una indigestion.

—¡Bah!

—He comido con mala compañía.

Al mismo tiempo de pronunciar estas palabras el marqués de R... vino á mezclarse en la conversacion.

—Escuchad, marqués,—dijo el amigo de Olivier:—¿vos entendeis...?

—¿De qué se trata?

—Olivier se queja de una indigestion por haber comido con mala compañía.

—¡Ah! ¿de veras?—dijo el marqués.?

—Sí—contestó Olivier.

—¿Y con quién ha comido Vd?

—Con un hombre mal educado, con un rico hidalguil o de provincia.

—¡Ah! ¡ya!—dijo el marqués.

—¿Su nombre?—preguntó un tercer soció del club que habia hecho corro alrededor de Olivier Beauchene.

—¿Tiene Vd. necesidad de saberlo?

—Sí, sí.

Olivier se volvió hácia la puerta y un nuevo personaje entraba en este momento: era este el baron Beltran de Morlux.

—Pues bien;—dijo Olivier señalando á Beltran,—es el señor...

Beltran se detuvo y esperó.

Olivier replicó:

—Señor baron, ¿no poseia Vd. una fortaleza con el nombre de Morfontaine?

—Sí señor,—dijo Beltran.

—¿Y la ha vendido Vd?

—A lord Ervil; la cosa es reciente, ha pasado esta mañana.

—Pues bien;—dijo Olivier,—lord Ervil ha tenido la culpa de poner precio á las cenizas de su abuelo.

—¡Ah! vos creéis...?—dijo Beltran con altanería.

—Sí, porque le basta para obtener su desquite...

Olivier conteniéndose tuvo una sonrisa irónica.

—Le basta,—prosiguió,—con hacer levantar en una de sus fortalezas de Escocia á de Irlanda, una columna con esta inscripcion:

El descendiente de lord Ervil ha partido con el abuelo de Morlux.

—Caballero,—dijo con frialdad el señor de Morlux,—espero una explicacion de esas palabras.

—La tendreis,—dijo Olivier.

—¿Satisfactoria?

—Es muy sencilla y voy á satisfaceros.

Olivier fijò su *lorgnon* en el ojo derecho.

—Querido baron,—dijo lord Ervil,—el del combate de los treinta sabia la inscripcion que iba á ser grabada en su tumba, en el parque de vuestra fortaleza de Morfontaine, porque era un hombre que carecia de cortesía.

—Ciertamente.

—Pues bien; como vos sois un hombre bastante mal educado...

—¡Caballero!

—La columna que propongo, le basta.

—Señores,—dijo Beltran de Morlux volviéndose á los que le rodeaban,—ustedes me harian justicia, de que he soportado con paciencia las impertinencias de Sr. Beauchene,

—Inconcebibles hasta ahora;—dijo el marqués de R...

—Voy á justificarlo con una palabra,—dijo Olivier.

—¡Ah! veamos.

—Entonces, escuchad. El Sr. de Morlux ha estado hoy en el bosque.

—Es cierto,—dijo Beltran.

—Allí se ha encontrado con Carolina.

—¿Quién esa Carolina?—preguntó uno de los que rodeaban á Olivier.

—¿Una mujer hechicera?—contestó Olivier.

—Y bien, la ha acompañado á su casa y la ha ofrecido un pequeño palacio.

—Está en su derecho,—dijo el marqués de R...

—Atended,—añadió Olivier con calma,—Carolina ha rehusado.

—¿De veras?

—Carolina es una mujer honrada.

—Bien.

—Ella ha rehusado, porque...

—¿Cómo? ¿cómo?—dijeron varias voces á un mismo tiempo.

—Porque el señor de Moulux, olvidando un proverbio que dice que los verdaderos nobles no hablan jamás de sus pergaminos, ha alabado de una manera extraordinaria á sus abuelos ante Carolina.

—¿Y despues?

—Despues, ha dicho que mi padre era un villano de Paris, que vendia yo no sé qué.

—Esto es mas grave,—dijeron algunos socios.

—Esperad, no es esto todo.

—¡Ah! ¿hay mas todavia?

Olivier miró á Beltran de nuevo.

—Falta que decir...—dijo.

—Podeis continuar,—respondió el baron con calma.

—Despues de separarse de Carolina,—

continuó Olivier,—el baron ha venido á comer conmigo.

—¿Y entonces?—

—Me ha ofrecido apostar cien luises á que Carolina me abandonaria por él antes de un mes.

—Y vos, ¿qué habeis contestado.

—No he contestado del todo.

—¡Ah!

—He reservado mi respuesta para ahora.

—Ya la espero, dijo Beltran de Morlux.

—Olivier, mi buen amigo,—dijo el marqués de R.,—tened cuidado; tengo un poco de miedo, de que vos vais á ver obligado á levantaros á mala hora mañana.

—Me ha adivinado usted el pensamiento, marqués, porque hé aquí mi respuesta; yo apuesto los cien luises, con la condicion de que el señor de Morlux irá mañana á las ocho al bosque, al lado del jardin d'Acclimatation.

—¡Pero eso es una locura!—gritaron muchos de los socios del club.

—Sea,—dijo Olivier,—pero, ¿quieren ustedes ver cómo la cosa no puede pasar de otra manera?

Olivier se quitó un guante y le arrojó á la nariz del señor de Morlux.

Este le recogió, saludo y dijo:

—Señor de Beauchene, en virtud de la posición en que me habeis colocado, me pertenece escoger armas; prefiero la pistola.

—A vuestro gusto,—dijo Olivier.

Le volvió la espalda y pasó á la sala vecina.

El marqués de R. le siguió.

—Amigo mio, ¿estais loco?

—Es muy posible,—contestó Olivier con voz ahogada.

Luego saludó y abandonó el clud.

A las seis menos cuarto de la mañana siguiente, Olivier Beauchene abandonaba su lecho. Se levantó con calma, hizo una toilette minuciosa, y consultando su relój, se dijo:

—Cuando tiene uno que batirse es

necesario tomar por testigos á dos oficiales.

Mando á buscar á su ayuda de cámara un coche de plaza.

Olivier tenia en su casa pistolas y espadas de combate. Bajó él mismo estas armas al carruaje, subió á él, y dijo al cochero:

—Conducidme á la calle de Verto, cerca de la caserna.

Es jóven se hizo esta reflexión:

—Estamos en el mes de mayo; en esta época del año, los regimientos van al campo de Marte á las cinco y vuelven á las siete; de manera, que encontraré mis testigos en el café mas próximo al cuartel.

Olivier no se equivocaba.

Habia en la esquina de la calle Verte, un café, al que concurrían los oficiales.

Olivier entró y vió dos tenientes que estaban tomando el vermouth de la mañana, se acercó á ellos y le dijo:

—Señores, yo soy compañero de un agente de cambio, bebedor por gusto, y

discipulo de Pons el maestro de armas. Me bato por una mujer dentro de una hora, y no tengo testigos.

Al oir esto, los dos tenientes acabaron un vaso de vermouth, se levantaron, y subieron al fiacre de Olivier.

Veinte minutos despues, llegaban al bosque.

En la altura del pabellon d'Armenonville, Olivier divisó otro fiacre.

—¡Bien!—dijo:—hé aquí mi hombre.

—En efecto, este era Beltran de Morlux, y los testigos que le acompañaban parecían tambien militares.

Luego que abandonó el club el baron, marchó en busca de un antiguo amigo, lugar teniente de barco licenciado, con el cual usó un estilo muy semejante al que habia tenido Olivier con los dos tenientes.

El lugarteniente de barco se encontró con un alférez, y los dos se pusieron á disposicion de Beltran.

Este, lo mismo que Olivier, habia llevado sus espadas y sus pistolas.

—Señores,—habia dicho à sus testigos,—el asunto que aquí me conduce, no puede arreglarse; así dispensadme de toda esplicacion.

Los testigos se inclinaron.

Los alrededores del jardin d'Acelimation tienen un solo parage donde todavía hoy se puede encontrar un sitio, un espacio bastante desierto y bastante oculto, para batirse, sin despertar la vigilancia de los guardias.

—¿Cómo vamos à disponer el combate?—preguntó uno de los testigos de Olivier.

—Precisamente, la pistola;—contestó el lugar teniente de barco.

—Y si el duelo no tiene resultado, ¿se tomará la espada enseguida?

—Naturalmente.

Las pistolas se sortearon.

La fortuna favoreció à Beltran de Morlux. Debían servirse de las suyas, verdaderas pistolas de arzon de dos libras de peso, y que gravitaban demasiado para el brazo delicado de Olivier.

Se colocaron á veinticinco pasos, con facultad de avanzar cinco pasos cada uno, y de disparar á voluntad.

A la tercera palmada dada por el lugar teniente de barco, Olivier hizo fuego sin abandonar su puesto.

—Demasiado pronto, murmuró el señor de Morlux que no fijando la puntería hizo fuego á su vez.

Una cosa rápida como el viento, pasó rozando los rubios cabellos de Olivier.

Era la bala del Sr. de Morlux.

Olivier entonces avanzó los cinco pasos y apuntó de nuevo.

El Sr. de Morlux esperó.

La bala de Olivier pasó un pié por encima de la cabeza de su adversario.

Jamás Olivier habia tirado tan mal y no era el peligro el que habia hecho temblar por dos veces la mano de Olivier, no; era que pensaba en Mercedes de Valbonne á quien tanto habia amado y que el dia antes habia visto en una boar-dilla con un hombre á sus piés.

Beltran de Morlux tenia todavía una bala en su mano.

De repente, Olivier le vió levantar el brazo y hacer ademan de tirar al aire.

—¡Oh! no, no,—esclamó,—apuntad, caballero, apuntad; no quiero ninguna generosidad vuestra.

—Como Vd. quiera,—respondió Beltran con su flemma ordinaria.

Bajó el brazo é hizo fuego.

Olivier sufrió una sacudida violenta, giró sobre sí mismo y se tambaleó un momento, pero permaneció de pié.

Los testigos acudieron.

Olivier estaba palidó, pero sonriente.

—Creo que tengo roto el brazo derecho,—dijo.

En efecto, quiso levantarle y no pudo; la sangre corria en abundancia.

Los dos oficiales quisieron hacerle subir al carruage, y volver á Paris, pero Olivier se opuso.

—Tenemos que batirnos con la espada,—dijo.

—Caballero,—dijo Beltran de Morlux

aproximándose,—se halla Vd. fuera de combate.

—Ya veo que carece Vd. de memoria,—respondió el joven.

—¿Yo?...

—Sí, porque ha venido Vd. conmigo mas de veinte veces á la sala de armas, y sabe Vd. muy bien que tiro con la mano izquierda.

Beltran quiso ejecutar fielmente, merced á la obstinacion de Olivier, las condiciones del programa.

—No quiero matarle,—pensó el señor de Morlux,—tengo necesidad de él para vengarme de Mercedes.

Los dos adversarios se pusieron en guardia.

El brazo derecho de Olivier colgaba inerte á lo largo del cuerpo.

Pero Olivier era uno de los mejores tiradores de Paris y se servia de la mano izquierda mejor que de la derecha.

Atacó á Beltran con tal ímpetu, que le cercó desmesuradamente y le forzó á romper sus principios.

Beltran. algun tanto as mbrado de esta impetuosidad, tomó su sangre fria y se puso á la defensiva.

Por dos veces, la espada de Olivier rozó su brazo. y una mancha de sangre apareció en la manga de la camisa.

—¡A fé mia! ¡tanto peor!—se dijo,—acabará por matarme.

Y acordándose á propósito de una estocada grosera, pero terrible, que en su juventud habia aprendido de un capitán de armas abordo de un navío, obligó á Olivier á que se descubriera, y le dió dos ó tres golpes sucesivos.

Olivier dió un grito, grito puramente nervioso; poco despues. la espada se escapò de su mano y cayó.

—Esta vez,—murmuró Beltran de Morlux volviendo la espalda,—podria haberle muerto.

Un hombre se deslizó por los lados de Olivier: ¡Mercedes!

Despues arrojó una bocanada de sangre y cerro los ojos.

XXI.

Retrocedamos ahora á la noche anterior del combate, y entremos en la habitacion donde la falsa Mercedes de Valbonne acababa de producir un gran asombro á Olivier Beauchene.

Se ha dicho que la verdad no siempre es verosimil, y en esta ocasion el proverbio tenia razon.

Berta Langevin, la esclava dócil de Beltran de Morlux, se parecia tanto á Mercedes, que únicamente el Sr. de Morlux habia encontrado una ligera diferencia en la voz.

Esta diferencia debia escapársele á Gaston, que tan solo por dos veces habia oido la voz de Mercedes.

Se echó á sus piés y la besó la mano. Berta le dejó y le miraba con ternura.

—¿Vos me amais?—dijo.

— ¡Oh! mi vida diera por vos,—contestó Gaston.

— ¡Oh! no es necesario...—añadió levantándole y haciéndole sentar á su lado.

— ¡Ah!—dijo,—no sabeis lo que me ha sido preciso inventar {para concederos diez minutos. No soy libre... se me persigue...

Gaston se embriagaba en su mirada, la escuchaba hablar, y sentía el gozo que se apoderaba de su corazón.

Berta sabia admirablemente su papel, porque habia tenido por la mañana un ensayo con Beltran.

— ¿Luego,—continuó,—es por mi amor por lo que aprendeis la esgrima, y por lo que montais á caballo?

— Sí;—dijo Gaston.

— ¿Quereis llegar sin duda á ser hombre de mundo?

Al mismo tiempo que Berta le decia esto sin manifestar agravio, Gaston contestó:

—¡Ah! es que he csado poner en pràctica un sueño insensatò,..

—Ningun sueño es insensato, pues es fácil realizarlos, —contestó.

Gaston dió un grito de gozo, y cayó de rodillas. Despues continuó:

—Yo bien sè que vos sois muy rica... pero mi padre tambien tiene dinero... mucho dinero...

—¿Y esto á mí qué me hace?—dijo ella sonriendo.—Mi padre me deja dueña de mi mano.

A estas palabras, Gaston le parecia que el Paraíso se abria para él.

Mas Beltran de Morlux no era hombre de fraguar sin destreza tal comedia; habia recomendado muy bien á Berta que no proloagara la visita, y que desde luego ofrecia á Gaston otra nueva cita. Así fuè que la falsa Mercedes dijo á Gaston:

—Apenas dispongo de diez minutos esta noche; mi carruaje està á la puerta de la iglesia, y me retiro, pero volveré.

—¿Cuando?—preguntó Gaston.

--Mañana.

—¿A la misma hora?

—Sí.

Berta dejó que besase su mano, y como Gaston se pusiera delante de ella de rodillas, ella rozó su frente con sus labios y huyó.

Gaston embriagado de placer, oyó el roce del vestido perderse por la escalera.

Se puso á la ventana, la vió atravesar el patio, y cuando el ruido de la puerta, que volvía á cerrarse, llegó á su oído, le pareció que una cosa había huido de él. Entonces, sin sentido, calenturiento, como todo el que ama, abandonó su cuarto y partió: tenía necesidad de aire, porque allí se ahogaba.

Presa de una vana esperanza echó á correr hasta la calle de la Chaussée d'Antin, diciéndose:

—Puede ser que todavía esté en la iglesia, y por poco que haya permanecido, todavía puedo verla entrar.

Cuando llegó á la puerta de la casa

donde vivia Mercedes, no se atrevió á llamar y se ocultó bajo el pórtico; pero casi al mismo tiempo oyó en el interior del patio ruido de pisadas de caballos y la voz de un criado que gritaba al portero:

—Abrid la puerta.

Gaston se retiró y un carruaje salió.

Este era el cupè azul de Mercedes, tirado por los dos caballos negros.

Pero ¡cosa rara! Gaston pudo ver á Mercedes en traje de baile. Mercedes que acababa de separarse de él en traje de calle, no habia aun veinte minutos; y lo mas extraño todavía era que, con motivo de haber llovido un poco, habia llovido en la calle, y sin embargo el carruaje no tenia ni una sola mancha y parecia que acababa de salir de la cochera.

El hijo del platero permaneció fijo y con la vista esquiva sobre la acera, entre tanto que el cupé se alejaba á un trote largo.

El portero vino á cerrar la puerta y le vió.

—¡Hola, señor Gaston!—dijo,—¿ha visto Vd á la señorita de Valbonne?

—Sí.—Contestó Gaston, que parecía salir de un sueño.

—Va al baile.—prosiguió el portero.

—¡A!...

—La ha sucedido una cosa muy extraña.

—¿Y qué ha sido?—dijo Gaston.

—La señorita de Valbonne ha estado esperando desde las ocho á la modista y al peluquero, y no han venido ni el uno ni el otro.

—¿Cómo!—esclamó Gaston.—¿Ha dicho Vd. que ha estado esperando desde las ocho...?

—Sí; y el criado ha ido en su busca lo menos diez veces.

—Pero.—dijo Gaston que empezaba á perder la cabeza,—¿la señorita de Valbonne no ha salido?

—No:—dijo el portero.

—¡Bah! si yo lo he visto en...

—¿Dónde?

—En Nuestra señora de Loreto.

—Es imposible, la señorita Mercedes ha comido aquí

—Pero ¿ha salido?

—No.

—Sí; llevaba el cupé, la he visto yo en la calle de San Lázaro.

—Ha visto Vd. muy mal,—dijo el portero;—el cupé no ha salido de aquí, y lo que es mas, le han limpiado un poco antes de ser noche.

—¡Oh! esto va á volverme loco,=murmuró Gaston.

Subió bruscamente á casa de su padre preguntándose á sí mismo, si su entrevista con Mercedes habia sido un sueño, ó cómo está, en veinte minutos, habia podido disponer de su toilette de baile.

.....
José Lariot estaba ausente.

Hacia un mes que el mismo Gaston habia observado que su padre modificaba su modo de vivir y que no traia su vida antigua.

Parecía que el padre Lorient se había despojado, como vulgarmente se dice, de su piel vieja, y había tomado una mas nueva.

Ya no era aquel trabajador áspero, sombrío, que no pensaba mas que en las ganancias, que pasaba las noches enteras delante de la mesa del trabajo, y que no salia del taller mas que para ir à casa de sus clientes ó à casa de los joyeros que le daban trabajo.

Hacía quince dias que Lorient estaba continuamente en movimiento.

Salía à buena hora y volvía muy tarde.

Un dia Emilio, el amigo de Gaston, le vió entrar con una hoja de la Bolsa en la mano. Desde entonces el portero tenía orden de comprarla todos los dias tan pronto como apareciese.

El señor Lorient, jugaba à la Bolsa.

Emilio no se había atrevido à dar parte de este descubrimiento à su amigo Gaston. Este, en vez de subir à su cuarto, entró en la habitacion de su padre.

Su cuarto, amueblado con sencillez, no tenía vistas á la calle, porque tenía las ventanas en los techos, y Gaston desde allí no veía el balcon del primer piso, este balcon, sobre el cual todos los dias dejaba caer un ramo de violetas.

Una vez en la habitacion de su padre, abrió la ventana del taller y fijó su vista en aquel balcon.

Sabia muy bien que Mercedes no estaba en casa; pero para los que aman es siempre un placer contemplar el sitio donde ven algunas veces el ser amado. Allí permaneció ensimismado, perdido en su desvario, y en presencia de un probable irresoluble.

La siorée avanzaba, la media noche llegó, la calle se quedó desierta. Su padre no volvía.

Por fin, el ojo esperto de Gaston se fijó en el bulto de una persona que volvía la esquina de la calle de Provence.

Reconoció en el aire y en la presencia de aquella persona, á su padre, que cru-

ba en aquel momento el círculo luminoso de un mechero de gas.

Casi al mismo tiempo, otra persona que descendía por el boulevard se encontró frente á frente con Lorient, bajo la misma ventana donde Gaston estaba apoyado.

Entonces Lorient y el hombre del boulevard se pusieron á hablar. Gaston les vió alejarse, despues volver, luego alejarse mas todavía, y hacerse ni mas ni menos, que lo que hacen esos paseantes nocturno que se acompañaban mutuamente durante horas enteras. Este incidente desvaneci6 por un momento el hombre de Mercedes de la mente de Gaston, habia reconocido á su padre, y se preguntaba, qué es lo que podia tener con aquel desconocido que hablaba con él.

Los plateros y todos los cinceladores de metales usan en el ejercicio de su profesion anteojos y lentes de gran poder.

Gaston corri6 á la mesa de trabajo de

Emilio, tomó uno de estos lentes y volvió á colocarse en la ventana.

Como Lorient y su interlocutor se paseaban á lo largo, y pasaban de vez en cuando por el círculo de la luz proyectada por un mechero de gas, dirigió su vista á través de la lente aquella claridad, y esperó.

En el mismo momento que los dos paseantes llegaban al foco de la luz, el interlocutor de Lorient se quitó el sombrero, y se limpió la frente.

Gaston se estremeció.

—¡Oh!—dijo,—ese hombre es el joven que habita el piso principal de la calle de San Lázaro.

Gaston habia reconocido á Beltran de Morlux.

—¿Qué puede tener con mi padre? ¿De qué le conoce?—se preguntaba.

Su curiosidad aumentó.

Mas al poco tiempo, Lorient y Beltran se separaron.

Entre tanto que este último subia la calle de la Chaussée d'Antin, Lorient lla-

mó, y desapareció de la vista de Gaston tras de la puerta.

—Es necesario que yo salga de aquí,
—dijo el jóven.

Como raramente dormia en aquella habitacion, Gaston se dijo con razon que su padre, al entrar, no pensaria encontrarle allí.

Entonces pasó á un cuarto oscuro, una pieza de deshecho, en la cual habia un monton de muebles viejos, y cuyo techo era el piso del taller del platero.

Se subió sobre una mesa, pegó su rostro al techo y miró por un agujero.

Loriot, su padre, entró con el rostro encendido.

Cuando encendió su lámpara, Gaston le vió sonreirse como deben hacerlo los ángeles malos; sus ojos brillaban de una manera estraña, sombría, y su marcha oprimida demostraba un gozo profundo.

Poco despues vo vió á pasearse á lo largo del cuarto, frotándose las manos, gesticulando, parándose bruscamente y murmurando palabras entrecortadas.

Pos fin, una frase mas clara, mas sonora, llegó à través del suelo, cuyo marco juntaba mal con el tabique, al oido de Gaston Lorient.

El platero decia:

—¡Ah! señor Valbonnette de Valbonne, veinte años he trabajado para conseguir vuestra ruina... mas creo que la hora de mi venganza ha sonado ..

Al oir estas palabras, Gaston sintió que sus piernas flaqueaban y cayó de espalda.

.
.

XXII.

La señorita de Valbonne habia ido á un baile y no volvió hasta muy entrada la noche. Sin embargo, la mañana siguiente á las nueve ya habia abandonado el lecho sin ayuda de la doncella, se

envolvió en un peinador y se sentó al lado del fuego.

La causa de la meditacion de Mercedes era bastante extraña.

Procedia esta desde su encuentro del dia anterior con Gaston Lorient.

Desde el accidente de la *Marche*, Mercedes habia pensado muchas veces en su salvador. Desde luego que ella se sorprendió de que no viniera á recibir las gracias, y desde su encuentro con él en el bosque, Mercedes se habia sorprendido ante una idea que la agradaba.

—¡Quién sabe,—decia,—si el misterioso ramo de violetas es él quien me lo envia!

Por fin luego al medio dia se habia encontrado con Gaston á la puerta de su casa. ¿A dónde iba?...

Durante todo el dia estuvo impaciente. Veinte veces una pregunta se habia deslizado por sus labios, entre tanto que sus ojos iban y venian alrededor de ella: y veinte veces no se habia atrevi-

do à preguntar. En fin, por la noche y entre tanto que su doncella la vestia, la preguntó con negligencia:

—¿Hay muchos inquilinos en esta casa?

—Sí, señorita.

—¿Quièn habita el piso segundo?

—Un agente de cambio.

—¿Y mas arriba?...

—Una vieja señora.

—Pero todavía hay dos pisos mas.

—El cuarto está desalquilado.

—¿Y el quinto?

—Lo ocupa un platero.

—¿Jóven, ó viejo?

—Son dos; padre é hijo. El padre tiene los cabellos todos blancos. El hijo es un jóven de veinte y dos años poco mas ó menos.

Mercedes no dijo una palabra mas.

Mas á las dos horas despues, dijo al jokey entre tanto que abria la portezuela del cupé, y que su padre que la acompañaba al baile se ponía los guantes á dos pasos de distancia:

—Juan, ¿has reparado en el jóven que me saludó esta mañana?

—Sí, señorita.

—¿Le conoces?

Sí; es un vecino de la casa: el señor Gaston Lorient.

—¡Ah!—dijo Mercedes aparentando indiferencia.

Entonces subió al carruaje tan preocupada y pensativa, que no vió á Gaston que se ponía de nuevo ante su paso.

Esta preocupación fué producida sin duda ninguna por las revelaciones de sus criados, así fué que la señorita de Valbonne no se divirtió en el baile, ni se distrajo con las conversaciones ni con nada de todo lo que le rodeaba; durmió poco, y se levantó temprano.

¡Cosa rara! aquel día por la primera vez después de muchos días, dudaba sobre abrir el balcón y ver si el ramo se encontraba allí; mas después de una hora de vacilación, se levantó decidida y abrió.

—¡Engaño!

Por la primera vez, el ramo faltaba del balcon.

Entonces la señorita de Valbonne, se hizo esta reflexion:

—Si el ramo me lo envia él, ¿por qué no me lo mando despues que me ha visto ayer?

Mercedes frunció las cejas y se mordió los labios de despecho.

--Felizmente,--continuó,--mi amigo Olivier va á venir. Todavía me queda un bonito enigma que descifrar...

Cogió el tirador y llamó.

—Julieta,—dijo á la doncella,—decid á Juan que venga.

Cuando el criado entró, le dijo

—Id á la calle de Helder á casa del señor Olivier Beauchene y decidle que mi padre le espera para almorzar.

El criado salió y Mercedes volvió á pensar en el ramo de violetas.

Pero Juan volvió aceleradamente.

—¡Ah! señorita,—dijo,—si Vd. supiera... ¡que desgracia!

—¿Qué sucede?—esclamó Mercedes levantándose con presteza.

—El Sr. Olivier se ha batido esta mañana.

Mercedes dió un grito.

—Ahora acaban de traerle, — continuó el criado.—Los médicos han dicho que puede morir.

Al acabar de decir esto, Juan, ya se habia puesto Mercedes el sombrero y un chal sobre sus hombros, pues amaba á aquel hombre como á un hermano, por mas que no habia querido ser su esposa.

—¿Pero con quién se ha batido?

—Con el Sr. Beltran de Morlux.

Mercedes, al oir este nombre, dió un nuevo grito.

Se lanzó fuera de la habitacion y corrió á casa de Olivier sin pensar ella misma en lo estravagante de su marcha.

XXIII.

Al volver del baile á donde habia acompañado á su hija, el Sr. Valbonnette

de Valbonne no se acostó, sino que se encerró en su despacho inquieto y receloso.

Jamás desde que el barquero tenia cuidados asiduos, había estado más sombrío y más agitado.

Esto procedia de que en el baile donde había estado se había encontrado con hombres políticos y militares valientes que le habían convencido de que la guerra era iminente.

Si la guerra estallaba antes de un mes, el Sr. de Valbonne, como había dicho su cajero, estaba medio arruinado, pues todo lo tenía empeñado á la alza. Desde hacia algunos dias, un empleado de la casa tenía orden de ir á comprar á la imprenta un diario de la tarde, el cual traia noticias concernientes, y el boletin telegráfico.

Mas aquella noche tan preocupada estaba el banquero, que al entrar, no se acordó de pedir el boletin, el cual no obstante debia estar ya en casa del portero.

Pasó el resto de la noche víctima de la mas viva ansiedad, y así que fué de dia pidió sus diarios. El primero que cayó en su manos fué el *Journal des Debats*, el cual encabezaba sus columnas con el siguiente despacho telegráfico:

«Los austriacos han pasado el Min-cio.»

El diario se cayó de sus manos.

—Estoy perdido,—murmurò,—He perdido mas de dos millones con esta declaracion de guerra.

El señor de Valbonne estaba dotado de una energía suprema. Despues de permanecer un momento abatido y aterra-do, se levantó repentinamente decidido á hacer frente à la borrasca.

Por lo demás era un hàbil financiero de una inteligencia alta y que encontraba recursos favorables aun en los momentos mas desesperados.

Pasó una hora con la cabeza entre sus manos, presa de una meditacion profunda; despues llamó y mandó en busca de su cajero Sr. Hipólito Legrand.

—Si no está todavía en las oficinas, que le busquen en su casa,—dijo.

Apenas eran las ocho de la mañana y, en efecto, el cajero no podía estar en las oficinas.

Como la mayor parte de los empleados casados y poco afortunados, el señor Legrand habitaba en un arrabal en los Bagnolles, calle de la Iglesia.

Fueron en su busca, mas ya eran las nueve cuando llegó á casa del banquero.

Ya el Sr. de Valbonne habia entablado un plan hábil y de un arrojio gigantesco.

Cuando el señor Hipólito Legrand llegó, ya le encontró en calma.

—Legrand,—dijo,—hemos jugado sobre los caminos de hierro lombardos, sobre la renta piamentesa y sobre otros tres ó cuatro valores que esta tarde sufrirán una baja enorme.

—Cierto,—dijo el cajero.

—Si no pongo á la baja hoy por la mañana, y no juego el todo por el todo, estoy arruinado.

—Lo temo,—contestó el cajero.

Entonces el banquero desenvolvió su plan y el señor Hipólito Legrand no pudo contenerse de decirle:

—Si os atreveis á hacer eso, estamos salvados

—Lo haré. Me hacen falta dos millones de dote para mi hija.

—Pero, señor,—dijo el cajero,—para hacer este juego, es preciso un millon en títulos.

—Y bien, ¿no lo tenemos?

—No; lord Ervil nos tiene desbaliados.

—Pues haced un factura y pedid un millon á la banca.

El Sr. Hipólito Lengrad salió para obedecer

Desde hacia cuarenta años, el papel de la casa Va bonnette de Valbonne tenía grande estima en la banca.

El padre del banquero actual había sido regente por dos veces.

El Sr. de Valbonne vió partir á su cajero sin experimentar la menor emocion.

A las diez y media, el Sr. Hipólito Le-grand volvió precipitadamente.

—Señor, dijo con una voz ahogada y bronca,—tomad una de vuestras pistolas y matadme... lo merezco. .

El Sr. de Valbonne retrocedió aturdido.

—Soy un miserable,—dijo el cajero cayendo de rodillas.—Os he engañado, pues he probado en la bolsa que yo jugaba por vos.

—¡Miserable!—gritó el Sr. de Valbonne enfurecido.

—Se ha sabido en la banca,—añadió el desgraciado cajero...—y acaban de rehusar vuestra firma.

El señor de Valbonne, víctima de un acceso de corage, se arrojó sobre el cajero para estrangularle entre sus manos. Pero en este momento la puerta de su despacho se abrió bruscamente, y Mercedes, pálida, conmovida, con la vista ofuscada y retorciéndose las manos de desesperacion, entró gritando:

—¡Padre! ¡padre! ¡creo que voy á volverme loca!...

.

XXIV.

Para comprender mejor la llegada repentina de la señorita de Valbonne al cuarto de su padre y la desesperacion que manifestaba, es necesario seguirla á casa de Olivier.

Mercedes, como ya hemos dicho, amaba á Olivier como á un hermano.

Habian sido educados juntos, y estas dos selectas naturalezas, muy semejantes y apropósito para amarse, se profesaban una amistad sin límites.

Olivier se habia batido, Olivier estaba herido.

Esto era lo bastante para que Mercedes corriera á su casa.

El jóven habitaba una bonita habitacion de soltero en la calle de Helder, y á dos pasos de la casa ocupada por su madre.

Mercedes entró en su casa ligera como

el viento, atravesó el salón, el gabinete, y entró en el dormitorio donde se encontraban todavía los dos oficiales que habían servido de testigos á Olivier, y un médico que había buscado á toda prisa.

La señorita de Valboone tenía cierto aire de majestad, y al verla tan pálida, tan conmovida, los dos oficiales no dudaron ni pensaron nada de ella.

—¿Era esta la hermana de Olivier?

Al primer golpe de vista conocieron que no era tampoco su ama de gobierno.

Entonces se retiraron á la pieza vecina, saludando á la jóven con respeto.

Tan solo el médico permaneció á la cabecera de Olivier.

Mercedes se detuvo muda y temblorosa en el umbral de la puerta.

Desde allí vió al jóven acostado, con el rostro pálido, la vista febril, y en ese estado de suprema debilidad que parece ser el precursor de una muerte próxima. Algunas gotas de sangre jaspeaban la batista de las sábanas.

A la presencia de Mercedes, Olivier quiso incorporarse, pero su debilidad era tal, que no pudo hacer ni un movimiento.

Ella se precipitó entonces hácia él y le cogió una mano.

Por los lábios del herido se deslizó una sonrisa inesplicable.

De repente, dos gruesas lágrimas resbalaron por la mejillas de la jóven. Al verlas, el herido la dijo á media voz:

—Esto no será nada .. El doctor dice que .. curaré.

En presencia del mudo dolor de Mercedes, el doctor suplicó mas tardamente á Mercedes el mismo sentimiento de reserva respetuosa que habia pedido á los oficiales; no obstante, él no abandonó el campo.

—Señora, —dijo á Mercedes, —el señor Beauchene está en una situacion demasiado grave, pero no sin esperanza. Solamente que necesita grandes cuidados, y sobre todo evitar que hable largamente.

Mercedes hizo una seña de conformidad á estas palabras, y vino á sentarse cerca de Olivier.

Entonces solamente el doctor salió.

Olivier se dejó coger de nuevo la mano por Mercedes, y despues se puso á mirarla con una indecible tristeza.

Mercedes pesmanecia muda, obedeciendo menos á las recomendaciones del doctor que á un sentimiento de rubor y de remordimiento todo á la vez.

En el momento que Olivier se habia batido con el Sr. de Morlux, era evidente que se habia batido por ella.

Mercedes dudaba sin preguntarle los detalles de tan funesto suceso, ó nó.

Mas Olivier tuvo una sonrisa, y mirándola fijamente, la dijo:

—Mercedes, habeis hecho muy bien en venir á verme.

Ella le apretó la mano silenciosamente, porque tal era su emocion, que le era imposible pronunciar una palabra.

Olivier replicó.

—El doctor dice que me salvará; pero

estamos en el estío, es muy mal tiempo para las heridas. Tengo una bala en el brazo, dos estocadas en el cuerpo, y no es necesario tanto para morir.

—¡Oh!—callad, callad, Olivier,—dijo Mercedes volviendo á recobrar el uso de la palabra.

—Es que esto no lo digo por mí,—continuó Olivier,—sino por vos.

Mercedes, no comprendiendo nada, le miró con estupor.

Olivier añadió:

—Vos acercareis si pensais que habeis sido la causa de haberme batido.

—¿Yo?—dijo.

—Ese hombre es un miserable.

—¡Oh! dijo Mercedes,—ya lo sè, pues ya me ha hecho todo el mal que podia hacerme.

Olivier movió la cabeza en sentido negativo.

—Os equivocais,—dijo.

Y como su rostro indicaba un asombro natural, Olivier la cogió á su vez la mano:

—¿Vos le amais?—dijo.

Mercedes dió un grito.

—¡Yo, yo!—dijo,—yo amar á ese despreciable Morlux! ¡Oh! me ha calumniado.

—No hablo de él,—contestó Olivier, cuya voz se debilitaba y cuya mirada perdía su brillo por momentos.

—¿Pues de quién hablais?—preguntó Mercedes.

—Vos lo sabeis, hablo del otro,—balbuceó Olivier.

Cerró los ojos, Mercedes dió un grito de suprema angustia; le creyó muerto.

Al grito de Mercedes, el doctor acudió y vió á Olivier desmayado.

—¡Ah! señora,—dijo,—rogad á Dios que no me lo habeis muerto.

—Pero decid, ¿tenia delirio?—esclamó la jóven con locura.

—Sin duda,—contestó el doctor, no comprendiendo el verdadero sentido de la pregunta que Mercedes acababa de hacerle.

—¡Ah!—dijo obedeciendo à un primer sentimiento de egoismo.

Mas despues, arrodillándose cerca de Olivier desmayado, y juntando las manos en actitud suplicante, dijo al doctor:

—¡Ah! caballero, ¡salvadle, salvadle!

El doctor era un hombre ya viejo y no comprendia gran cosa las borrascas del corazon. Sin embargo, como era un hombre hábil en su arte, pensó que la presencia de Mercedes debia provocar sérios desórdenes en la organizacion nerviosa del herido, y así fué que dijo à la jóven con acento duro:

—Si quereis que le salve es preciso que salgais de aquí, porque veo que vuestra presencia le hace mucho daño.

La señorita de Valbonne salió desatinada fuera de sí misma, por las misteriosas palabras de Olivier Beauchene.

Volvió á su casa, se encerró en su tocador, y sentándose se puso á reflexionar esta pregunta incontestable para ella:

—¿Pero de quién me ha querido hablar, diciéndome: «¿Vos le amais?»

Recordaba y aprobaba la pregunta que hizo al médico, de si Olivier deliraba: mas por otra parte recordaba la sonrisa melancólica de Olivier, su voz dulce y triste al decir esto, y la mirada tranquila á despecho de la fiebre.

—Sí.—decia,—he sido calumniada... calumniada por un hombre que he tenido loco á mis piés, que me aborrece, y que quiere vengarse.

Por un momento tuvo el pensamiento de confiar á su padre lo que acababa de sucederla; otras veces pensó ir ella misma sola en busca del Sr. de Morlux, y pedirle una esplicacion de las palabras de Olivier.

Pero un nuevo suceso vino á acabar de trastornarla la cabeza.

—¡Señorita! —dijo su doncella sacando la cabeza por la puerta entreabierta.

Mercedes se levantó con viveza de la butaca donde se hallaba sepultada, teniendo la frente entre sus manos, y buscando medio de reunir sus ideas trastornadoras.

—¿Que quieres, Julieta?

La doncella entrò con una bandeja en la mano y sobre ella una tarjeta.

Instintivamente, antes de tomar la tarjeta, Mercedes dirigió su vista al péndulo de la chimenea; este marcaba poco, mas de las diez y media.

—Este jóven insiste por ver á la señorita, —dijo la doncella.

Los ojos de Mercedes se fijaron sobre la tarjeta y leyó este nombre:

GASTON LÓRIOT.

Es decir, el nombre del hombre que ya la habia salvado una vez.

El corazon de Mercedes latió con violencia, y una esperanza inmensa, insensata, penetró en el interior de su lacrado corazon.

Este hombre la traía acaso la luz en medio de las tinieblas profundas donde hacia una hora se hallaba sumergida.

La doncella continuó:

—Ya he dicho á ese jóven que la seño-

rita no estaba vestida y que no podía recibirle...

—¿Y ha insistido? —preguntó Mercedes.

—Me ha contestado: «Decid á la señorita de Valbonne que esta visita tiene un gran interés para ella.»

—¿Y donde está?

—En el salon.

—Hacedle entrar.

Mercedes puso con prisa un poco en órden su toilette matinal.

Dos minutos despues Gaston Lorient entró.

Entonces empezó para Mercedes una escena estraña y que recordaba el tercer acto de la *Señorita de la bella isla*.

—Por tímido que sea un hombre acaba por cobrar valor cuando se cree amado por una mujer.

Gaston habia tenido entre sus manos el dia ántes las de Berta Langevin, que tomó por Mercedes de Valbonne.

—Señorita,—dijo, entrando y saludando á la jóven con una respetuosa familiari-

dad que pareció admirar á Mercedes,—creedme, es preciso que me haya visto impulsado por las circunstancias de la mas alta gravedad para atreverme á franquear el suelo de vuestra casa.

A pesar de su agitacion, Mercedes, al encontrarse vis á vis con Gaston, recobró su calma y esa facilidad perfecta de la mujer educada en el gran mundo.

Pero, caballero, —contestó al jóven indicándole una silla,—¿no teneis permiso para venir á vernos?

—¡Ah! —dijo Gaston.

El desgraciado habia olvidado su encuentro con Mercedes á la puerta de su casa, y todo su pensamiento se trasladaba á la entrevista de la boardilla con la rival de la jóven. Por otra parte, estaba pálido y un poco conmovido.

—¡Ah! —dijo,—señorita, si no hubiera sido por preveniros una enorme desgracia, hubiese esperado hasta la noche.

—¡Hasta esta noche! —dijo Mercedes asombrada.

Gaston la mirò con cierto aire misterioso y de inteligencia.

—¿No debía yo veros esta noche?—
anadió.

—Caballero,—replicó Mercedes, que no comprendia nada de cuanto la hablaba;—
si venis con el propósito de que descifre un enigma...

En el alma de Gaston tuvo lugar todavía un extraño *quid pro quo*, miró alrededor de él, dijo para sí: «Puede ser que en la pieza vecina nos espíen, y ella tema que nos entiendan». Entonces creyó reparar su descuido, diciendo:

—Sí, señorita; yo contaba tener el honor de presentarme en vuestra casa esta noche.

—¡Ah! eso es diferente...

Mercedes esperó.

Gaston replicó, continuando mirándola con aire receloso.

—Señorita, ¿vuestro padre tiene enemigos?

Mercedes se estremeció: creyó que Gas-

ton la iba á hablar de Beltran de Morlux.

—Es muy fácil que mi padre tenga enemigos,—dijo con frialdad;—es rico, y no se perdona nunca á la fortuna.

—Es cierto,—continuó el jóven.—Tiene enemigos encarnizados que piensan arruinarle.

La brutal franqueza de Gaston tuvo un resultado muy diverso de lo que esperaba.

Mercedes se levantó de la silla llena de orgullo y de desden.

—Caballero, agradezco á Vd. mucho el cuidado que ha manifestado por nosotros; pero creo que se alarma V. sin motivo; la persona de mi padre es inespugnable, lo mismo que su reputacion.

—Pero, señorita...

Mercedes dió dos pasos con dignidad hácia la puerta, anunciando á Gaston con esta actitud, que le rogaba que saliera.

Gaston, desorientado, balbuceó algunas palabras sin sentido, y dió un paso há-

cia la puerta dando vueltas al sombrero entre sus manos...

Mercedes le acompañó hasta la puerta. Su frente estaba altiva, sus labios desdenosos, y sus ojos le dirigian frias miradas.

Gaston no pudo ser dueño de sí mismo por mas tiempo, y la dijo por lo bajo:

—Mercedes, sin duda se nos escucha... pero esta noche... es preciso que os explique...

La jóven dió un grito, la habia llamado Mercedes sin haberle dicho una palabra, y la decia: «esta noche»...

Entonces la señorita de Valbonne, fuera de sí, le cogió por un brazo y le arrastró de nuevo al medio del gabinete, diciéndole con una voz breve y chillona,

—¡Pero explicaos, caballero..., explicaos.

—¡Mercedes!...—replicó en voz baja.

—¡Ah! ¡esto es demasiado! —esclamó.

—¡Os atreveis á hablarme así!...

Gaston retrocedió aturdido.

—¿Pero, desde cuando,—gritaba,—tenéis permiso para darme mi nombre?

—Mas... ¿ayer noche,—balbuceó,—no me llamabais Gaston?

—¿Ayer noche?...

Mercedes pronunció estas palabras con el acento de la locura.

—Ayer noche... en mi casa...—añadió. Este fué el último golpe.

—¡Ah!—esclamó Mercedes,—¡este hombre ha perdido la razón..!

Y loca, desesperada, furiosa, repeliendo á Gaston anonadado, se lanzó con direccion al gabinete de su padre, donde la hemos visto entrar retorciéndose las manos y gritando:

—¡Padre! ¡padre! ¡creo que voy á volverme loca..!

Lo estaba en efecto. El señor de Valbonne, á la presencia de su hija en aquel estado, se repuso, olvidando el golpe tan terrible que acababa de sufrir.

El banquero habia desaparecido y no quedaba mas que el padre cariñoso que veia

á su hija delirante. La cogió entre sus brazos, gritando á la vez:

—¡Pero yo tambien estoy loco, loco! ¡pero es porque te veo llorar!

Mercedes lloraba, en efecto; dos torrentes de lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Refirió á su padre, quien con un gusto imperioso habia despedido al cajero, todos estos enigmas que desde por la mañana la habian puesto en tortura.

Refirió con una voz entrecortada por los sollozos, el duelo de Olivier, sus misteriosas palabras, y su incomprensible entrevista con el jóven que habia venido á anunciarla la próxima ruina de su padre.

El señor de Valbonne tenia á su hija sobre las rodillas, y la escuchaba sin comprenderla al mismo tiempo que enjugaba sus lágrimas abrasadoras con sus caricias.

—Luego de pronto exclamó.

—Pero ¿dónde has dejado ese jóven? ¿dónde está?

Y cogiendo á su hija por la mano, salieron fuera del gabinete y corrieron á la habitacion donde habia dejado á Gaston; pero Gaston no estaba allí...

El Sr. de Valbonne entonces se cogió á todos los cordones de las campanillas y llamó á los criados, preguntándoles si habian visto salir al jóven que habia tenido el atrevimiento de penetrar en el cuarto de su hija.

Gaston habia partido ya aturdido; pero nadie sabia por donde habia ido.

Mercedes tambien habia perdido ya la cabeza y no se acordó de decir á su padre que Gaston Lorient vivia en la misma casa.

Pero un criado dijo:

—Señor, ese hombre que ha estado aquí es el hijo de un platero que vive en el cuarto piso.

El Sr. de Valbonne no escuchó mas: ni pidió su nombre ni nada: corrió á la escalera y subió al cuarto piso con la agilidad de un jóven...

Mercedes desazonada por la emocion, se

dejó caer en una butaca y no tuvo fuerzas para seguir á su padre.

El banquero vió una placa de cobre clavada en la puerta.

Esta placa tenia el nombre del platero, pero su vista oscurecida no se fijó en el nombre; empujó la puerta y entró como un huracan en el taller de José Lorient.

El platero estaba en su casa solo y sentado delante de la mesa de trabajo.

Así que entró el banquero, este hombre, que se llamaba José Lorient, y á quien sus terribles sufrimientos habian trasformado, jóven todavia, en un viejo de apariencia débil, se levantó con presteza, y creyó que el Sr. de Valbonne venia á pedirle cuenta de su ruina.

Peró el Sr. Valbonne fijándose apenas en él, le dijo:

—¿Dónde está vuestro hijo? ¿me hace falta vuestro hijo!

Su voz estaba enfurecida, entre tanto que de sus ojos se desprendian gruesas

lágrimas que corrian á lo largo de su rostro

El platero clavó en él su mirada lúgubre y sin brillo, que le envejecía mucho mas que sus blancos cabellos.

—No lo sé,—respondió.

—Me hace falta.

La voz del Sr. de Valbonne era tan amenazadora, que el platero tuvo miedo y se armó con una herramienta puntiaguda que habia en la mesa.

—Me hace falta, muerto ó vivo,—repitió el banquero.

A estas palabras el platero retrocedió.

—¡Ah!--dijo,--¿eneis algun negocio con mi hijo y no conmigo?

El platero pronunció estas palabra con una voz mas sonora y mas llena que de ordinario. Cosa estraña; esta vez resonó en el pecho y en el oido del señor de Valbonne, como un lejano eco del pasado.

El banquero retrocedió.

—¿Quién sois?—gritó.—¿Quièn sois!

Sus ojos dirigieron una mirada inves-

tigadora sobre este hombre, que parecia un viejo.

—¡Ah!—dijo riéndose Lorient.—¿Es que me reconocéis?

El Sr. de Valbonne retrocedió todavía.

—No,—dijo,—vos teneis lo menos sesenta años... no sois vos aquel...

—¡Aquel!—prosiguió el platero riéndose.—¿pues de quién hablais?

Mas el Sr. de Valbonne sintió que sus cabellos se erizaban, y balbuceó:

—¡Oh, si parece que estoy oyendo la voz de mi padre!

Entonces el platero le vió tambalearse como un árbol desarraigado oscila sobre las raices que han perdido su punto de apoyo, y sin piedad de este espanto, le dijo:

—¡Ah! por fin me reconoces... ladrón de mi herencia! Está bien, yo soy tu hermano... ¡yo soy Lorient!

A estas palabras, el Sr. de Valbonne sufrió una conmoción terrible; el pre-

seu te desapareció para él, y solo el pasado se presentaba ante su vista.

Entonces se creía veinte años atrás dentro del cuarto donde su padre acababa de morir.

Se encontraba frente á frente con un jóven pálido, demacrado, con el rostro inundado de lágrimas, que le abría los brazos, y le decía: «Yo soy tu hermano.»

Recordaba y veía todavía al jóven que habia rechazado hurtándole su herencia, y ofreciéndole en pago un fajo de billetes, que habia despreciado diciéndole: «Hermano, yo te maldigo.»

El Sr. de Valbonne horrorizado cayó de espaldas...

La fiebre le consumía, estaba delirante... ¡estaba loco!

El vengativo Lorient le contempló un momento retorciéndose sobre el pavimento del taller, víctima de esta sombría desesperación que le privaba repentinamente de la razón.

José dijo mirándole.

—¡Ah! mi venganza es mas completa de lo que esperaba.

Entonces corrió á la puerta, se inclinó sobre el pasamanos de la escalera, y llamó en su socorro.

Los criados del Sr. Valbonne subieron, y les dijo que el banquero habia perdido el conocimiento.

Llamaron á un médico y este aseguró que el señor de Valbonne volvería á recobrar la vida, pero no la razon.

El banquero tenia fiebre con un delirio espantoso, y no reconocia á nadie, ni aun á su misma hija.

Pero como es necesario que todo se esplice, el médico se habia conformado injustamente con la esplicacion dada por José Lorient.

Este habia dicho que el Sr. de Valbonne tenia quejas de su hijo que habia subido á su casa en su busca, y que como no le hallase allí, su violenta naturaleza habia estallado en un acceso de fiebre.

Aquel dia, si el Sr. de Valbonne no

murio, si Mercedes no se volvió loca como su padre, esto no fué culpa ni de Beltran de Morlux ni de José Loriot, el hijo natural.

Mercedes era una de esas mujeres enérgicas cuyo valor crece cuando aumenta el peligro, cuando se halló con su padre moribundo, su reputacion herida y á su único amigo Olivier en la imposibilidad de defenderla, en lugar de agobiarse bajo el peso del destino fatal, se levantó activa, arrogante y animosa para combatir la borrascosa.

El médico, que no podia adivinar la causa primitiva del estado en que se encontraba el Sr. de Valbonne, dijo que la situacion era de poca gravedad y que la fiebre duraria unas treinta y seis horas.

Una vez consolada, Mercedes pensó en el Sr. de Morlux

--¡Ah!--dijo, --este es el primero á quien voy á dirigirme, y veremos si se atreve á engañarme á mi tambien.

XXV.

¿Qué había sido de Gaston desde por la mañana.

Gaston, herido por la mirada, la actitud y el despecho de la señorita de Valbonne, salió de casa del banquero sin tener conocimiento de lo que acababa de sucederle.

Bajó la escalera precipitadamente, pasó luego un poco mas despacio por delante del portero, y en una postracion tal, que podia tomarse por la tranquilidad mas completa.

Una vez en la calle, marchó á la aventura arrimándose á las paredes como un hombre ébrio, y preguntándose si dormia ó estaba despierto.

Maquinalmente se dirigió á la calle de San Lázaro y se refugió en la beardilla

donde el día antes la falsa Mercedes le había visitado.

Allí se encerró, apoyó la cabeza entre las manos, y se dijo.

—Veamos si estoy ó no loco.

En este cuarto todo le revelaba la presencia de Mercedes ó al menos de la que había tomado por tal.

Mercedes, según su modo de pensar, debía ser, ó un ser misterioso é incomprendible, ó un mónstruo de aulacia y de hipocresía al mismo tiempo.

Mercedes acababa de despreciarle, ella había llorado, había demostrado desesperación. ¿Cómo, pues, conciliar todo esto con los dos billetes que había recibido Gaston? ¿con la visita del día anterior? En esta visita le había hablado de amor; y al día siguiente, cuando iba á anunciarla la próxima ruina de su padre, le despide como á un lacayo.

Gaston pasó el resto del día ocupado en descifrar el enigma.

Las horas pasaron y una especie de entorpecimiento moral se apoderó tam-

bien de su calma, que él mismo no tenía casi conocimiento de su individualidad y de su existencia.

El día se estinguió, la noche vino.

Gaston no pensaba marchar ni volver á su casa de la Chaussée d'Antin.

Gaston no había llegado á conocer que hacía un mal papel y que la hora de la verdad iba á sonar bien pronto.

De repente llamaron á la puerta.

Ya hemos dicho que era de noche, y el jóven permanecía sumergido en las tinieblas.

Se levantó tropezando y abrió.

El roce de sus vestidos se oyó, y una mujer entró.

Gaston se quedó estático.

—¡Cómo!—dijo una voz de mujer:—me esperais, y estais sumido en la oscuridad.

—¿Pues quién sois vos?—dijo Gaston asombrado.

—¡Y bien!—respondió la recinvenida:—yo soy Mercedes... Mercedes de Valboné.

Gaston dió un grito; grito al cual la mujer que acababa de entrar se sobrecogió, y creyó ser producido por la alegría.

Pero un rayo habia penetrado en el alma de Gaston, y este rayo le bastaba para comprender una parte de la verdad.

Corrió á la mesa, frotó una cerilla en la pared, y encendió una bugia.

Con la luz de la bugia se puso á examinar á Berta Langevin.

A primera vista, era Mercedes, lo mismo que para el que no hubiera visto algunas horas antes á la señorita de Valbonne.

Llevaba un vestido verde, los cabellos levantados sobre las sienes, su talle y su aire; pero no eran ni su voz, ni su mirada.

Gaston la contemplaba con detencion, y permanecia mudo.

Berta tomó este exàmen por un èstasis.

—¡Oh!—dijo,—me ha parecido tan largo el dia, que creia que no tenia fin.

Gaston continuaba mirándola sin decir palabra, y estaba tan pálido, que la joven tuvo miedo.

—Pero habladme,—decía.—¿Qué teneis?... ¿Por qué ese silencio... ese embarazo... cuando me comprometo por vos?... ¡porque si vos supiérais...!

Gaston la interrumpió bruscamente cogiéndola por un brazo.

—¿Pero quién sois vos?—repitió.

A esta pregunta inesperada, Berta se estremeció, se turbó, y procuró librarse de la mano de Gaston que la sujetaba.

—Sí, ¿quién sois?

—Mercedes... yo soy Mercedes,—balbuceó.

—Mentís.

—La voz de Gaston retumbó como un trueno.

Berta hizo un gesto de frialdad y no replicó.

—Sí, mentís, porque vos no teneis la voz de la señorita de Valbonne.

—Pero ¡yo os juro...!

Entonces,—dijo calmándose:—dadme la prueba.

—¿Pero vos no me conocéis?

—No,—dijo Gaston —Os pareceis tan perfectamente á la señorita de Valbonne, que me he engañado; pero de aquí en adelante no podreis abusar... La arrastró al medio de la habitacion, y se colocó delante de la puerta.

Berta procuró pagar su audacia.

—Vos estais loco,—dijo.

—¡Loco!

—Loco, ó traidor porque me tratais como á una griseta, caballero.

—Yo os trato como se debe tratar á una mujer que usurpa el nombre á otra. ¿Por qué? ¿con qué objeto? lo ignoro; pero necesito saberlo.

Era tan amenazadora la actitud de Gaston al pronunciar estas palabras, que Berta Langevin perdió todo su ánimo.

—¡Pues bien! si: yo no soy Mercedes.

—¡Cómo!

—Mi nombre es Berta.

—¿Quién sois?

—Una pobre mujer á quien se ha pagado para hacer este odioso papel.

—¿Luego vos no conocéis á la señorita de Valbonne?

—Jamás la he visto.

—¿Entonces no podeis aborrecerla?

—Ciertamente que nó.

—¿Y vos no me amais?...

—Me sois indiferente;—contestó;—pero he sido pagada para haceros creer que os amaba.

—¿Y quién os ha pagado?

—Un hombre, cuyo nombre ignoro.

—¿Dónde vive?

—Aquí; en esta misma casa.

—¿Qué piso?

—En el primero.

Gaston al oír esto exclamó:

—¿Pero es un hombre de mundo, es el señor baron de Morlux?

—No sé su nombre;—repitió Berta;—únicamente sé que vive aquí, y que estoy encerrada en su cuarto desde esta mañana.

—Y es él quien os ha pagado...

—Me ha dado tres mil libras de renta.

—Pero, ¿es vuestro amante?

—No.

—Pronunció esta única palabra con tal acento de verdad, que Gaston no dudó.

—Pues bien, —dijo, —os voy á dar á es-
cojer.

Berta le miró con ansiedad.

Os encierro aquí entre tanto que voy
en busca de un gendarme para que os ar-
reste ó...

—¡Perdon, perdonadme! —esclamó:

O vais á bajar conmigo á casa de ese
hombre.

Berta hizo un gesto de terror.

—¡Oh! no. —dijo, —tengo miedo á ese
hombre, me mataría.

—Yo os defenderé.

Berta dudaba todavía.

—Tened cuidado, —esclamó Gaston, —la
ley es terrible para los impostores.

La cogió por la mano y ella se dejó lle-
var.

.

El señor Beltran de Morlux despues del duelo que tuvo con Olivier, volvió á su casa.

Este duelo no podia menos de hacer algun ruido, y el baron juzgó inútil salir á escuchar la opinion pública, la cual seguramente no podia serle favorable, por que Olivier era generalmente querido.

Se encerró en su casa, prohibiendo la entrada á todo el mundo, escepto á Berta Langevin que llegó por la mañana con un velo muy tupido echado por el rostro, para que no fuese conocida.

Como era imposible que el señor de Morlux adivinara lo que habia sucedido en la calle de la Chaussée d'Antin la noche anterior, es decir, que Gaston Lorient habia sorprendido los secretos de su padre, le fué imposible prevenir la catástrofe que estaba próxima á descubrirle.

De esta manera Beltran saboreaba el placer de su venganza fumando voluptuosa-

mente, descársando en un gran sillón; y diciéndose:

—Olivier no sanará, pero no morirá ni hoy ni mañana: sus amigos irán á verle; no dejará de saberse el motivo de nuestro encuentro; y si la señorita de Valbonne no está irrevocablemente perdida antes de ocho dias, es que no están bien puestas las malas voluntades.

El rencoroso hidalgo, satisfecho, viendo que sus planes tenian un éxito feliz, pues salian á medida de su deseo, habia dado permiso á su ayuda de cámara, y se quedó enteramente solo olvidándose de comer y reservándose solo salir á llevar á cenar á Berta al café Inglès despues de su segunda entrevista con Gaston.

Asi pues, á las diez despues de bien ensayado sobre lo que habia de hacer y de decir, Berta salió de la habitacion de Beltran y subió á casa de Gaston Lorient.

El baron no creyó conveniente subir á su observatorio, es decir, al cuarto del co-

chero, desde donde veía lo que hacía Gaston.

Se quedó sentado fumando un habano lleno de confianza en las caricias y seducción de la falsa Mercedes.

Mas apenas Berta hubo salido, cuando llamaron.

El baron abandonó el gabinete y pasó al comedor, donde levantando la cabeza dirigió una ojeada á la ventana de Gaston.

La ventana estaba sumida aun en la oscuridad.

—No está,—se dijo Beltran engañado,

Partió á abrir, creyendo que era Berta que volvía á bajar.

La antesala estaba iluminada por una de esas lámparas de globo de alabastro, que no proyectan al rededor de si mas que una claridad indecisa.

Abrió la puerta y una mujer entró.

Beltran cayó prisionero en sus propias redes; creyó reconocer en la persona que entró á Berta, y al tiempo de cerrar la puerta, la dijo:

—Pues qué, ¿no está?

La mujer que entró siguió andando hasta el comedor, y allí se paró.

Allí habia una lámpara cuya luz era mas viva.

La mujer levantóse el velo y miró á Beltran.

—Creo, — dijo, — que os equivocais y me tomais por otra persona.

Beltran retrocedió un paso, habia reconocido á Mercedes, y era en efecto la señorita de Vaibonne que entraba en su casa de improviso y venia á confundirle.

Pero Beltran era un hombre de sangre fria, no pronunció ni dijo una palabra: saludó á la señorita de Vaibonne con un respeto hipócrita, y dijo:

—Perdonadme, señorita, si la poca luz que habia en la antesala me ha impedido reconoceros enseguida, y si me he turbado por vuestra repentina presencia en esta casa.

—Caballero, — contestó Mercedes, — no dudo que no me reconocierais por la poca luz; pero con todo eso, esperábais sin duda á otra persona...

—Sí, señorita.

—Sin embargo, ¿vos pensais, caballero, —continuó Mercedes, —que para que una mujer como yo venga á vuestra casa, necesita motivos muy poderosos?

Beltran se inclinó.

—Si yo he venido aquí es porque espero que nuestra entrevista no será perturbada.

—Si llaman no abriré, —respondió Beltran.

El breton se dijo para sí:

—Seguramente que no abriré, porque si Bert y Mercedes se encuentran frente á frente me verá un poco embarazado.

Beltran ofreció una butaca á Mercedes.

—¿Que me puede querer? —pensaba.

Su rostro permanecía impasible y continuaba de pié.

La señorita de Valbonne rechazó la butaca que le habia ofrecido.

—Caballero, vos os habeis batido esta mañana, ¿no es eso?

—Sí, señorita.

—Con el Sr. Olivier Beauchene.

—Sí,—dijo todavía Beltran.

—Y la causa he sido yo.

—Mas...no,—balbuceó el Sr. de Morlux, un poco alterado por esta brusca entrada en materia.

—He visto á Olivier,—dijo Mercedes.

—¡Ah!

—Me ha dicho que desconfie de vos.

Beltran se encogió de hombros.

Mercedes continuó:

—Caballero, si yo he venido sola á vuestra casa, es porque deseo tener una explicacion.

—Pero...señorita...

—Vos me habeis calumniado.

—¡Yo!...

Beltran comenzó á turbarse.

—Caballero,—replicó Mercedes,—mi padre está moribundo y á mi me ha faltado muy poco para volverme loca esta mañana.

Beltran no pudo contener un gesto de asombro.

—Me se ha dado un amante por el mundo.

—¡Ah!...—añadió todavía Beltran, teniendo la audacia y el cinismo de añadir:

—¿Y puede ser esto verdad, vos que no pensais casaros?

Mercedes le aterró con una mirada.

—¿Vais á ofrecermé todavía vuestra mano?—replicó con ironia.

Habia tanto desprecio en la voz de Mercedes, tanta burla en su actitud, que el odio del Sr. de Morlux no conocia límites.

Un pensamiento infernal cruzó por su mente; estaba solo con Mercedes, y Mercedes estaba en su poder.

—¡Ah! he aquí mi verdadera venganza, —pensó.

Y levantando la cabeza, dijo á la señorita de Valbonne:

—Las gentes que quieren daros un amante, han cometido una injusticia, señorita.

—¿Luego vos convenis?

—Mas quien sabe.. si... para el porvenir...

Beltran dió un paso hácia ella.

—Sis un miserable y un cobarde...

Dijo Mercedes quitándose uno de sus guantes y arrojándoselo al rostro.

Beltran á esto rugió como una bestia furiosa.

—¡Ah! ..—gritó:—vais á pagar este ultraje con vuestro honor:—muerta ó viva me pertenecéis...

Beltran se lanzó hácia ella. Su cara estaba horrible, disforme, y todas las pasiones impías de este hombre se revelaban en su rostro en este momento.

Mercedes retrocedió y dió un grito.

Habia en medio del comedor una mesa pesada de roble esculpida, detrás de esta se refugió la jóven, y por una de esas casualidades providencia'les, se encontró sobre esta mesa un auxilio inesperado: era este la caja de las pistolas del Sr. de Morlux.

Beltran las habia dejado allí por la mañana, despues de volverlas á cargar.

Mercedes cogió una, se refugió en la otra estremidad del comedor y allí llena de energía, montó la pistola y dijo á Beltran:

—¡Tened cuidado, si dais un paso mas, os abraso la cabeza!

Beltran tuvo miedo, y permaneció inmóvil en medio de la sala.

En este momento llamaron con violencia.

El Sr. de Morlux, al oir la campanilla, palideció y retrocedió dos pasos.

—Abrid, caballero,—dijo Mercedes,—abrid, pues.

—Pero... señorita...—balbuceó el baron,—si abro y la encuentran aquí... La campanilla sonó de nuevo.

—¡Vaid,—repitió Mercedes con un tono colmante,—y así me evitareis un crimen.

Beltran bacilaba.

Por mi honor, caballero, si no abris, os hago fuego,—dijo la jóven con calma.

Beltran dió entonces dos pasos con direccion á la puerta; mas era tarde, pues los

picaportes de esta saltaron á un vigoroso golpe dado en ella.

Mercedes dió un grito y retrocedió á su vez porque dos personas acababan de presentarse en el umbral de la puerta: un hombre y una mujer.

El hombre era el mismo Gaston Loriot, que habia visto por la mañana en su casa, aniquilado por su desprecio.

La mujer era Berta Langevin.

Berta se parecia tan perfectamente á Mercedes en la media luz en que se hallaban sumergidos, que la señorita de Valbonne creyó verse retratada en el espejo de su tocador.

Seguramente Beltran de Morlux habia sido escrupulosamente exacto en su infernal comedia, porque Berta estaba vestida como ella.

Mercedes comprendió ya todo.

En cuanto á Gaston, éste se arrojó al cuello de Beltran, y cogiéndole entre sus manos le dijo:

—¡Sois un infame!

—Contenéos, caballero,—dijo Mercedes;

—es inútil hacer ruido y alborotar á los vecinos de la casa. Nosotros, vos y yo, tenemos que arreglar una cuenta terrible con este hombre; pero es preciso hacerlo sin ruido, sin escándalo.

Berta, que jamás habia visto á Mercedes, la contemplaba con una especie de estravio vertiginoso.

Entonces Mercedes estuvo sublime de audacia y de valor, conservando siempre en la mano la pistola á la cual debia su salvacion: marchó ella misma á cerrar la puerta del comedor y dijo á Beltran:

—Caballero, ahora vamos á explicar-nos.

Gaston quiso hablar, mas ella le impuso silencio con un gesto.

El señor de Morlux, aterrado por la energia de la señorita de Valbonne, confundido por este cambio de fortuna que le ponía en presencia de las dos Mercedes, lo que bastaba como prueba irrecusable de su abominable intriga: el Sr. de Morlux parecia aniquilado; Mercedes mandaba, él obedecía.

—Caballero, —replicó la jóven, —con ayuda de este jóven procurábais desonrarme...

El arrepentimiento se habia apoderado de Berta Langevin, y al oír estas palabras de Mercedes, cayó á sus piés suplicante, esclamando:

—¡Oh, señora, perdonadme! ¡perdonadme!

—Yo os perdono, señorita, —contestó la jóven con dignidad, —pero es preciso que permanezcáis aquí, hasta tanto que este hombre haya reparado su crimen.

Mercedes dominaba tan bien la situación, que el mismo Gaston permaneció mudo.

Mercedes prosiguió:

—Cuando un noble olvida su nombre y su rango hasta el punto de urdir una intriga de lacayo, procurando deshonrar á una mujer, es muy justo que este hombre sea castigado. Vuestro honor ó vuestra vida me hace falta, caballero.

Beltran, que escuchaba con la cabeza

baja, queriendo apagar tanta audacia, se irguió y dijo:

—No os canseis en intimidarme.

—No pretendo intimidaros, caballero,
—contestó Mercedes,—sino que os doy á escoger.

Beltran quiso reirse.

—En verdad que no comprendo.

—Escoged entre vuestro honor ó vuestra vida.

—¡Bah, —añadió con fatuidad,—quisiera saber cómo podríais deshonrarme!

—Es preciso que Paris sepa todo esto, que sepa Paris que por medio del dinero y vuestros modales de hidalgo, de caballero, habeis fascinado á una mujer para que me imite...; es necesario que Paris no ignore la clase de hombres á que pertenecéis.

—¿Y vos sereis la encargada de demostrarlo?

—Sí.

—¡ah! —dijo el Sr. de Morlux.—¿Y de que manera?

—Me he equivocado: vais á ser vos mismo,—replicó Mercedes.

—¿Yo...?

—¡Ah! la broma es pesada.

—Caballero, no quiero que nadie se encargue del cuidado de mi honor. Un solo hombre tiene potestad para defenderme; éste es mi padre, y mi padre está en el lecho por haber perdido momentáneamente la razón.

—Señorita,—dijo Gaston,—si quereis permitirme castigar á este hombre...

—No,—dijo Mercedes,—aun me pertenece.

Y dirigiéndose entonces á Morlux.

—Os concedo dos minutos,—dijo,—y por mi honor os juro que si no escribís á Olivier Beauchene lo que os dicte, hago

fuego sobre vos.

Se esplicaba con una calma y una energía tal, que el Sr. de Morlux comprendió que lo haria como lo decia.

—¿Y qué debo escribir?—preguntó.

Mercedes miró á Gaston.

—Caballero,—le dijo,—buscad en ese gabinete una pluma y tinta.

Beltran quiso dar un paso hacia el gabinete.

—Tened cuidado, os correis os mato
sto q

Beltran permaneció inmóvil en presencia de la pistola asestada sobre él.

Gaston pasó al gabinete inmediato y volvió con un velador, en el que habia todo lo necesario para escribir.

—Veamos, caballero, sentaos.

Beltran cogió una silla y se sentó delante del velador.

Mercedes dictó:

«Mi querido Olivier:

«Soy un miserable, porque no contento con haberos ^{va} enatado, he querido deshonor á la sen^hta de Valboane, sirviéndome para ello ^{ccio} una rara semejanza que con ella tiene una mujer...

Beltran quiso destruir la pluma sobre el papel y murmuró:

—No, yo no escribo esto.

—Entonces,—dijo Mercedes con calma,—preparaos para morir, y si sabeis alguna oracion, decidla.

Beltran conocíó que si resistia lo haria como lo habia dicho. Volvió à tomar la pluma y escribió.

Mercedes volvió à su puesto.

—¿Cómo os llamais?

—Berta Langevin,—respondió la jóven esclava de Morlux.

—¿Dónde vivís?

—Calle de la Victoria, 46.

Mercedes dictó de nuevo.

«...Una mujer llamada Berta Langevin que vive en la calle de la Victoria, 46.

»La señorita de Valbonne, que en el momento en que escribo estas líneas tiene mi vida entre sus manos, me perdona, con la condicion de abandonar á Paris, y partir á vivir en mis posesiones.

Beltran escribió y firmó.

Entonces, Mercedes hizo una seña á Gaston que cogió la carta, y se la alargó.

La jóven tomó el papel, le dobló, y le

guardó en un tarjetero: despues dirigiéndose á Berta, la dijo:

—Si quereis que os perdone, seguidme.

—¡Ah! señora, —dijo Berta, —os seguiré, pero libradme de la justicia.

—Os libraré, pero venid conmigo.

—Al fin del mundo si vos quereis, —contestó la pobre mujer, —porque es necesario que repare todo el mal que os haya hecho.

Mercedes con un gesto invitó á Berta que pasara delante, despues salió á su vez, y así que se halló fuera de la habitacion arrojó con desden la pistola á los piés de Beltran.

—Sr. Lorient, —dijo Gaston, —¿quereis darme el brazo hasta mi carruaje?

Mas Gaston respondió:

—Permitidme, señorita, que antes hable algunas palabras con el señor de Morlux.

Entre tanto que Berta y Mercedes bajaban la escalera, se acercó á Beltran y le dijo:

—Caballero, ahora me toca á mí.

—Yo no os conozco; —respondió Beltran;
—y por lo tanto, nada tengo que hacer con
vos.

—Os equivocais; —contestó Gaston dan-
do una bofetada en el rostro á Bel-
tran

Beltran rugió de coraje; quiso preci-
pitarse sobre la pistola que permanecía
en tierra, pero Gaston puso su pié encima
de ella.

—Veamos, caballero, —dijo; —cuando un
hombre es baron como vos, mejor quie-
re arrastrar una espada desnuda, que es-
ponerse á sentarse delante del tribunal de
justicia como un asesino. Vos sois noble,
yo no soy mas que un platero, pero soy
un hombre honrado que jamás ha jugado
con el honor de una mujer..

Saló tranquilamente, y volvió á juntar-
se con Mercedes de Valbonne que aca-
baba de hacer subir á Berta Langevin á un
carruaje.

—¿Venís de revocar al Sr. de Morlux? —
preguntó:

—Sí, respondió con sencillez Gaston.

—Lo comprendo, pero es mucho el honor que le haceis, porque es un miserable.

Gaston saludó, y quiso retirarse discretamente.

—No,—dijo Mercedes;—venid con nosotras.

La señorita de Valbonne dijo al criado, que estaba absorto de ver á aquella mujer que tan perfectamente se parecia á su jóven señora:

—Conducidnos á la calle de Helder, casa del Sr. Olivier Beauchene.

XXVI.

La crisis nerviosa que la visita de Mercedes habia producido á Olivier por la mañana, y que fué seguida por un largo desvanecimiento, no habia justificado la alarma manifestada por el doctor.

Olivier habia vuelto en si y todo su conocimiento.

Por mas que la situacion era grave, no era desesperada, y el doctor respondia ya de su vida.

La madre del pobre herido habia sido avisada por último del desagradable acontecimiento de la mañana.

Todos los dias, por mas que Olivier vivia á parte, tenia la costumbre de pasar á casa de su madre para desayunarse en su compañía. Aquel dia su madre se extrañó de no verle; pero no obstante, no pudo suponerse nada de la verdad, y creyó que su hijo tendria algun negocio que le obligaba á desayunarse en su casa.

Pero á las seis se encontraba sola, no habia visto en todo el dia á Olivier, y envió á un criado al club donde pensaba que se encontraria su hijo, para que le avisara que su madre le esperaba para comer.

En el club, el criado oyó hablar misteriosamente del duelo de Olivier, y oyó decir que estaba herido. El criado, bastante

rec. comunicó brutalmente la nueva á su
s. — Srta.

La señora Beauchene, felizmente, era una mujer que érgica, en vez de desmayar, corrió al lado de su hijo.

—¡Oh! mamá, —dijo Olivier al verla entrar alterada y bañada en lágrimas;—yo habia prevenido que no te se dijera nada... No moriré de esto. .

La señora Beauchene se sentó á la cabecera de su hijo, y los amigos de Olivier que le rodeaban, se retiraron discretamente dejándola sola con el.

Entonces la señora Beauchene cogió una de las manos de su hijo, y le dijo:

—Pero, ¿por que te has batido, desgraciado?

Olivier hizo un gesto que significaba:

—No puedo decirlo.

—¿Luego tienes secretos para tu madre, hijo mio?

—Este secreto no me pertenece, —contestó Olivier.

Al mismo tiempo de decir esto una puerta se abrió y apareció Mercedes.

Por la palidez repentina que invadía el
frente de Olivier, la señora Beauchene com-
prendió todo.

Mas Mercedes, mirando alternativamente
á la madre y al hijo.

—Señora, —dijo, —vuestro hijo se ha ba-
tido por mí.

Olivier hizo un movimiento negativo.

—Por mí, —replicó Mercedes, —que he
sido vilmente calumniada, y bastante des-
graciada, porque vuestro hijo ha dudado
de mí.

Olivier movió la cabeza; parecia querer
decir à Mercedes:

—Era preciso, pues me lo ha probado
hasta la evidencia.

Pero la señorita de Valbonne replicó:

—He sido calumniada por el Sr de
Morlux, Olivier, y os traigo la prueba.

Sacó el tarjetero y de él la carta del se-
ñor de Morlux, que entregó á Olivier. Es-
te la leyó y su mirada brilló de gozo, pero
esta alegría se estinguió casi al mismo tiem-
po, y dijo à Mercedes:

—¡Ah! ¡bien quisiera no dudar!

Olivier, amigo mio,—continuó Mercedes—¿si os enseñara ese mujer, dudariais

Lo? como se sonriera Olivier manifestado
o passion.

—¡Ah!—añadió.—¿Dudais todavia?...
Pues bien; os aseguro que no durareis
mas.

Entonces Mercedes llamó.

—¡Gaston! ¡Señor Loriot!

Gaston entrò.

Este conducia á Berta de la mano y
esta vino à colocarse al lado de Merce-
des.

La madre y el hijo dieron un grito.

—¡Oh!... ¡perdon... perdonadme!—bal-
buceó Olivier...

Mercedes movió la cabeza con tristeza.

—Mi pobre Olivier,—dijo,—me he en-
gañado al amaros. ¡Ay de mi! ¿habeis
dudado de mí?... Es preciso obedecer al
destino; mas yo seguiré siendo vuestra
hermana.

.

XXVII.

Al día siguiente, á las seis de la mañana, el señor Beltran de Morlux estaba todavía en su casa.

Se habia vestido, abotonándose hasta la barba, entre tanto que su ayuda de cámara habia ido en busca de un caruaje.

La palidez de su rostro atestiguaba que el baron habia pasado muy mala noche, noche de insomnio y de furor.

Escribió una carta que encerró en un sobre y selló con sus armas.

La carta iba dirigida al señor José Lorient, platero en la calle de la Chaussée d'Antin.

—Si sobrevivo yo encontraré medio de vengarme; y si muero mi amigo el platero continuará la obra,—decia.

A media noche Beltran habia recibido

En billetito concebido en estos
 a las siete en la cascada del
 bosque de Boloña. Las armas á vuestro
 gusto.»

Así que recibió este billete escribió á los testigos que tuvo en su encuentro con Olivier, una carta no menos laconica. En ella les citaba á las siete en el bosque y les decia que el asunto que allí le conducia no podia arreglarse. El carruaje llegó; el Sr. de Morlux hizo bajar á él las espadas y las pistolas, y marchó con direccion al bosque.

Cuando llegó á la cascada, los testigos de Gaston y los suyos ya estaban allí.

Gaston, así que salió de casa de Olivier Beauchene, volvió á la calle de San Lázaro, no á casa de Beltran, sino á la sala de armas donde tomó una leccion á media noche. Allí habló á dos de sus condiscipulos con los que tenia alguna confianza y les comunicó su primer encuentro; los dos jóvenes aceptaron el pa-

pel tan penoso y que nunca se puede desempeñarle.

—Caballero,—dijo Beltran de Montbrigiéndose á Gaston,—por mas que está admitido que dos adversarios se requen á hablar algunas palabras antes del combate, vos me permitireis que os diga, que tengo un negocio sumamente importante que comunicaros, y espero que vos no rehusareis escucharme.

—Ya os escucho,—dijo Gaston.

—Mis testigos ignoran el motivo de nuestro encuentro.

—Los míos tambien,—dijo Gaston.

—Vos convendreis conmigo en que el combate será á muerte.

—Como querais,—dijo con frialdad el jóven.

—Pues bien: es preciso que sepais que tengo relaciones con vuestro padre

—¡Ah!...—dijo Gaston estremeciéndose.

—He aquí una carta que le entregareis, si vos teneis la dicha de matarme.

—La remitiré,—dijo Gaston.

Los dos adversarios se saludaron y se

... uno del otro, entretanto que
los arreglaban las condiciones del
... le tocaba escoger armas y eli-
gía espada.

Se quitaron los abrigo y su pusieron en guardia.

—¡A la.. una!—gritó uno de los testigos de Morlux.

Los dos adversarios se atacaron con furor

Beltran era un buen tirador, entre tanto que Gaston no era mas que un discipulo, pero este ganaba en sangre fria lo que le faltaba de experiencia; y Beltran, al contrario, su odio profundo hacia que perdiera su habilidad.

—¡Ah!—decia atacando á su adversario,—¿vos amais á la señorita de Valbonne?

—Tanto como vos la odiais,—respondió Gaston Lorient.

—Yo no me retraigo de mis proyectos,—continuó Beltran,—porque si os mato los continuaré.

—Ella ya no tiene que temer.

—Os equivocais, porque será antes de ocho días.

—Yo la salvaré,—respondió en.

Y al mismo tiempo se fué á la..., y su espada desapareció casi toda en el pecho del Sr. de Morlux. Beltran permaneció de pié y con la vista esquiva, despues se tambaleó, y cayó de espaldas.

Entonces una horrible sonrisa crispó sus lábios, y el odio puso una postrera llama en su vista ya apagada.

—No os olvideis de mi carta,—dijo.

Vomitó una bocanada de sangre, cerró los ojos, forgeo un momento en las últimas convulsiones de la agonía, y acabó por tomar la inamovilidad de la muerte.

El Sr. de Morlux acababa de espirar sin arrepentirse, y legaba el cuidado de vengarle al platero Jose Lorient.

XXVIII.

El maestro José Lorient salió de su casa á una buena hora de la mañana; es decir, la mañana del día siguiente en que el Sr. de Valbonne le habia reconocido y habia sido la causa de su postracion y su locura.

El rencoroso viejo no habia dormido en toda la noche.

Sabia que se habia rehusado la firma del banquero en la banca de Francia. Por otra parte sabia tambien que las primeras hostilidades de Italia debian ser la señal de la ruina del Sr. de Valbonne. En el término de ocho días, el banquero seria completamente arruinado.

¿Qué más podia desear José Lorient?

Despues de odiar al padre, habia acabado por aborrecer á la hija.

La señorita de Valbonne le era antipática por su aire de gran señora.

Se habia tambien interesado en la comedia del Sr. de Morlux.

Así pues iba á casa á ver el resultado de la comedia de la víspera, por que Beltran tuvo un preaviso de esponderle su plan, esceptuando un detalle.

No le habia dicho que el instrumento de bue se servia para deshonorar á Mercedes, era su propio hijo Gaston Lorient, é igualmente le habia ocultado el amor que Gaston sentia por Mercedes.

José Lorient llegó á casa de Beltran á las ocho.

Beltran habia salido.

El platero preguntó al portero.

El portero contestó:

—Si vos teneis algun negocio con él, me temo que no le podáis ver hoy.

—¿Pues por qué?

—¡Ah!... porque ha debido batirse esta mañana.

—¿Todavía?— dijo Lorient que tenia noticia de su encuentro con Olivier.

—Pero no conocia á José Lorient: así
 el Sr. de Morlux se batió con un
 hombre á quien no conocemos; y hoy, se
 ha batido...

—¿Y bien?

—Con uno de nuestros inquilinos, un
 discípulo del maestro de armas que vive en
 la casa.

José Lorient se estremeció.

Sin embargo, como el portero le habia
 hablado de inquilino, y el platero ignoraba
 completamente que su hijo ocupara ninguna
 habitacion, volvió á preguntar.

—¿Y por que se bate el señor de Mor-
 lux?

—Parece que recibió una bofetada.

—¡Ah!... ¿y conoceis á ese jóven?

—Sí... y tenemos una pena mi mujer
 y yo...

—¿Por el Sr. de Morlux?

—¡Oh! no; por el Sr. Gaston.

—¡Gaston!—gritó el platero,—¿y se lla-
 ma Gaston?

—Sí.

—¿Gaston Lorient?

—Sí.

José Lorient dió un grito, pal-
tembló como si le amenazase una muerte
próxima.

Este hombre, cuyos sentidos parecía
tenerlos reconcentrados en una sola idea,
la venganza: este hombre amaba à su hi-
jo...

Este era su único amor, la única espe-
ranza que acariciaba desde hacia veinte
años, porque si bien quería reducir à la
miseria al Sr. de Valbonne, era para volver
despues de la catástrofe triunfante, dicho-
so, y ofrecer à su hijo la herencia robada
al bastardo.

Entre tanto que José Lorient permanecía
ensimismado, mudo, pensando en el riesgo
que corria su hijo, un carruaje se detuvo à
la puerta.

Dos hombres tristes y silenciosos, ba-
jaron de él. Eran estos los testigos del
de Morlux, que traian consigo su cadá-
ver.

...de en ro no... un verdadero golpe
...o se puso delante del cadáver y
...to de gozo, olvidándose de que
Beltran habia sido su aliado.

—¡Que le importaba esto! su hijo vivia.

Salió fuera y corrió á la calle de la Chaussée d'Antin, á donde con seguridad habia de volver despues del combate.

En efecto, Gaston volvió solo, y tan en calma, que nadie hubiera podido asegurar que una hora antes habia corrido el menor peligro.

El platero subió las escaleras de cuatro en cuatro, hasta llegar á la habitacion, esperando encontrar en ella á su hijo.

Pero Gaston ya no estaba allí.

Solamente conoció su presencia, porque en una mesa que habia cerca de la puerta, se encontraban dos cartas. Una era de Beltran de Morlux, la otra de Gaston, que sin duda ninguna habia escrito al volver del duelo.

El platero abrió primer
leyó:

• Mi querido aliado:

»Este es mi testamento. Nosotros teníamos una obra comun; continuadla.

• Muero dejándoos heredero de mi venganza y mi fortuna; tengo fé en vos.

BELTRAN.»

A esta carta estaba adjunto un testamento ológrafo, perfectamente dispuesto, que instituía á José Lorient heredero universal del Sr. Beltran de Morlux.

El platero leyó y relejó esta carta y el testamento, olvidándose por un momento de su hijo; pero la carta de Gaston, colocada encima de la mesa, parecia que le quemaba los ojos.

—¿Qué puede decirme?—se decia el viejo abriendo la carta.

Gaston escribia:

«Padre mio:

de en ro de un =
abajado sin descanso
guir la ruina y la deshonra de
es no que o hermano Sr. de Valbonne.

»Se también que os habeis servido de la ayuda de un hombre á quien acabo de matar.

»Pues bien, esto es decir si que no solamente no participo de vuestro rencor, sino que amo á la señorita Mercedes de Valbonne.

»Asi pues, adios, padre mio; mi estado no era para estar al lado de vos, y si de este hombre á quien vos habeis arruinado; para estar al lado de esa desgraciada jóven, reducida por vos á la miseria, y á quien yo, desde este momento, ofrezco mi ayuda, proteccion y trabajo.

GASTON.»

Por esta vez el platero fué vencido.

Cayó en una silla, fijó su cabeza entre sus manos y empezó á llorar.

Su hijo le abandonaba; ¿para que le servia de aqui en adelante la venganza?

Lloró mucho
no de corage.

—Pues bien,—
hijos, pero al menos sere . . .
placer de ver al que en otro tiempo me
despreció y me robó mi herencia, redu-
cido á la última miseria y entregado á
la desesperacion mas suprema.

Mas la venganza es una pasion agra-
dable cuando no se encierra nada que-
rido en el corazon. Al hablar así Lorient
se engañaba à si mismo.

Lorient pensaba menos en la venganza
que en su hijo.

Gaston habia partido.

Largo tiempo permaneció absorto por
su dolor leyendo la carta de despedida
que le dirigia su hijo. José Lorient se
paseaba por su cuarto con un paso des-
igual y poco seguro; al menor ruido que
oia en la escalera creia escuchar los pasos
de su hijo.

Pero Gaston no volvió.

Una parte del dia trascurrió, y el pla-

—¿Dónde está mi hijo?—le preguntó,
—No lo sé,—contestó Emilio.

—¿Luego no le has visto?
—Acabo de separarme de su lado.

—¿Entonces sabes donde está?
—Sí, pero como si no lo supiera.

—¿Qué quieres decir?

—Dentro de una hora habrá abandonado á Paris.

—¿Sin verme!

—Sí,—dijo tristemente Emilio,

—Pero, ¿á dónde va?

—A América,—respondió el jóven.

Loriot le miraba con aire embrutecido.

—Va á hacer fortuna para reparar el mal que habeis hecho.

—¡Oh!—esclamó el platero enfurecido.—¡No partirá...! No quiero que me abandone.

